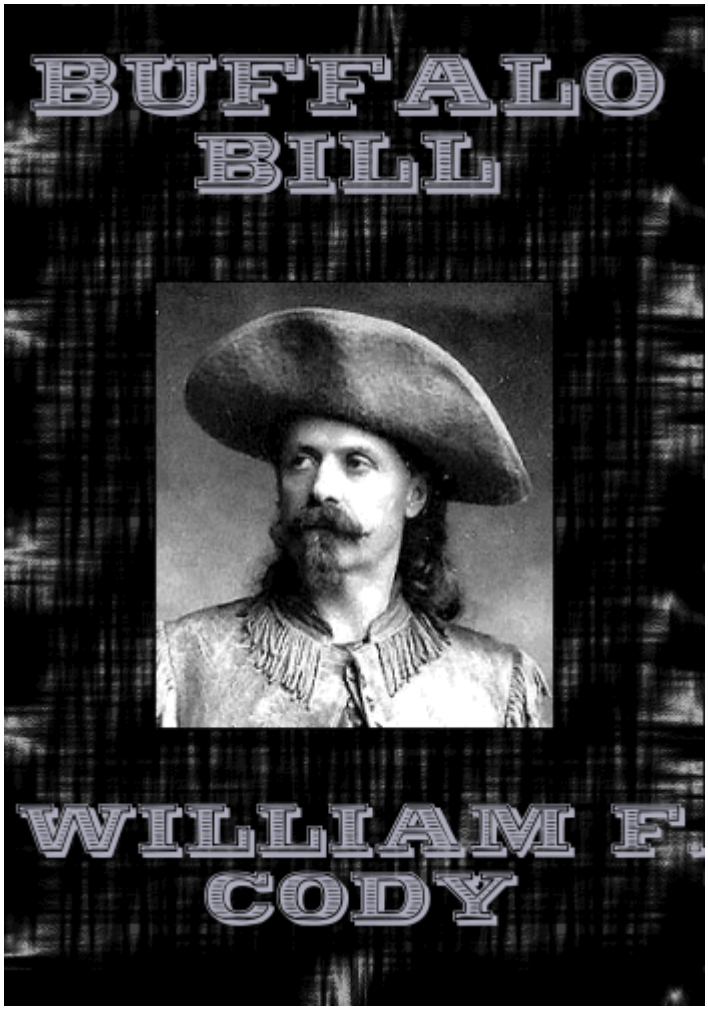
LIBRO dot.com

BUFFALO BILL

WILLIAM F. CODY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

Con la muerte de William Frederik Cody, acaecida en Dénver el 10 de enero de 1917, desapareció el último componente de aquella pléyade de intrépidos exploradores del desierto que dieron sus vidas por llevar la civilización al oeste del país.

Era aquél un gallardo grupo de hombres que, año tras año, fue empujando hacia el Oeste los hitos de las fronteras de los Estados Unidos, y que no cejó en su patriótico trabajo sino cuando la nueva y vigorosa civilización indígena del Estado del Pacifico fue encadenada para siempre a la que reinaba en la costa del Atlántico.

La fama del coronel Cody -o Buffalo Bill, como se le llamaba popularmente- es comparable a la de Daniel Boone, Davy Crockett y Kit Carson, aunque no tomó parte muy activa en la construcción de nuestro imperio continental. Sin embargo, estaba formado de esa misma dura pasta, y en su escenario, más reducido que el de aquéllos, fue una gran figura, pintoresca y gallarda, un verdadero superhombre de los agitados tiempos de nuestra formación social.

Cuando en 1883 Cody organizó, ya abandonada su vida aventurera, una exposición del Oeste salvaje, demostró que aquello había desaparecido totalmente para bien de todo y de todos.

Junto a Boone, Crockett y Carson, su vida jalona el ciclo de la colonización continental, contando desde el año en que el primero cruzó las montañas de Kentucky hasta el día en que se colocó el último tramo del ferrocarril "Union Pacific".

Boone nació en Pensilvania y murió en Missouri; Crockett nació al oeste de los Alleghanies, en Tennessee, y murió en Texas; Carson y Cody nacieron al oeste del Missisippi y murieron en el Colorado.

Es probable que el período más pintoresco en la vida del coronel Cody haya sido aquel en que prestó servicio como correo a caballo, foco antes -de la guerra civil. Desempeñaba en ese tiempo la tarea más difícil y peligrosa que pueda ejercer hombre alguno, por disposición especial que posea, y Cody era aún muy joven. Pero había adquirido su experiencia merced a su contacto con los indios, relaciones no siempre amistosas, como lo prueba el antecedente de que a los once años de edad ya había dado muerte a un indio al salir de un entrevero.

Poco después comenzó la guerra civil y Cody se alistó en las filas del ejército confederado, en el cuerpo de exploradores. Terminada la lucha, volvió a su Far West, su amado y lejano Oeste. Los ferrocarriles transcontinentales estaban en vías de construcción, período que configura un romántico episodio de la historia americana, que ya ha sido magistralmente descripto por Zane Grey en las brillantes páginas de una de sus novelas más celebradas.

La empresa que construía el ferrocarril "Kansas Pacific" necesitaba carne de búfalo para la manutención de sus numerosos obreros, y William F. Cody tomó a su cargo la tarea y responsabilidad de proveerlos. En dieciocho meses mató cuatro mil doscientas ochenta reses, lo que le valió el apodo con el cual ha pasado a la posteridad: Buffalo Bill.

En 1868 Cody volvió a alistarse en el ejército como baqueano y explorador, refirmando día a día su fama de hombre de acrisolada templanza y entereza. Fu¿ destinado al regimiento del general Sheridan, en Kansas, y al poco tiempo de hallarse en las filas, supo que el general deseaba mandar un despacho a Fort Dodge, distante unas noventa y cinco millas del fuerte de Kansas. Los indios habían dado muerte hacía poco tiempo a dos o tres correos militares, sobre una ruta, y no había explorador que deseara reemplazarlos. Cody se ofreció y cumplió el peligroso viaje, volviendo de él sano y salvo. De regreso en el fuerte se enteró que. los soldados de línea se rehusaban a ir en comisión a Fort Larned, viaje que ofrecía los mismos

peligros que los que él acababa de sortear. De nuevo partió Buffalo Bill y recorrió unas sesenta millas por los sitios más inhóspitos de aquella comarca. En mitad del camino se detuvo para dar de beber a la mula que cabalgaba y ésta se le escapó. Tuvo que hacer unas treinta y cinco millas a pie, en persecución del obstinado animal, sin lograr, empero, darle alcance. Al amanecer, Fort Larned apareció ante su vista, con lo que el peligro de ser sorprendido por una patrulla de indios había pasado. Justamente encolerizado con la mula que le había obligado a hacer tal caminata, juró matarla en cuanto la tuviese cerca. Quiso la fatalidad que al entrar en la primera calle del poblado, y cuando aún mascullaba feroces amenazas contra la bestia de referencia, se topara con ella. Levantó el rifle, y al tiempo que exclamaba: "Ahora es la mía, señora mula", le hizo un disparo que dio en tierra con el animal.

Después de varias horas de bien ganado descanso, fue menester emprender el viaje de regreso, pues los despachos de respuesta debían ser llevados al general Sheridan. Este viaje de vuelta a lomo de mula se realizó sin inconvenientes, y su feliz término estableció una de las más admirables proezas de la crónica de los scouts[1] de, aquella época y de aquella comarca.

Hay que recordar que antes de emprender el viaje a Fort Dodge, Cody cabalgó durante unas veinte horas, cubriendo la distancia de ciento cuarenta millas. Resumiendo cuentas, se puede establecer que en un período de cincuenta y ocho horas, hizo trescientas sesenta y cinco millas, treinta y cinco de ellas a pie, lo que da un promedio de más de seis millas por hora.

Poco tiempo después Cody fue nombrado jefe de la compañía de exploradores del 59 Regimiento de Caballería, que se hallaba en ese entonces realizando una campaña contra los indios hostiles sioux y cheyennes.

En cierta ocasión, viviendo cerca del fuerte Mae Pherson, en Nebraska, el general Emory lo designó sheriff, con el objetó de que vigilara a ciertos malos elementos que habían sentado sus reales en la comarca. Cody sostuvo que él no sabía nada de leyes, pero Emory insistió, pues necesitaba un hombre de su temple, y Cody no tuvo más remedio que acceder, trasladándose a North Plate, donde prestó juramento.

Esa misma noche llamó a su puerta el primer damnificado impetrando justicia. Era un pobre hombre a quien el dueño de una tropilla que pasaba por el lugar le había robado un caballo. El hombre quería una orden de detención y un mandato de embargo sobre la tropilla para recuperar su animal, o el efectivo correspondiente.

"Yo no sé qué es un mandato de embargo para rescatar un caballo, pero esto también debe ser eficaz", habría dicho el flamante sheriff, acariciando su viejo rifle, al que había bautizado con el nombre de "Lucrecia". En compañía del denunciante fue en busca del delincuente, al que halló junto con su tropilla. Al principio el hombre se mostró insolente, pero cuando supo de quién se trataba, se avino con rapidez. "No me importa un ápice de que usted sea el sheriff y el alguacil a un tiempo -le dijo el hombre-, pero es Buffalo Bill, y desde ahora sé que debo andar con cuidado".

El sheriff le leyó un discurso sobre la iniquidad que representaba el abigeato, discurso que seguramente el hombre ni escuchó; le cobró una multa de ciento cincuenta dólares, reclamó el animal, lo entregó a su legítimo propietario y terminó exclamando: "¡Señores, se levanta la sesión!" Había hecho justicia a su modo.

En el año 1872, el gran duque de Alexis, de Rusia, visitó los Estados Unidos, y fue organizada en su honor una gran partida de caza mayor al estilo del Far West. Buffalo Bill actuó de guía y montero mayor, es decir, director de la cacería. El gran duque, bajo la dirección y tutela de Cody, logró cobrar varias piezas, con lo que quedó suficientemente

[1] “Scouts”: exploradores.

halagada su vanidad y agradecido a quien lo había llevado de la mano para ello. En prueba de su amistad; cuando estuvo de regreso en su país, envió a Cody de regalo un valiosísimo sobretodo de piel y un juego de gemelos y alfiler de corbata, cuajados de diamantes y rubíes.

Ese mismo año Cody fue elegido miembro de la legislatura de Nebraska. Pronto renunció a su cargo y se dirigió a Chicago, donde hizo su primera aparición en la escena, como actor de una obra sobre su vida, titulada "El scout de los llanos". Hizo con esa compañía varias jiras por el interior, donde conquistó la amistad y la simpatía de cuantos tuvieron oportunidad de verlo como actor y tratarlo como particular. Terminada la jira, se llegó a Nueva York, a visitar a algunos de sus nuevos amigos. La extraña indumentaria que siempre vistió provocó rara sensación y éxito en la Quinta Avenida y en Broadway.

Regresó en seguida al Oeste, donde ensayó la apacible vida de ranchero. Allí, alternando con sus tareas rurales, escribió una obra: "Wild West"[2], en la que relataba la vida en el Oeste, y que fue uno de los éxitos de librería de aquellos tiempos. Un autor adaptó la obra al teatro y subió a escena por primera vez en 1883, en Omaha.

La teatralización de "Wild West" obtuvo tanto éxito como el libro, y Buffalo Bill se vio asediado con pedidos de su libro desde los más remotos rincones del país.

La obra debía ser representada en un circo, y la Royalty Society, de Londres, que patrocinaba esta clase de espectáculos, quiso que Buffalo Bill fuera a Londres con su compañía. Allí se trasladó éste, y el éxito fue tan grande que su fortuna quedó asegurada. Otras jiras tan exitosas fueron emprendidas, hasta que el mes de noviembre de 1867, el coronel Cody anunció su retiro. Tenía a la sazón 67 años y, según decires, su fortuna ascendía a tres millones de dólares. Volvió a su rancho de Cody Wyoming y trató de amoldarse a esa existencia tranquila, pero su espíritu aventurero lo impulsó a la arena del circo. Pero esta vez la suerte le fue adversa. El tornadizo público ya no sentía interés por el espectáculo, y de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, fue perdiendo dinero hasta que la obra, el material, los caballos, todo, cayeron bajo él martillo del rematador. Sin embargo, los amigos y admiradores acudieron en su ayuda rápidamente, haciendo generosas ofertas por sus efectos.

Su caballo favorito y ya famoso, "Ishan", se cotizó a un precio altísimo. El viejo scout no se dejó abatir, y aseguró que probaría una vez más.

Se unió a una compañía de circo como primer actor, pero su vida activa había terminado y se acercaba la hora de hacer un alto. Su constitución debilitábase debido a la dureza de sus trabajos y a las muchas privaciones que había debido soportar durante setenta y dos años de actividad intensa. Había vivido su vida hasta el último minuto.

Había peleado duramente, y hasta su última jornada fue dura, asombrando, con su vitalidad, a los médicos que lo atendieron en su larga agonía.

Cuando se le pronosticó que su fin estaba cerca, contestó con una carcajada, al tiempo que pedía que le alcanzaran un mazo de barajas. "Ustedes no pueden matar a este viejo scout, les dijo a los facultativos, invitándolos a jugar. Pero aun este indomable espíritu debía doblegarse a la ley inexorable de la naturaleza, y dos días después caía en un estado de inconsciencia del que no volvería más.

La muerte de este hombre excepcional repercutió intensamente en los dos continentes. Todos los diarios importantes del mundo publicaron extensas notas necrológicas. El estado de Colorado mandó oficiar un funeral en su memoria. Era una figura heroica que abandonaba el escenario de sus sorprendentes hazañas. Buffalo Bill no conoció jamás el temor. Su vida estuvo constantemente jalonada de peligros, los que supo soportar, y cuando tuvo que enfrentar a adversarios de reconocida temeridad, supo superarlos con ventaja de su parte.

[2] "Wild West": Oeste salvaje

Vivió libre e independientemente, pero sin desviarse en ningún momento de la justicia y el orden establecido. Diestro en el manejo de las armas, excelente jinete y guerrero intrépido, jamás hizo uso indebido de las primeras, jamás abusó de los servicios del caballo ni se ensañó con sus vencidos enemigos. El vacío que dejó su desaparición no podrá nunca ser llenado; es una reliquia de los días idos que no volverán.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I
A TRAVES DE LAS LLANURAS

E En los primeros tiempos de la colonización de Kansas, los beneficios de la educación llegaban muy restringidos hasta nosotros los pobladores, por no decir que nos estaban negados en absoluto. Para proveer de ellos a la exigua población en edad escolar fue preciso recurrir al extremo de una subscripción pública, con lo que se reunieron los fondos suficientes para instalar una escuelita en una cabaña de madera, tipo de construcción en boga en ese sitio y en esa época, que fue levantada con más amor que con pureza de estilo arquitectónico, a la orilla de un arroyo que corría a lo largo de nuestra casa. Desde ese momento la escuelita de la cabaña sería "nuestra escuela".

Mi madre tomó parte activa, tanto en la construcción de la cabaña como en la organización de la enseñanza. Después de mucho insistir consiguió que yo retornara a mi casa -pues debo hacer notar al lector que para ese entonces yo había abandonado mi hogar en busca de aventuras- y me anoté como alumno. En poco tiempo hice satisfactorios progresos hasta que un día, como consecuencia de una pelea que debí sostener con uno de mis compañeros, me vi obligado a salir del pueblo. Me propuse entonces cruzar la frontera, consiguiendo para ello empleo en la firma Russell, Majors y Waddell, propietarios de una compañía que transportaba cargas en un convoy a través de llanuras dilatadas y pobladas de indios. Aunque no ocurrió ningún contratiempo ni incidente que le diera interés, este primer viaje mío por el desierto, me resultó amenísimo y muy grato a mi espíritu. Viví unos cuantos días con la sensación de la aventura siempre próxima y con el ánimo dispuesto a correrla en la más heroica de las hazañas. Pero no sucedió nada; por lo menos nada que valga la pena ser relatado.

Al llegar al punto de destino y habiendo cumplirlo con nuestra misión, que era la de llevar provisiones de boca y municiones al fuerte Kearny, me abonaron mis servicios y me despacharon junto con otros compañeros, que habían sido contratados especialmente para ese viaje.

Era la costumbre para esa clase de trabajos. Se enganchaban llaneros mediante un precio determinado y al final del viaje, con los carros ó carretas en lastre, para hablar en jerga marina, se despachaba al personal y cada cual tomaba su rumbo, quedando en disponibilidad

para otro viaje con otros cargadores o los mismos y con otro o idéntico destino. Durante el resto de ese otoño v hallándome sin empleo, hice diversos pequeños trabajos para la casa que me había contratado para mi prirmer viaje y me dediqué también un poco a la cría de ganado por mi cuenta.

En el mes de mayo de 1857 emprendí viaje para Salt Lake City con una tropa de ganado vacuno a cargo de los hermanos Frank y Bill Mac Carthy, destinada al ejército del general Albert Sydney Johnston que había sido destacado al otro lado de las llanuras para combatir a la secta de los mormones.

Hasta que llegamos a Plum Creek, punto situado a unas treinta y cinco millas al sur del fuerte Kearney sobre el río South Plate, nuestro viaje no se vio interrumpido en ningún momento. Habíamos andado todo el día y la mayoría de los hombres se había echado a descansar debajo de las carretas. El ganarlo estaba bajo la custodia de tres hombres y el cocinero se hallaba entregado a la tarea de prepararnos el almuerzo. A nadie se le ocurrió que podríamos correr algún peligro, como por ejemplo, que los indios nos estuvieran acechando en espera de una oportunidad para atacarnos. Sin embargo, lo que nadie esperaba sucedió, y en forma que no dejaba lugar a dudas sobre su peligrosidad.

Los gritos con que los guerreros pieles rojas suelen acompañar sus ataques y las detonaciones de sus armas de fuego, nos sorprendieron dormidos. Todos nos pusimos de pie ante el anuncio de la desagradable e inesperada visita. Rifle en mano y sin atinar a nada, miramos desolados la dispersión del ganado, bueyes, vacas, mulas y caballos, que habían sido espantados por los atacantes al tiempo que daban muerte a los tres hombres que habíamos dejado de centinelas. Paralizados por la sorpresa, vimos cómo los indios se nos echaban encima a paso de carga. Los hermanos Mac Carthy, más avezados que el resto de nosotros a esta clase de sorpresas, fueron los primeros en reaccionar y dieron orden de abrir el fuego contra los atacantes. La descarga los detuvo un instante, que aprovechó Frank Mac Carthy para ordenar que nos corriéramos hasta un terraplén allí existente para atrincherarnos detrás de él y hacer fuego desde allí. Así lo hicimos, llevándonos a uno de nuestros hombres que había sido herido por los indios en el momento de nuestra primera descarga. El terraplén tras del cual nos refugiamos estaba a la orilla de un riacho y a poca distancia de nosotros. Así parapetados, abrimos fuego en forma graneada, pues el sitio era excelente como trinchera y nos permitía movernos a nuestras anchas. Era natural que no pudiéramos

quedarnos en él durante mucho tiempo porque poco a poco los indios, que eran mayores en número, nos irían acorralando. Advertida esta circunstancia por Frank Mac Carthy, nos gritó que nos fuéramos corriendo hacia la orilla del río y lo vadeáramos; una vez en la otra orilla, haríamos fuego desde allí, replegándonos hacia Fort Kearney, a donde regresaríamos. Tácitamente convinimos en que era lo mejor que se podía hacer si conseguíamos mantener a raya a la indiada con nuestro fuego, hasta que nos distanciáramos unas millas y pudiéramos llegar al sitio en que el riacho se unía al Platte, del que era afluente. Desde ese sitio el cauce del arroyo aumentaba en profundidad, y para poder llevar al herido, pues no podíamos abandonarlo en manos de los indios, construimos una balsa de ramas y juncos, donde lo acomodarnos lo mejor que pudimos.

Como el río se hacía cada vez más profundo, se nos hacía difícil transportar nuestras armas por el vado, por lo qué las colocamos en la balsa con el herido, ganando de este modo velocidad en la fuga.

A todo esto, los indios no cejaban en su persecución, y nos seguían, cada vez más cerca, esperando la oportunidad de tenernos al alcance de sus flechas. Pero nosotros no nos dábamos por vencidos, y, agazapados, proseguíamos la marcha por la orilla, cuando no nos veíamos en la necesidad de hacerlo a nado. Aunque venciendo grandes dificultades, íbamos progresando manifiestamente.

La noche, que se nos echaba encima a pasos agigantados, complicaba un poco las cosas. Siendo yo el más joven de la partida, era natural que fuera el primero en sentirme cansado, quedando rezagado, sin darme cuenta, a unos metros de los demás.

Eran ya las diez de la noche y seguíamos marchando silenciosos por entre los yuyos y el barro de la orilla del río, cuando de repente, levanto la vista y veo reflejarse -a la luz de la luna, la cabeza emplumada de un piel roja. En lugar de correr a dar aviso a los compañeros, lo más sigilosamente posible, impulsado no sé por qué, mecánicamente, levanté el rifle e hice fuego. La detonación vibró aguda en el silencio de la noche, seguida de la algarabía de los indios y un segundo después vi caer en el barro de la orilla el cuerpo de uno de ellos, precisamente el jefe, un hombretón que mediría fácilmente seis pies. Quedé medio muerto de sorpresa y espanto, sin darme cuenta exacta de lo que había hecho. Estaba como paralizado y esperaba por unos instantes que un montón de indios

me cayera sobre la cabeza. Atontado como estaba, no alcancé a ver a mis compañeros, que al oír el disparo y el grito de guerra de los indios, habían retrocedido.

-¿Quién hizo ese disparo? -preguntó Frank Mac Carthy.

-Yo -contesté en seguida, pues a medida que me aproximaba al grupo iba recuperando la confianza.

-SI, el pequeño Bill ha matado un indio -dijo uno de los hombres que estando más cerca, había acaso tropezado con el cadáver tirado en el barro.

Desde ese instante me vi convertido en héroe matador de indios.

Y como yo no tenía entonces más que once años de edad, la muerte de este mi primer indio causó una viva sensación.

La banda de pieles rojas, para vengar la muerte de su jefe, hizo una descarga cerrada contra nosotros, pero la oscuridad de la noche, la mala puntería y la distancia, la hicieron inútil. Nuestra retirada río abajo no fue ya perturbada, y pudimos llegar a Fort Kearney justo al toque de diana, con el herido en buenas condiciones.

Después del peligro efectivo que habíamos corrido, nos sentimos bien contentos y aliviados. Inmediatamente después de la llegada, Frank Mac Carthy se dirigió al oficial de guardia del fuerte con el objeto de dar cuenta de nuestra presencia, e informar sobre los sucesos acaecidos durante el viaje y que habían hecho correr tan grave peligro a la partida, como del fracaso de la misión. El comandante del fuerte ordenó que un regimiento de caballería y otro de infantería se dirigieran a Plum Creek a marcha forzada, llevando consigo un obús, para tratar de castigar el malón y recuperar el ganado que nos había sido robado. La firma Russell, Majors y Waddell, propietaria de la tropa de carretas tenía en el fuerte un agente o representante local, que nos suministró algunas mulas para que pudiéramos acompañar a las tropas y guiarlas al sitio en que habíamos sido sorprendidos por los indios.

Partimos. Al llegar al lugar del ataque, no hallamos en él más que los cadáveres de los tres hombres de nuestra caravana, destrozados los cuerpos y arrancados los cueros cabelludos. Ante semejante hallazgo no hicimos más que dar sepultura a los restos de los infelices compañeros. Realizada la piadosa tarea, echamos una mirada por el campo y alcanzamos a individualizar algunas cabezas de ganado de las que nos habían sido robadas, que pastaban con varias docenas de búfalos. Pudimos apoderarnos sólo de algunas, pues las demás habían sido dispersadas por los indios y habían echado a andar, perdiéndose entre las grandes manadas de búfalos que en enormes cantidades poblaban aquellas regiones.

El rastro dejado por los indios nos conducían al sur del río Republican, al que las tropas llegaron, siguiéndolo, hasta Plum Creek. Allí hicimos alto abandonando la búsqueda sin haber visto siquiera la sombra de un piel roja. De- regreso en Fort Kearney, el agente de la compañía, en vista del fracaso de la expedición punitiva y de que habíamos perdido el ganado, los bueyes y mulas de transporte, canceló nuestras cuentas y nos envió de vuelta a

Fort Leavenworth. -Para mayor entendimiento del lector es conveniente aclarar que las compañías de carretas como la de Russell, Majors y Waddell, no se hacían responsables de las pérdidas de las mercaderías confiadas a su transporte a través de regiones en las que el viaje podía fracasar debido al ataque de los indios, pues el Estado se hacia cargo del riesgo que pudieran correr en esas circunstancias. Era lógico que no fuera una empresa particular que garantizara la vida y hacienda de los pobladores, sino el Estado.

Un día de principios de julio, hallándome en Leavenworth, fui, con gran sorpresa de mi parte, entrevistado por el reportero de un importante diario local. A la mañana siguiente aumentó aún mi asombro al leer en ese diario estos títulos, referidos a mi persona: "El más joven de los matadores de indios de las llanuras". . . etc.

Dentro de mi candidez me sentí, debo confesarlo, muy orgulloso por la notoriedad que había adquirido. Leí y releí con suma atención y creciente interés la larga y sensacional narración de la aventura corrida en Plum Creek en compañía de los hermanos Mac Carthy y de sus hombres. El relato del encuentro y sobre todo mi hazaña al dar muerte al indio, estaba trazado en forma muy gráfica y pintoresca. En poco tiempo más fui héroe de cierta consideración en la comarca.

***

La firma de troperos Russell, Majors y Waddell firmaron contrato con el gobierno para suministrar provisiones al ejército del general Johnston, que había sido destacado a luchar contra los mormones. El reclutamiento de boyeros para esta campaña se realizó con cierta dificultad, porque los peligros eran muy grandes y no todos los días se encontraba gente resuelta que tomara la cosa con entusiasmo. Los sitios por donde habla que pasar para llegar al acantonamiento del ejército de Johnston estaban infestados de indios rebeldes.

Un viejo tropero de carretas, llamado Lew Simpson, conocido como uno de los más hábiles conductores de carretas de bueyes, fue de los primeros en alistarse, aportando por su cuenta tinas diez carretas para el convoy que debía formar la compañía. Debíamos dirigirnos en línea recta a Salt Lake City, y Simpson, conociendo mis deseos de aventura y mis ambiciones de superación, me invitó a que lo acompañara como ayudante extra. Mis obligaciones no serían pesadas, pues no tendría más que sustituir a los conductores en los momentos de descanso o de enfermedad, o cuando por cualquier razón tuvieran que dejar circunstancialmente la dirección de su carreta. Pero más seductora aún fue la promesa de que tendría una mula para mi uso y el hecho de no tener que acatar más órdenes que las que me diera personalmente el propio Simpson.

Para la mejor comprensión del lector es conveniente explicar cómo se formaba y en qué consistía un convoy de carga en aquellos tiempos y los inconvenientes que había que obviar para llevar a cabo esas empresas.

Las carretas usadas por Russell, Majors y Waddell eran conocidas como "J. Murphy Wagons" y se construían en St. Louis especialmente para esta clase de travesías. Eran de gran tamaño y sólida construcción, pudiendo llevar hasta siete mil libras de carga. La amplitud de su interior las hacía semejante a una habitación de tamaño común. Sobre los travesaños del techo se echaban grandes lonas que protegían la carga de la lluvia y del excesivo calor en verano. Por lo general, partían de Leavenworth, llevando cada una seis mil libras de mercaderías y tiradas por varias yuntas de bueyes a cargo de un conductor. Un convoy estaba formado por más o menos veinticinco de estas carretas y marchaba a cargo de un hombre al

que se llamaba wagon master[3]. El segundo jefe del convoy venía a ser el asistente del primero; luego estaba el ayudante o "mano extra"; después los arrieros nocturnos y finalmente, los boyeros encargados de arriar el ganado suelto o estropeado. Además, en una carreta viajaban treinta y un hombres, encargados de todos los menesteres que no fueran los de conducción de las carretas, es decir, hacer la comida, acarrear el agua, hacer leña para el fuego, montar guardia, etc. Todos tenían su tarea prefijada y constante. Conductores, peones y cabecillas iban bien armados con revólveres Colt y Missisippi Jagers[4] que llevaban siempre al alcance de la mano en previsión de cualquier ataque. Al conductor jefe se le llamaba también bull wagon boss, expresión popular de las llanuras, que traducida literalmente al inglés correcto quería decir "el toro jefe de carretas"; a los conductores de las carretas se les bautizaba como bull whakers, con lo que se quería expresar la idea de "picaneros de toros" y al convoy entero solía designársele como outfit[5].

Estos hombres de las llanuras de mi país eran tipos de constante buen humor; poseían un riquísimo venero de relatos basados en sus propias experiencias, y recuerdo que yo solía quedarme horas enteras oyendo contar sus aventuras, llenándome de admiración el ingenio y la serenidad con que habían sabido salir de ellas airosamente. Tenían también un dilatado conocimiento de los recursos de que se podía valer un hombre frente a todas las sorpresas frecuentes en las desiertas y bravas regiones del Oeste.

El camino que conducía a Salt Lake corría a través del noroeste de Kansas atravesando el río Big Blue y después de correr un trecho bordeando el Big and Little Sandy, penetraba en Nebraska, cerca del Big Sandy.

Otro río de gran importancia era el Little Blue a lo largo del cual corría el camino unas sesenta millas, cruzando después una cadena de médanos, y desembocando en el Platte a una diez millas de Fort Kearney. De allí el camino corría paralelo al curso del South Platte hasta el cruce llamado Ash Hollow, desde donde corría dieciocho millas sobre el curso de North Platte dejando atrás la desembocadura del río Blue Water, donde en el año 1855 el general Harney había librado una feroz batalla contra los indios sioux o cheyennes, que se habían levantado y amenazaban muy seriamente las poblaciones.

Desde ese punto el camino seguía el curso del North Platte, pasando por Courthouse Rock, Chimney Rock y Scott's Bluffs y continuaba hacia el fuerte Laramie, donde cruzaba el río de este mismo nombre.

Siguiendo el curso del North Platte en una considerable distancia, lo cruzaba por el viejo puente Richard y lo continuaba bordeando hacia el famoso Red Butter, cruzando el Willow Creek[6] en dirección al Sweet Water[7]; luego corría hacia el lugar llamado Cold Spring[8], donde en los días más calurosos del verano puede encontrarse hielo a una profundidad de tres pies; luego pasaba por Hot Springs[9], los Rocky[10], las Rocky Mountains[11], el Echo Canyon[12], entrando finalmente en el Great Salt Lake Valley[13].

Nada que nos demorara ocurrió en este viaje, hasta que llegamos al río South Platte.

[3] Guía del convoy o jefe del convoy.
[4] Rifle con el cañón recortado, como lo han usado nuestros gauchos.
[5] Equipo
[6] Arroyo Sauce.
[7] Agua Dulce.
[8] Vertientes frías.
[9] Vertientes calientes.
[10] Cadenas Rocosas.
[11] Montañas Rocallosas.
[12] Cañón del Eco.
[13] Gran valle del Lago Salado.

Pero un día acampamos en el mismo sitio en que los indios nos habían dispersado la manada de reses en el famoso viaje de mi hazaña cuando maté al indio. Casi no hubiéramos podido reconocer el lugar pues no había señal alguna de vida, pero fuimos guiados por las cruces que habíamos plantado en la sepultura de los tres compañeros que nos mataron los pieles rojas. Otro indicio, pues no eran esas cruces las únicas que se encuentran por los campos, nos lo dieron algunas cabezas de ganado que reconocimos como a las que llevábamos en aquella oportunidad y que ahora pastaban tranquilamente mezcladas con los búfalos que atestaban esos prados. Como teníamos un día entero de descanso, nos entretuvimos en tratar de apoderarnos de algunas de esas reses y en matar búfalos. Al día siguiente abandonamos el lugar y el convoy volvió a arrastrarse penosamente a lo largo del interminable camino que corría al pie de los médanos, a un par de millas del río. Entre el camino y el río -lonja, como he dicho, de dos millas de ancho-, pastaban numerosas cabezas de ganado que después bajaban hasta la corriente para saciar la sed.

En eso tuvimos el inevitable contratiempo cuando se viaja en esas regiones. Un grupo de californianos montados en caballos ligeros, que divisamos en lontananza, al darse cuenta de la crecida cantidad de búfalos que poblaba el lugar, apresuraron el paso de sus ya rápidas cabalgaduras y se echaron sobre las bestias a todo correr. Estas se espantaron de tal modo que, en su desesperación por huir de la embestida, se nos vinieron encima, cortando el convoy en varias partes y espantando, a su vez, a nuestros bueyes y reses, sin que nosotros pudiéramos hacer nada por evitarlo. Algunas carretas volcaron y muchos bueyes trataron de huir con carreta y todo. Otros se encabritaron de tal modo que rompieron las correas de sus coyundas, se enredaron entre sí y se enfurecieron, formando un pandemónium indescriptible. No conseguíamos dominarlos; los conductores y boyeros permanecían perplejos sin saber qué hacer. En poquísimos minutos vióse al ganado, hombres y búfalos en infernal confusión corriendo en todas direcciones y en forma tan agitada que parecía que todo el mundo se había vuelto loco.

La mayoría de nuestros bueyes había roto sus coyundas y fugado. Un enorme búfalo macho se enredó en una pesada cadena y en su desesperación por safarse hizo tal esfuerzo que la rompió, pero como la cadena se había arrollado a un yugo, quiso la casualidad que quedara éste como atado por la cadena al cogote de la bestia. Lo vimos disparar por los campos llevando consigo un arnés que lo enloquecía cada vez más. A las sacudidas violentísimas que daba para sacárselo de encima, el yugo lo castigaba, lo que redoblaba su desesperación y su loca carrera.

Un gran número de incidentes parecidos se sucedieron en pocos minutos produciendo importantes perjuicios y quedando nuestro convoy reducido a bien pobre cosa. Perdimos un día entero en reparar los desperfectos y reunir los bueyes, de los cuales muchos estaban seriamente lesionados.

Al día siguiente todo se había normalizado, dentro de lo posible, frente a los grandes daños causados, y reanudamos la marcha.

Caminamos unas dieciocho millas y al llegar cerca de Green River, en las Montañas Rocallosas, hicimos un alto para almorzar y descansar. Simpson, George Wood, su ayudante, y yo, acompañados por unos pocos peones, nos encargamos de llevar a los bueyes a beber a un arroyo distante una milla y media de allí. Una vez terminada nuestra tarea nos dispusimos a regresar al campamento, cuando divisamos un grupo como de veinte hombres a caballo que venían directamente hacia nosotros a galope tendido. Nuestras carretas no estaban a la vista, pues habían quedado detrás de una loma y, por lo tanto, no podíamos esperar de nuestros hombres ayuda de ningún género, en el caso de que hubiera un peligro en los jinetes que se nos acercaban. Los desconocidos eran hombres blancos, lo que nos tranquilizó respecto a sus

posibles intenciones. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca de nosotros, se adelantó uno de ellos, evidentemente el jefe, y dijo:

-¿Cómo le va, Simpson?

-Pues aquí tiene usted lo mejor de mí -le contestó Simpson enigmáticamente, pues no conocía al sujeto.

-Sí, creo que sí -dijo con tranquilidad el forastero y sus palabras contenían un doble sentido, como lamentablemente, muy pronto lo veríamos.

Los hombres nos rodearon y nosotros hicimos alto. Ellos estaban armados con revólveres y escopetas de dos caños; nosotros también, pero como no teníamos idea de que pudiéramos correr ningún peligro, nos descuidamos, quedando a su entera merced. Fue así que pudieron sorprendernos. Cuando acordamos, estábamos acorralados; todo ese trabajo se había hecho con el mayor disimulo y silencio.

-Ahora, señores, si nos hacen el favor, entréguennos sus armas -dijo el que hasta ese momento había actuado como jefe.

-Se las daremos con mucho gusto -replicó Simpson-, pero quizá no sea de su agrado la forma en que lo haremos.

En ese instante tres grandes revólveres amenazaban a Simpson.

-Si hacen un solo movimiento sospechoso, es usted hombre muerto -le dijo el jefe con palabra breve y cortante.

No tardó Simpson en comprender que nos hallábamos en desventaja para intentar resistencia alguna, exponiendo la vida de todos sus compañeros inútilmente. Entonces dijo

-Por esta vez ganan ustedes gracias a la situación; pero, por lo menos díganme quiénes son. -Yo soy Joe Smith.

-¿Qué? ... ¿El jefe de los danitas?[14].

-El mismo -replicó Smith.

-Bueno -dijo Simpson-, ahora sé quién es usted: un vil espía.

Simpson tenía sus buenas razones para darle un calificativo tan duro, pues hacía muy poco tiempo que Smith había estado en nuestro convoy haciéndose pasar por boyero y con nosotros había viajado un par de días. Desapareció de repente sin dejar rastros y sin que nadie pudiera decir para qué había venido ni qué dirección había tomado al irse. Pero ahora se explicaba todo viéndolo al frente de una banda de mormones danitas.

Cuando nos hubieron desarmado, Simpson inquirió:

-Y bien, Smith, ¿qué piensa hacer ahora con nosotros?

-Vayan andando y pronto lo sabrán.

No teníamos ni idea de la sorpresa que nos esperaba. Al llegar a lo alto de la loma que nos ocultaba del campamento, vimos que los hombres que habíamos dejado de custodia habían sido desarmados y se hallaban en poder de otra cuadrilla de mormones danitas, varios de los cuales registraban las carretas sacando de ellas todo lo que les apetecía.

-¿Cómo ha podido apoderarse de mi campamento sin que haya señales de lucha? -le preguntó Simpson a Smith-. Lo veo y no lo creo.

-Muy sencillo -contestó el mormón-. Todos sus hombres, con excepción de los cocineros, dormían debajo de las carretas. Los pocos que vigilaban nos vieron acercarnos, pero, como le pasó a usted mismo, nos tomaron por californianos o por pobladores en viaje y no nos prestaron mayor atención. Como lo hicimos con usted, nos fuimos acercando y rodeamos el convoy sin que nadie sospechara nada. Cuando estuvimos bien cerca, despertamos a los que dormían amenazándolos con los revólveres y ordenándoles que se entregaran. Lo hicieron de buen grado ya que no les quedaba otra alternativa..., y aquí los ve ...

[14] Secta de mormones que se titulaban hijos de Dan (Daniel).

-¿Y cuál es su objeto? -preguntó Simpson. -Mi intención es incendiarle el convoy cuando hayamos sacado de él todo lo que nos convenga. Estas carretas van cargadas con víveres y municiones para el general Johnston, que nos está combatiendo, y trataré de que nunca lleguen a esas tropas, ya que no podemos apoderarnos de todo por falta de medios para llevárnoslo.

-Pero no nos han de abandonar en este sitio!...

-No, mi maldad no llega a eso. He de dejarlos con los víveres suficientes para llegar a Fort Bridger -dijo Smith-. Y tan pronto como puedan sacar de las carretas lo que necesiten para el viaje,

será mejor, pues así podrán emprender la marcha en seguida.

-¿A pie? -fue la lacónica pregunta de Simpson.

-Sí, señor -fue la no menos lacónica respuesta.

-Smith, eso es demasiado duro para nosotros. Póngase en nuestro lugar y verá la sinrazón de ese rigor... Bien puede darnos una carreta y unas seis yuntas de bueyes para llegar hasta Fort Bridger. Si no lo hace creeré que es usted realmente un desalmado.

Consultó Smith durante un par de minutos con algunos de sus compinches, y volviéndose a nosotros dijo:

-Bueno, haré eso por ustedes.

De acuerdo a órdenes del jefe, nos trajeron los bueyes pedidos y la carreta, cargando en ella nuestra ropa y las provisiones necesarias.

-Joe Smith, creo que es usted el tipo más cruel del país al dejarnos marchar por un sitio hostil como éste sin más armas que nuestras manos -insistió Simpson reiterando un pedido que ya le había sido negado.

Hizo Smith nuevas consultas con su gente y dijo: -Simpson, es usted un hombre valiente y honrado y le voy a conceder eso; le serán devueltos sus revólveres y sus rifles.

Así lo hicieron y emprendimos inmediatamente viaje al fuerte Bridger, convencidos de que sería vana cualquier tentativa que realizáramos para rescatar nuestro convoy.

Recorridas un par de millas, vimos, mirando hacia atrás, el humo que se levantaba de lo que había sido nuestro campamento. Los mormones se habían servido todos los víveres y municiones que pudieron cargar, incendiando luego las carretas cargadas de tocino, grasa de cerdo, galleta marinera y otras cosas que hacían mucho y espeso humo, del que obscuras y densas cortinas se elevaban hacia las nubes.

Una de las carretas había sido cargada con municiones, por lo que no transcurrió mucho tiempo sin que oyéramos las fuertes explosiones, que se repitieron en graneado tiroteo durante un buen rato.

Nos detuvimos para observar la escena, que representaba la pérdida irremediable de nuestro convoy. Después de un rato de triste contemplación de ese espectáculo, reanudamos la marcha hacia el fuerte Bridger. Al llegar, nos enteramos que otros dos convoyes despachados casi al mismo tiempo que el nuestro habían corrido idéntica suerte. El total de las pérdidas fueron setenta y cinco carretas con sus correspondientes dotaciones de reses de tiro y cuatrocientas cincuenta, mil libras de mercaderías generales, todo destinado al ejército del general Johnston, al que jamás llegaron.

Llegamos al fuerte casi a mediados del mes de noviembre y decidimos esperar allí a que pasara el invierno. Había en él, a nuestra llegada, otros cuatrocientos empleados de Russell, Majors y Waddell, que también esperaron con nosotros a que pasara la mala época, porque eran muy crudos los rigores de la estación y aventurado el viaje, por los indios que, conocedores del terreno, durante el invierno eran dueños y señores de las comarcas que debíamos atravesar para llegar a las márgenes del Missouri.

Esos cuatrocientos hombres, sumados a nosotros, eran más gente de la que podía comer en el fuerte durante algún tiempo. Empezaron a escasear las provisiones de boca y debimos racionarnos. Pero ni así alcanzó para todos, por lo que terminamos comiéndonos los enflaquecidos bueyes y mulas que aun no habían muerto de hambre.

Pero el comernos las mulas y los bueyes nos trajo otro inconveniente: Fort Bridger estaba situado en una pradera, de modo que la leña que utilizábamos como combustible era traída a lomo de mula o arrastrada por los bueyes. Desaparecidos ambos debimos acarrear la leña sobre nuestros propios hombros o fabricar unos pequeños trineos de madera que nosotros mismos arrastrábamos. La alternativa era penosa y antipática a la mayoría de nosotros.

Al aproximarse la primavera, el hambre ya nos acosaba e iba revistiendo caracteres alarmantes, y a no ser por la oportuna llegada de unas carretas con provisiones destinadas al general Johnston, enviadas a suplir las que nos había incendiado Joe Smith, más de uno se hubiera muerto de hambre.

Llegó por fin la buena estación y todos, empleados de oficina de la compañía, guardias, boyeros, conductores y peones, nos pusimos en marcha hacia el río Missouri, abandonando la expedición del general Johnston a sus propios recursos. No había más remedio.

El camino pasaba por el fuerte Laramie y en él nos detuvimos. La frugal comida que allí pudimos hacer dio cuenta de una buena parte de las provisiones que llevaba un convoy que viajaba hacia el Oeste. El menú, consistente en jamón, liabas, café, etc., me pareció la comida más sabrosa que hubiera probado en mi vida. No era para menos después de la larga dieta a que habíamos estado sometidos en el fuerte Bridger.

Al dejar el fuerte Laramie, Simpson fue nombrado brigadier master wagon, a cargo de dos largos convoyes con unos cuatrocientos hombres además de los conductores, con destino al fuerte Leavenworth.

El dominio que el viejo tropero poseía de los caminos de la región, hizo que para ese viaje prefiriera cambiar- de ruta, y al llegar a Ash Hollow, en lugar de seguir por el camino habitual del South Platte decidió seguir por el North Platte hasta el sitio en que éste se encuentra con el anterior. Los dos convoyes marchaban a unas quince millas de distancia uno del otro. Una mañana, Simpson, que viajaba con el segundo convoy, ordenó a su ayudante George Wood que le ensillara unas mulas porque quería que los tres, él, Wood y yo, diéramos alcance al delantero para inspeccionarlo y ver si en él todo estaba en orden.

Partimos más o menos a las once de la mañana. Habíamos andado apenas unas siete millas cuando, al hallarnos sobre una pequeña meseta situada pasando el lugar denominado Cedar Bluffs, divisamos una banda de indios que salía de una quebrada y se venía a nosotros a toda la velocidad de sus cabalgaduras. Pensé que nuestro fin estaba cerca y Simpson debe haber tenido el mismo pensamiento, pues con pasmosa rapidez saltó de su ya cansada cabalgadura y la mató a tiros, haciendo lo mismo con las que montábamos Wood y yo.

Acto seguido nos ordenó que lo ayudáramos a colocar los cuerpos de las pobres bestias formando un triángulo en el suelo.

Habiendo hecho esto con la celeridad que es de imaginarse, nos metimos dentro de la barricada formada por las mulas y nos preparamos para recibir al enemigo. Cada uno de nosotros estaba provisto de dos revólveres y un Mississippi yager, y cuando los indios se lanzaron sobre nuestro improvisado reducto, nosotros abrimos el fuego con tan buena fortuna que tres de ellos cayeron muertos en la primera descarga.

Esto los contuvo un poco y hasta los hizo retroceder, pues excepto dos, que tenían armas largas de fuego, los demás usaban arcos, y para lograr que éstos fuesen eficaces, se ponían a distancia fácil de nuestros fusiles, con las consecuencias que son de imaginar.

Viendo que les sería imposible tomar nuestra posición, se pusieron a correr en torno nuestro, haciendo de blancos movibles, disparando constantemente sus flechas. Alguna que

otra dio en el cuerpo de las mulas que nos servían de parapeto, que ya considerábamos inexpugnable, cuando un dardo hizo blanco en el hombro izquierdo de Wood, produciéndole una leve herida.

Por fin, los indios se retiraron hasta ponerse fuera del alcance de nuestras armas y se reunieron a deliberar. Aprovechamos esa tregua para descansar, cargar las armas y, usando un lenguaje militar; consolidar nuestra posición. Durante esta tregua, Simpson arrancó la flecha del hombro de Wood, poniendo en la herida una buena cantidad de tabaco para evitar una posible infección.

Wood se rehizo en seguida y volvió a tomar posición de combate. Los indios habían terminado sus deliberaciones y, lanzando sus caballos a galope tendido, sé dirigieron hacia nuestro reducto, como si hubiesen querido terminar con la resistencia en una única y feroz arremetida.

La recepción fue de las que hacen época. No pudieron soportar ni tampoco comprender el certero fuego graneado de nuestros jagers y revólveres. Se retiraron nuevamente, y otra vez volvieron a correr en círculo en derredor nuestro, disparando casi sin tomar puntería. El saldo fue otro indio que quedó en el campo con su caballo, muertos los dos. Después de esto, se retiraron.

Dos horas más tarde continuaban, al parecer, reunidos en consejo. Nosotros aprovechamos el tiempo cavando la tierra en el interior de nuestra barricada con nuestros cuchillos, echándola sobre los cuerpos de las mulas. En poco tiempo construimos una sólida fortificación. Transcurrió el día entero sin que se acercaran a nosotros ni nos molestaran en forma alguna, pero al llegar la noche intentaron incendiar la pradera, rodeándonos en un anillo de fuego que podría llegar a asarnos vivos. Pero no habían calculado que el pasto había sido, en ese lugar, muy comido y pisoteado por los búfalos, y estaba tan cortado a ras del suelo, que lo poco que ardió se extinguió prontamente.

A pesar de esto, el peligro no había pasado. El humo era espeso y amenazaba servirle a nuestros sitiadores para, ocultándose detrás de él, acercarse y dominarnos merced al mayor número. Mas nosotros habíamos previsto esta contingencia y estábamos alerta, prontos para disparar. Visto de que de esta forma tampoco conseguían dominarnos, nos dejaron tranquilos por el resto de la noche, pero a la mañana siguiente, muy temprano, realizaron otra carga, con idéntico éxito que las anteriores, pues fueron rechazados con pérdidas de consideración. Entonces -se colocaron como a media milla de distancia formando una circunferencia cuyo centro éramos nosotros; desmontaron y se sentaron en el suelo, esperando, sin duda, rendirnos por hambre. Era evidente que el día anterior habían divisado el paso del primer convoy y creyendo que pertenecíamos a él, nos tomaron por cortados del resto de la caravana. Muy lejos estaban de sospechar que poco tiempo pasaría sin que apareciese por el lugar el segundo convoy, precisamente aquel que marchaba bajo las órdenes directas de Simpson.

Nuestra única esperanza de escapar consistía -ya que era lógico que tarde o temprano deberíamos sucumbir ante la superioridad numérica- en la pronta aparición de dicho convoy; y pues que en lugar de seguir cargando contra nosotros, obligándonos a gastar municiones, optaban por el asedio, nos sentimos más confiados, pues el ansiado paso del convoy salvador no se haría esperar.

Según nuestros cálculos, eso debería producirse esa misma mañana.

Esperábamos ansiosos ese momento, cuando a eso de las diez llegó a nuestros oídos el chasquido de los látigos con que los conductores guían y acicatean a los bueyes.

Fue un sonido grato para nosotros, que lo esperábamos angustiosamente, tan grato como debe haber sido el de la gaita de Campbell para la guarnición de Lucknow.

A los pocos segundos alcanzamos a ver el convoy que se acercaba lentamente. Los indios también lo vieron y se reunieron para deliberar. De repente, y como poseídos por el demonio,

cargaron sobre nuestra posición por última vez, retirándose en seguida corridos por la lluvia de balas que les servimos. Alcanzamos todavía a enviarles una segunda descarga antes de que se perdieran de vista.

Los hombres del convoy, al oír los disparos, corrieron en nuestra ayuda, pero cuando llegaron a nuestro improvisado bastión, de los pieles roja no se veía ni el polvo.

Nuestros compañeros, ansiosos, nos pidieron detalles sobre la lucha, se deshicieron en alabanzas sobre la idea de la construcción del fortín y comentaron nuestra buena suerte por haber salido ilesos de semejante aprieto. La aventura que acabábamos de correr fue el tema obligado durante todo el resto del viaje.

Al llegar las carretas tuvimos agua para curar debidamente la herida de Wood, que se había inflamado y le producía agudos dolores, a causa de lo cual debió seguir el viaje en una carreta.

Simpson y yo tomamos nuevas cabalgaduras, y después de echar una última mirada, digamos agradecida, a las pobres millas que tan gran servicio nos habían prestado, y de tomar algunos adornos y otras cosas pertenecientes a los indios derribados en la lucha, dejamos que sus huesos se blanquearan al sol sobre la verde pradera, y proseguimos nuestra interrumpida marcha.

Los dos convoyes continuaron su monótono camino sin más interrupciones que las voluntarias para cazar algún búfalo de los que de cuando en cuando aparecían a beber en las aguas del South Platte v en las cercanías de Plum Creek.

CAPITULO 2
PERSIGUIENDO A LOS INDIOS

En octubre de 1867, el general Sheridan organizó una expedición punitiva contra los indios que hablan infestado la región del río Republican.

Men mandó llamar y dijo:

-Cody, ya sabrá usted lo que me propongo. He, decidido designarlo guía de la expedición y jefe del regimiento de exploradores. ¿Qué me contesta?

-Magnífico, mi general, y le agradezco la distinción - le respondí en tono alegre y cortés. Los dog soldiers indians[15] era una agrupación de indios cheyennes que, como otras tribus salvajes y turbulentas, nunca pactaban con las cruzadas civilizadoras, y si lo hacían, jamás respetaban lo convenido. Formaban un conjunto de guerreros de magnífica presencia, valientes e incansables y estaban decididos a mantener su soberanía sobre los territorios comarcanos de los ríos Salomón y Republican. Se les llamaba dog soldiers porque, como he dicho, pertenecían a la raza de los cheyennes, nombre derivado del francés chien, perro.

El 3 de octubre, el 5° Regimiento de Caballería llegó a Fort Hays, donde yo me hallaba.

Poco descanso tuvo la tropa, pues el general Sheridan estaba ansioso de castigar a los indios que habían tenido a mal traer al general Forsyth. Por lo tanto, nos hizo salir a campearlos al subsiguiente día de la llegada de su caballería, es decir, el día 5 de octubre.

Nos dirigimos a la región del Beaver Creek, acampando la primera noche al sur de Big Creek, a unas cuatro millas al oeste de Hays City.

Hice amistad rápidamente con los capitanes Brown y Sweetmann, que me invitaron frecuentemente a comer en su tienda durante el tiempo que duró la expedición, y por cierto

[15] Soldados perros.

que me divertí muchísimo en esas horas de descanso. Sé también que ellos se encontraban muy a gusto en mi compañía.

De los exploradores recuerdo a Tom Renahan, Hans Fields, y otro que era todo un personaje, a quien los muchachos pusieron el mote de "Nosey" por el desmesurado tamaño del apéndice nasal.

Al día siguiente continuamos la marcha, cubriendo unas treinta millas, y al caer la tarde acampamos al sur del río Salomón. Allí el coronel Royal me pidió que fuera a matar algunos búfalos para darle carne fresca a la tropa.

-Muy bien, mi coronel, mándeme una carreta para traer las reses - le dije con cierto aire de impertinencia.

-No mandaré ninguna carreta hasta que no haya algo que cargar en ella; mate sus búfalos antes y luego la mandaré - me contestó con aire desabrido.

Mi condición de subordinado me impedía contestar, de modo que arrié el pabellón y salí en busca de caza. Tras una corta ausencia regresé y pedí al coronel que mandara buscar una media docena de piezas que yacían sobre la colina.

Pronto dieron cuenta de la carne los muchachos, y el coronel me volvió a pedir que repitiera la caza. Esta vez ni pensé pedirle que mandara recoger las reses muertas. Ensillé y me alejé del campamento, para volver al poco rato arreando una pequeña manada de búfalos, a los que di muerte uno por uno en el mismo campamento.

Esta acción mía sorprendió al coronel, que presenció la escena con el ceño fruncido. Naturalmente, no se explicaba por qué no había dado muerte a los búfalos en la pradera. Con cara de enojo, me pidió una explicación:

-Cody, ¿quiere decirme qué es lo que se ha propuesto usted?

-Vea, mi coronel; consideré más práctico traer los búfalos aquí sin molestar a nadie.

Esta contestación me pareció la única acertada para no incurrir en falta de respeto. El coronel, comprendiendo perfectamente mi intención y lo que yo quería decirle, pues su respuesta del día anterior me había ofendido, se alejó sin decir una palabra.

Hasta ese momento, ni la sombra de un indio se había visto por las inmediaciones. Aquella noche el coronel Royal estableció los piquetes de guardia, pero todo transcurrió tranquilamente hasta el amanecer.

Estaba por despuntar la aurora cuando fuimos despertados por detonaciones de armas de fuego. Uno de los centinelas llegó a todo galope al campamento anunciando la cercana presencia de los indios:

Inmediatamente organizamos la defensa y estuvimos listos para trabarnos en lucha con los pieles rojas. De acuerdo con las prácticas, ellos serían los primeros en atacar; en caso contrario, nosotros haríamos una salida en su busca. Esperamos un largo rato, y en vista de que no se oía el más leve rumor ni se veía nada que pudiera parecerse a un piel roja, decidimos hacer una batida. Nos dirigimos al sitio en que el centinela aseguraba haber los visto; pero nada hallamos, ni siquiera rastros. Sin embargo, el centinela, que era un irlandés, insistía en su afirmación.

-Debe haberse confundido - le dijo el coronel Royal.

-Palabra de honor que no, mi coronel. Tan seguro estoy como de que me llamo Pat Maloney: y hasta uno de ellos me dio un golpe en la cabeza con un garrote.

El misterio se descifró cuando fue completamente de día y se ahondaron las investigaciones. Se encontraron huellas de ante, no dejando lugar a dudas sobre la clase de indios que había visto Pat. Respecto al golpe que aseguraba haber recibido en la cabeza, era fácil conjeturar que al echar su caballo al galope para dar la alarma, se había llevado una rama por delante, golpeándose la cabeza, fue muy difícil, sin embargo, convencerlo de la verdad de las cosas.

Por algo era irlandés.

Después de tres días de ininterrumpida marcha, llegamos al Beaver Creek, donde acampamos, y desde donde salieron varias partidas de exploradores para revisar la región en distintas direcciones: dejando en el campamento unos pocos hombres de custodia.

Al regresar las partidas de exploración, sin haber hallado rastros de indios, lo hallaron todo en la mayor confusión, porque durante la ausencia el campamento había sido atacado por un crecido número de indios, que habían dado muerte a dos hombres, llevándose sesenta caballos pertenecientes a la compañía "H".

Esa misma tarde partió el mayor Brown con dos compañías y provisiones para tres días, alejándonos -pues yo iba con él- bastante del campamento. A los dieciocho días de infructuosa búsqueda de indios, las provisiones para tres días con que habíamos salido se habían agotado, por lo que nos dirigimos al ferrocarril acampando a orillas del río Salinas cerca de Buffalo Tank.

Mientras esperábamos, había llegado al comando de nuestro cuartel general un nuevo jefe, el general E. A. Carr, quien trajo consigo el célebre "Forsuth Scouts", al mando del teniente Pepoon, distinguido oficial de carrera.

A la mañana siguiente, muy temprano, partimos a la caza de indios. El general Carr pensó que un movimiento que él ya tenía ideado de antemano, sería más eficaz y rápido para darles alcance y me ordenó que lo guiara por el camino que llevara más rápidamente a Elephant Rock, sobre el Beaver Creek. Al llegar a la bifurcación sur del Beaver a los dos días de marcha, descubrimos huellas recientes que nos apresurarnos a seguir durante unas ocho millas. De repente vimos frente a nosotros un gran número de pieles rojas.

El general Carr ordenó que los scouts del teniente Pepoon y la compañía "M„ se adelantaran. Esta compañía estaba al mando del teniente Shinosky, francés de nacimiento y valiente como el que más. Habiéndose adelantado como se lo ordenaran, cuando estuvieron más o menos a una milla de los indios, éstos cargaron con la velocidad del rayo, trabándose en lucha liviana de movimientos, hasta que llegó el grueso de las tropas en auxilio. Los indios aumentaban su número constantemente; pude calcular que habría en el campo unos ochocientos o mil. Hubo muertos y heridos por ambas partes. Los indios peleaban con denuedo y tenacidad, dando tiempo a que sus mujeres, viejos y chicos se situaran lejos del campo de batalla. Sin duda los había sorprendido el crecido número de combatientes blancos que no esperaron encontrar en la región. La lucha se prolongó hasta el anochecer, con continuo retroceso de nuestros enemigos. Durante la noche nos hostilizaron haciéndonos disparos desde las alturas y en más de una ocasión tuvimos que salir en descubierta a dispersarlos. Al regreso de unas de estas partidas, el mayor Brown, el capitán Sweetmann, el teniente Bache y yo, nos hallábamos comiendo juntos, como solíamos hacerlo a menudo, cuando sonó un tiro cercano que hizo impacto en el plato que el teniente Bache tenía levantado en ese momento, haciéndole una perforación que pudo haber tenido destino en el pecho o en la cabeza del teniente. Seguramente, un indio había hecho puntería desde una posición insospechada para nuestros centinelas y había huído en seguida de hacer el disparo. La comida terminó sin otro incidente.

Al amanecer del día siguiente, siguiendo sus huellas llegamos muy pronto al lugar en que los indios tenían su campamento y desde donde habían salido sus hombres de guerra para atacarnos. Desde una altura que dominaba todo el valle del Beaver Creek pudimos ver que el poblado era de los mayores que yo había visto en todas mis andanzas entre los pieles rojas. Consistiría fácilmente en unas quinientas chozas y carpas. Descendimos al valle y nos corrimos rápidamente por el camino que bordea por detrás, es decir, por el Oeste, la pradera conocida con el nombre de Dog Creek. Subimos entonces a otra elevación y a eso de las dos de la tarde alcanzamos a ver que la villa se ponía en movimiento para abandonar el lugar.

Los seguimos, y al verlo ellos, simularon una carga, pero no se acercaron a nuestras líneas de avanzada. Prendieron luego a la pradera poniendo ese obstáculo entre ellos y nosotros con el objeto de impedir o, por lo menos retrasar, nuestro avance. Lo consiguieron a medias, pues algunas veces nos pusimos casi a tiro de rifle. Mejores conocedores del terreno que el más diestro de nosotros, de repente se nos escapaban de la vista y reaparecían por sorpresa sobre una de las alas de nuestra formación. Además, con el propósito ele desorientarnos, desparramaban toda clase de utensilios domésticos en direcciones divergentes de aquella que en realidad seguían. Lo hacían con tanta habilidad que se nos hizo imposible mantenernos sobre su ruta. Al caer la noche decidimos acampar, pues de sobra sabíamos que sería completamente inútil seguirlos en la oscuridad. A la mañana siguiente persistimos en la persecución y, repitiendo la artimaña que tan buenos resultados les había dado el día anterior, trataron de desviarnos de su ruta haciendo un inteligente uso de ella; pero esta vez consiguieron escabullirse por completo, si bien es cierto que no nos desviaron de la ruta principal, llegando basta el río Republican, donde cortamos camino dirigiéndonos hacia el norte del Platte. Nos dimos cuenta de que habíamos sido burlados, porque ellos habían viajado día y noche poniéndose así a varias leguas de distancia de nuestras líneas más avanzadas. Viéndonos rendidos y ante la casi imposibilidad de darles alcance, el general resolvió desistir de la empresa.

Esa noche, después de comer, el general Carr me hizo comparecer a su presencia y me anunció que la marcha del día siguiente sería hacia las fuentes del Beaver, y necesitaba que yo le dijera qué distancia habría que cubrir para llegar hasta allí. Respondí sin vacilar que serían unas veinticinco millas. Se propuso hacerlas en un día.

Nos pusimos en marcha a la madrugada. Mi condición de guía me obligaba a marchar al frente de la tropa. A eso de las dos de la tarde, el general Carr, adelantándose, se me puso al lado para preguntarme si tendríamos que, andar todavía mucho antes de encontrar agua. Calculé que faltarían todavía alrededor de ocho millas más o menos.

-Los scouts de Pepoon me dicen que vamos en mala dirección y que por este camino hallaremos un afluente del Beaver recién dentro de unas quince millas, pero sin agua, debido a que a esta altura del año todos los afluentes de ese río están secos.

-Mi general, creo que los scouts están en un error -repliqué yo-, pues el Beaver tiene más agua en su nacimiento que abajo, y en el lugar a que llegaremos, hemos de encontrar varias represas lo suficientemente bien construídas como para dejar pasar todo el ejército por sobre sus paredones, si así lo desea.

-Bien, Cody, siga no más; lo dejo en sus manos, pero recuerde que no quiero tierras secas. -No tema -repuse yo, seguro de mí mismo, y proseguí la marcha, dejándolo que fuera a reunirse con su estado mayor.

Como yo había asegurado, al cabo de unas siete millas encontramos un lindo arroyito, pequeño afluente del Beaver, bien escondido entre las sierras. Elegimos fácilmente un buen lugar para hacer alto, beber agua fresca y dejar pastar a los animales, mientras nuestros hombres preparaban todo para acampar durante la noche.

Durmió todo el campamento a gusto, y a la mañana siguiente el general dio orden de reanudar la marcha.

Antes de movernos, habiéndose enterado por mí de que el arroyo no tenía nombre conocido, desplegó el mapa militar de la región y, localizándolo lo bautizó Cody's Creek, nombre que todavía lleva.

Continuamos marchando en procura del Beaver. Después de varias horas de camino, al llegar a otro arroyo, adelanté mi caballo para buscar el vado, dejando atrás a la tropa unos cuantos cientos de metros. Al dar vuelta un recodo del curso del arroyo, sonó un disparo y mi caballo rodó por tierra y yo con él. Me libré de ser aplastado, y rápidamente me eché a tierra

escudándome con su cuerpo. Había dos indios que contemplaban la escena creyendo haberme dado muerte. Levanté mi rifle e hice un disparo que, debido a la natural nerviosidad, no dio en el blanco. Ellos volvieron a disparar sus armas dos o tres veces, pero mi trinchera era muy buena. Un segundo disparo mío les hirió un caballo. Desgraciadamente, a mis dos atacantes se unieron otros y ya veía yo que mi situación llegaría a ser crítica y no sabía qué actitud adoptar. La tropa no podía tardar en llegar, por lo que decidí mantenerme en la posición hasta ese momento. Ignorantes de esa circunstancia, los indios comenzaron a moverse con evidentes intenciones de cargar contra mí en número irreprimible, cuando la vanguardia del regimiento se avistó y viendo lo que pasaba corrió en mi ayuda. Los pieles rojas giraron sobre sus talones y desaparecieron.

Cuando llegó al lugar el general Carr ordenó que la Compañía 'T' saliera en persecución de la banda. Acompañé al teniente Brady, que la mandaba, y durante varias horas sostuvimos una batalla de movimiento con los indios, pero siempre empujándolos hacia el oeste. Capturamos varias carpas y caballos y a la noche nos unimos al grueso de las tropas, que para entonces había ya cruzado una de las represas del Beaver. Seguimos explorando a lo largo del río durante varios días y sostuvimos con los indios dos o tres escaramuzas.

Pero nuestras provisiones empezaban a escasear y el general decidió volver al fuerte Wallace. A los tres día s estábamos en él, en donde permanecimos unos cuantos más.

Transcurridos esos días de descanso, el general Carr recibió orden de Sheridan de iniciar una campaña de invierno en la región del río Canadian. La expedición debía alistarse en el fuerte Lyon, en Colorado. Para allá partimos, dejando el fuerte Wallace en noviembre de 1868, a fines de cuyo mes llegamos al fuerte Lyon sin haber tropezado con inconvenientes de importancia, o por lo menos, dignos de ser relatados.

Apenas llegarnos comenzarnos a hacer los preparativos para la invasión a la zona enemiga. Tres semanas antes, el general Penrose había salido del fuerte con trescientos hombres y pobrísimas provisiones que transportaba en carretas livianas tiradas por mulas, pues ni bueyes había podido conseguir para su expedición.

El general Carr recibió orden de darle alcance lo antes posible.

Yo también estaba ansioso por unirme a la gente de Penrose, porque con ellos iba mi amigo Will Bill, que se había alistado como scout.

Los tres primeros días seguimos las huellas del general Penrose con toda facilidad, pero al poco tiempo de llegar a Frecze-Out Canion, fuimos sorprendidos por una terrible tormenta de nieve que nos obligó a levantar las carpas que ya habíamos extendido para acampar. Varias horas duró la tormenta, y su consecuencia fue que perdiéramos las huellas de Penrose. Para colmo, él no había tenido la precaución de dejar a la gente que quedó en el fuerte Lyon una señal convenida para localizarlos en el desierto. El general Carr me ordenó que tomara unos cuantos scouts y que me adelantara a la tropa y tratara de encontrar las huellas de Penrose, pues era muy importante que nos reuniéramos con él. Creía Carr que podía haber acampado por las inmediaciones, con lo que me sería fácil hallarlo.

Elegí cuatro hombres y me puse en marcha en medio de la tormenta tomando rumbo hacia el sur, directamente. Anduvimos más de veinticuatro millas y al llegar a las márgenes del río Cimarrón exploramos su ribera en unas cuantas millas hasta que avistamos las carpas del general Penrose, a considerable distancia.

Era ya casi de noche y corro el general Carr con sus hombres llegaría a ese sitio a la mañana siguiente, no creí necesario que volviéramos todos al campamento con la noticia de mi hallazgo. Desmontamos en un refugio cercano al río, encendimos fuego y nos dispusimos a asar un buen trozo de carne de un venado que habíamos cazado por el camino. Bien reconfortado con el suculento asado, emprendí solo el camino para reunirme a Carr y darle la noticia de que el ejército del general Penrose se hallaba cerca y en buenas condiciones.

Llegué al campamento de Carr a las once de la noche.

El jefe se hallaba aún despierto y tenía luz en su carpa; le comuniqué las buenas nuevas que traía, lo que lo alegró sobremanera, pues estaba temiendo por la suerte de Penrose y sus hombres.

Todo el regimiento se puso, pues, en marcha hacia el río Cimarrón, muy temprano a la mañana siguiente. El camino hasta dicho río tuvo mayores dificultades para nosotros que las que había presentado para Penrose; en primer lugar, durante el viaje, ellos no debieron soportar la tormenta de nieve que nos hostigó a nosotros, y en segundo lugar, y por consiguiente, ellos marcharon sobre tierra firme y no sobre nieve. Recuerdo que nuestros conductores de carretas en muchas oportunidades tuvieron que abrirle paso a las ruedas a fuerza de pala; ellos no habían sabido nada de eso.

Al llegar al Cimarrón acampamos, pues era ya noche cerrada. A la mañana siguiente alcanzamos a ver que el general Penrose continuaba por el oeste del río, cosa que podía hacer por ser sus carretas más livianas que las nuestras y estar tiradas por mulas; nosotros tuvimos que seguir por la margen oriental, manteniéndonos en lo posible en la misma dirección. Ese camino nos fue llevando insensiblemente a una altura, y cuando nos dimos cuenta nos hallábamos ya sobre uno de los picos de las Ratoon Mountains. Se nos presentó el problema de cómo haríamos para descender hasta el valle.

-Ahora sí que la hicimos buena, Cody - exclamó el general Carr.

-¡Oh!, no es nada - le contesté disimulando mi propia preocupación.

-¿Que no es nada? ¿Cómo haremos para bajar con las carretas? -preguntó.

-Déjelo por mi cuenta, general. A usted lo que le interesa es buen terreno para acampar, ¿verdad? Ese hermoso valle de allí abajo ¿le gusta?

-Sí, ese sitio es apto. Puedo descender a él con la caballería, pero no creo que lo pueda hacer con el convoy.

-En cuanto estén ustedes acomodados en el campo, también se hallarán allí las carretas; vaya tranquilo, mi general.

-Muy bien, Cody, queda enteramente en sus manos, ya que tanto le gusta andar - me respondió sonriente.

Al instante dio orden de desmontar y que la tropa bajara por la ladera llevando a las cabalgaduras de la brida.

El convoy se hallaba en ese momento como una milla atrás. Al llegar al sitio en que yo lo esperaba, me dijo el jefe de conductores:

-¿Cómo se le ocurre que podríamos bajar las carretas?

-Corra, resbale, déjese caer o haga lo que quiera, pero baje - fue mi respuesta.

-Va a ser imposible. Las carretas arrastrarán a los bueyes y las mulas y habrá un desastre. -Que los bueyes y las mulas no se pongan, entonces, en el camino de las carretas - fue mi respuesta.

Pero no dejé la iniciativa a Wilson, el conductor principal del convoy. Le dije que trabara con cadenas las ruedas de una carreta y que atara a los ejes de la misma dos yuntas de mulas o caballos que tiraran de costado, impidiendo que la carreta se desviara, porque en tal caso, volcaría al deslizarse boca abajo. Un hombre de cada lado se encargaría de que mulas o caballos tiraran parejo. Además, el conductor de la carreta haría que los bueyes caminaran contrarrestando la fuerza de la bajada. Si salía bien el ensayo, podíamos hacer deslizar así todo el convoy.

Hasta llegar casi al pie del cerro, la primera carreta anduvo lentamente, pero en los últimos tramos de la empinada cuesta, los bueyes aflojaron su tensión y la carreta entró en el valle y llegó al centro del campamento a toda carrera. En realidad, fue un ejercicio brillante que se repitió varias veces, entre el aplauso general.

En lo que concierne a nuestra persecución del ejército del general Penrose, el involuntario ascenso nuestro al cerro de donde tuvimos que descender en ejercicios de acrobacia, fue beneficioso porque nos acercó considerablemente a él, que también había tomado un camino equivocado, retrasándose tres días como supimos más tarde.

Desde este último punto nos fue fácil seguir las huellas del general Penrose, que nos conducía en dirección sudeste hacia el río Canadian.

No vimos indios ni nada que acusara su presencia cercana.

Un día me adelanté a las tropas por el San Francisco Creek, y grande fue mi sorpresa cuando oí que, de un enmarañado bosquecillo de arbustos de la otra orilla, salía una voz que pronunciaba mi nombre. Fijé la vista y asomando de entre los arbustos, vi la cara de un negro.

-¡Por las barbas del profeta! ¡Es usted, Master Bill! -exclamó el hombre, en quien reconocí a un soldado del 109 de Caballería.

Y, dirigiéndose a alguien que estaba con él escondido entre los arbustos, dijo:

-Sal del escondite; es el señor Buffalo Bill. Y luego a mí:

-Señor Bill, ¿tiene usted un poco ele galleta?

-No, no tengo, pero ya viene el convoy y tendrás todo lo que quieras.

-Es la noticia más agradable que recibo desde hace dieciséis días, Master Bill -respondió alborozado el negro.

-¿Dónde está tu regimiento?

-No sé. Nosotros nos perdimos y desde entonces nos estamos muriendo de hambre.

Mientras tanto, a medida que el negro iba hablando, del interior del bosquecillo habían salido dos negros más.

Cuando las tropas llegaron al sitio en que me encontraba con los negros, el general Carr les hizo confesar que habían desertado del ejército de Penrose y que trataban de llegar a Fort Lyon. De lo que le dijeron los negros, Carr dedujo que Penrose y sus hombres se hallaban medio muertos de hambre en alguna parte de Palladora Creek, que no supieron precisar. En conocimiento del estado en que se hallaban las tropas de Penrose, el general Carr ordenó al mayor Brown que partiera de inmediato para buscarlos, llevando consigo cincuenta mulas bien cargadas con provisiones para aliviar la mala situación de aquella pobre gente. Formé parte del destacamento y al tercer día de marcha forzada dimos con ellos que se hallaban ya casi exhaustos. Era en realidad un cuadro penoso ver el triste estado en que se hallaban por las privaciones. Hacía dos semanas que habían tenido que racionar a una cuarta parte la alimentación y ahora habían agotado ya todas las provisiones de boca. No parecían seres humanos sino espectros. Además el campamento ofrecía un aspecto terrible porque por doquier se veían esqueletos de las mulas que habían muerto de fatiga y hambre. Al llegar el general Carr, siendo oficial de más antigüedad que Penrose, tomó el mando de todas las tropas. Lo primero que hizo fue descargar las carretas de sus provisiones y mandarlas de nuevo al fuerte Lyon en busca de alimentos. Luego reunió quinientos de los mejores hombres y caballos y con su tren bien cargado emprendió la marcha hacia el sur del río Canadian, dejando el resto de la tropa en el campamento.

Naturalmente, yo fui con él. Durante varios días exploramos la región, del Canadian sin hallar indios ni sus huellas. Volvimos al campamento donde, junto con nosotros, llegaban de regreso de Fort Lyon las carretas con las nuevas provisiones.

Una vez que hombres, caballos y mulas hubieron recuperado sus fuerzas, iniciamos el regreso a Fort Lyon, adonde llegamos en marzo de 1869. Se había dispuesto que el ejército descansara allí durante unas cuantas semanas antes de prepararse para invadir, una parte de él, el departamento del Platte, como había dispuesto el Estado Mayor General.

CAPITULO 3
EXPEDICION CONTRA LOS SIOUX

Cuando el 5° Regimiento de Caballería fue enviado al condado de Platte, nosotros nos dirigimos desde Fort Wallace al condado de Sheridan, partiendo luego en persecución de los hostiles sioux. Al finalizar el segundo día de marcha llegamos al North Fork Beaver. Mientras la tropa armaba el campamento yo salí para hacer un reconocimiento. A poco de anclar en varias direcciones descubrí huellas frescas de indios. Desmonté y me puse a examinarlas tratando de establecer si eran muchos, si es que habían sólo pasado por allí o si tendrían su aldea cerca. Me di cuenta en seguida de que no eran muchos, sino muchísimos; las pisadas se veían marcadas en todas direcciones dispersas por el valle y en una gran área de dispersión, y a juzgar por los diversos tamaños de las huellas de pisadas humanas y de caballos y de los implementos y utensilios domésticos, era una tribu numerosa que viajaba, instalándose en campamentos para pernoctar. Las carpas que habían dejado sus rastros acusaban ser no menos de cuatrocientas y la tribu parecía estar formada por unas 2500 a 3000 personas entre guerreros, niños y mujeres.

Sin pensarlo mucho regresé al regimiento a todo lo que daba mi caballo. Al tener conocimiento de mi descubrimiento, el general Carr mandó hacer alto y después de consultar brevemente con sus oficiales, me ordenó que lo guiara en dirección del camino que llevaba la *indiada*, tomando por lo bajo, para no ser vistos por ellos, por lo menos hasta no hallarnos a poca distancia. Entonces podríamos adelantarnos de descubierta unos cuantos de nosotros y espiarlos para saber su número, cómo estaba compuesta la tribu y calcular sobre sus intenciones de establecimiento.

Al poco rato, cuando por lo que yo había visto de sus rastros calculé que había llegado el momento, se lo hice saber al general Carr. Mandó entonces éste que yo con unos doce hombres al mando del teniente Ward, nos acercáramos lo más posible y le lleváramos cuanta información pudiéramos obtener.

Pronto los descubrí y comprobé que llevaban una marcha lenta y que se entretenían en cazar mientras caminaban. Seguimos detrás de ellos unas doce millas y después de cruzar el Beaver, el teniente Ward y yo echamos pié a tierra y arrastrándonos por el suelo trepamos a lo alto de una colina, desde donde podíamos dominar una dilatada extensión del valle. Magnífico punto de observación, pues debajo nuestro vimos a la tribu que había acampado y terminaba de instalar su aldea. Al parecer estaban perfectamente tranquilos, sin sospechar siquiera que eran vigilados. Cada cual estaba dedicado a su tarea y las mulas y caballos pastaban a su gusto.

Vimos un grupo de indios que entraba al campamento a caballo por su lado izquierdo llevando una buena carga de carne de búfalo.

-Creo que ahora ya no hacemos más que perder el tiempo, teniente -dije a Ward-. Ya tenemos bastante que comunicar al general.

-Tiene usted mucha razón, y cuanto antes nos vayamos será mejor -me contestó.

Descendimos la cuesta a toda carrera y muy pronto nos reunimos con nuestros hombres. El teniente Ward escribió rápidamente una nota para el general Carr y extendiéndosela a un cabo le ordenó que fuera "matando caballo" al encuentro del campamento y la entregara. Luego me dijo:

-Me parece conveniente que nos pongamos en marcha también nosotros; podemos ir despacio, pues estoy seguro de que en cuanto lea mi nota el general se pondrá en marcha hacia acá - dijo Ward.

Pocos minutos hacía que se había marchado el cabo cuando oímos unos disparos que venían ele la dirección que él llevaba. Casi con el último disparo apareció él a toda rienda perseguido por cuatro o cinco indios. Al verlos, cargamos sobre ellos obligándolos a huir y cruzar el río. Sin embargo, era de lamentar que nos hubieran visto, porque como hizo observar el teniente, la comarca entera pronto sabría de la existencia de soldados regulares y las tribus se aprestarían a la defensa.

A todo esto, la nota para el general Carr aún no había sido despachada, 1o que podría acarrearnos inconvenientes inmediatos, pues dada nuestra inferioridad numérica, si nos atacaban, era seguro que nos aniquilarían.

-Teniente, déme esa nota, que yo me encargaré de que llegue a destino - le propuse.

No esperó a que yo insistiera y me dio el papel. Espoleé mi caballo y me lancé cuesta abajo. Después de cabalgar breve trecho vi al grupo de indios que llevaban carne a la aldea y que ya habíamos observado con Ward.

No dudé de que ellos me harían fuego en cuanto se dieran cuenta de mi presencia, y como no podía cruzarme en su camino sin que se dieran cuenta, opté por realizar un acto de temeraria audacia. Levanté mi arma y les hice fuego, a poca distancia, mientras me miraban estupefactos, no dando crédito a sus ojos, que les señalaban un Hombre solo atacándolos.

Ya había llegado yo a un pronunciado recodo del camino, cuando se recobraron de la sorpresa, y arrojando la carne que llevaban, arrancaron en mi persecución a todo el correr de sus cabalgaduras.

Pero esas bestias acababan de realizar un esfuerzo en la reciente cacería de búfalos, y muy pronto los fui dejando atrás.

Antes de una hora estaba junto al general Carr, a quien entregué la nota del teniente Ward, dándole detalles de viva voz de lo que había visto y de lo que había sido protagonista.

Ni lerdo ni perezoso, Carr hizo tocar generala y todo el mundo, con excepción de dos compañías que se dejaron para custodiar el convoy, emprendió rápido galope en dirección al campamento de los indios. Después de haber caminado dos o tres millas nos topamos con el teniente Ward y sus hombres, que corría ansioso de ponerse en contacto con el general. Nos informó que desde el momento que yo me separé de ellos, debieron enfrentar varias arremetidas de una reducida partida de indios, logrando matar a uno y herir un caballo. Con eso lograron contenerlos y ponerse en retirada.

Sin pérdida de tiempo proseguimos nuestra marcha y antes de haber galopado cinco millas avistamos un gran número de indios que se dirigían a nuestro encuentro a toda velocidad. Formaban una larga fila de a uno en fondo y al verlos así, al general Carr se le ocurrió ejecutar un movimiento de sorpresa que consistiría en lanzarnos al ataque

directo contra la aldea, cosa que ellos no esperarían jamás y atravesar la línea de guerreros antes de que se repusieran de su sorpresa.

El movimiento hubiera dado resultado a no ser por el atolondrado aunque temerario teniente Schinovsky, que, desentendiendo las órdenes del general, se lanzó en persecución de algunos indios que tenía a su costado izquierdo, mientras el resto de nosotros atravesaba la línea enemiga con el propósito de entrar en su campamento. Pero al ver el general la situación precaria en que su imprudencia había colocado a Schinovsky y a su compañía, pues en seguida lo rodearon más de cuatrocientos sioux, hizo volver grupas al grueso de la tropa y corrió en salvación del arrojado francés que, mientras tanto, había perdido ya unos cuantos hombres y caballos. De más está decir que la inconsulta acción del teniente Schinovsky nos produjo considerable pérdida de tiempo cuando la noche ya se nos venía encima.

Los aguerridos sioux lucharon desesperadamente para impedirnos llegar hasta su aldea. Los chicos, los viejos y mujeres que la poblaban, avisados del peligro, iniciaron la huída llevándose lo que pudieron. Habiendo fracasado el plan del general Carr, no nos quedaba más que luchar frente a frente hasta derrotar a nuestros enemigos y perseguirlos luego, conscientes con nuestro plan de alejarlos cada vez más de la civilización.

Pero una vez derrotada la turba de sioux, no pudimos perseguirlos porque el general había dado orden al convoy de seguirnos con su escolta, pero como anochecía y éstos no aparecían, decidió regresar en su busca, no fuera cosa de que una partida de indios los hubiese visto y los tuviera rodeados. Teníamos que impedir por todos los medios, la pérdida de las provisiones.

De modo que regresamos dirigiéndonos a su encuentro.

A eso de las nueve de la mañana dimos con él y acampamos hasta la madrugada siguiente en que continuamos la marcha, si ver un solo indio. No obstante, dos millas más abajo reconocimos las huellas de un campamento que parecía haber sido abandonado con gran apuro. Prendimos fuego a todo lo que era susceptible de ser quemado y seguimos viaje con la mayor velocidad posible, en la esperanza de reanudar la persecución.

La ruta en que nos hallábamos nos conducía al noroeste del Republican, y era sin duda el camino que ellos seguían. Pero nuestras esperanzas de alcanzarlos eran vagas, pues no acampaban durante la noche. De modo que día a día nos sacaban considerable ventaja.

Cuando llegamos al Republican hicimos alto y como la ruta se dirigía cada vez más directamente al este, el general Carr destacó al convoy hacia el fuerte Mac Pherson por el camino más corto, siguiendo la tropa la dirección este, que era la señalada por la huella de los indios.

Pasada la noche, seguimos la marcha. Ese día fue mejor para nosotros, pues avanzamos muy rápidamente, y a ratos alcanzamos a verlos, aunque a bastante distancia todavía.

Pero nos esperaba una sorpresa que, a pesar de su condición de tal, nos fue beneficiosa.

La compañía que mandaba el mayor se había abierto un poco del grueso de las tropas que en ese momento estaba oculta en una hondonada del terreno, cuando se vio atacada por una partida de unos trescientos sioux. Al aparecer el resto de nosotros, con el general Carr, pudimos llegar eficazmente en su socorro, y los atacantes, que no contaban con este refuerzo para sus enemigos, se batieron en retirada abandonando mucha de su impedimenta y hasta chozas de la aldea cercana. Tan

violenta fue nuestra atropellada que durante varias millas nuestros caballos pisotearon útiles, ropas y toda clase de artefactos de usó pertenecientes a los fugitivos.

El general Carr mandó que una compañía recolectara los caballos sueltos añadiéndolos a los nuestros e hicieron una enorme pira con las prendas. Una ancha y violenta hoguera se levantó en la verde pradera, que terminó rápidamente con los enseres abandonados.

Como para entonces en el ejército comenzaban a escasear las provisiones, se me envió al viejo fuerte Kearney, distante unas sesenta millas, a buscarlas.

Cumplida sin tropiezos mi misión, me reuní con el ejército de Carr y poco después llegábamos al fuerte Mac Pherson, que continuó siendo todavía por algún tiempo el cuartel del 5° Regimiento de Caballería. Allí nos preparamos para una nueva expedición a la región del río Republican, re- forzados esta vez con las tres Compañías de los *Pawnee Indians Scouts* que mandaba el mayor Frank North.

Al frente del condado del Platte estaba el general Carr, que era mi jefe en la campaña que acabo de relatar, y le pidió que me nombrara jefe de los scouts del condado, pues allí se remuneraban mejor esos servicios que en el de Missouri. El general Augur accedió de inmediato y como yo no había pedido ese nombramiento, al serme anunciado, me sorprendió y me halagó sinceramente.

Pronto trabé amistad con el mayor Frank North y vi que, tanto él como sus oficiales, eran unos perfectos caballeros. Los *pawnee scouts* eran muy apreciados en el ejército, pues habían sido muchos y muy valiosos los servicios prestados en la lucha contra los hostiles sioux, sus más encarnizados enemigos. Como muy conocedor de las costumbres de las regiones de Beaver y el Republican, me alegré al saber que ellos formarían en la expedición, pues sabía que nunca nos sentiríamos desilusionados con su apoyo.

Durante nuestra estada en el fuerte Mac Pherson hice amistad con el teniente George P. Belden; conocido con el nombre de *White Chief*[16] . Era un sujeto inteligente, muy valiente y excelente tirador. Apenas hacía una hora que nos conocíamos cuando me desafió a un match de tiro a rifle, cuyas condiciones fueron muy pronto convenidas. Debíamos disparar 10 tiros cada uno, él con un rifle "Henry" y yo con mi viejo "Lucrecia", a 200 yardas de distancia y por 50 dólares. Gané y decidimos hacer otro match a menor distancia, 100 yardas, en el que Belden resultó victorioso; de modo que quedamos a mano.

Un día recibimos la visita del general Augur y su Estado Mayor, que fue a pasar revista a las tropas. El regimiento se lució haciendo brillantes demostraciones militares y mostrando un enérgico aire marcial que satisfizo en grado sumo al general. Pasaron también revista los *Pawnee Indians Scouts*, que ni para esa oportunidad vistieron uniformes militares. Era cómico verlos con sus estrafalarias vestimentas. Las de algunos consistían en largos sobretodos; otros lucían grandes sombreros aludos, de color negro y con un montón de adornos de bronce aplicados a la copa. Los había con un mínimo de pantalón; otros con pantalones de uniforme militar pero con el pecho descubierto y sin sombrero; otros no llevaban más que las perneras del pantalón y otros con una sola, pero todos tenían un aire extremadamente marcial y demostraron conocer concienzudamente los ejercicios militares, pese a ser indios.

Claro está que las órdenes les eran dadas en su propia lengua por el mayor North, que la hablaba como un pawnee. Los vi erguidos sobre sus caballos y muy

[16] Jefe blanco.

Librodot

orgullosos, pues habían sido instituídos soldados de los Estados Unidos. El mayor North los había instruido durante cuatro años y había obtenido de ellos todo lo que se puede obtener de un ser humano. Esa tarde, después del desfile militar, los oficiales y un crecido número de damas asistieron a un baile indio organizado por los pawnee. Conozco muchas danzas indias; las he visto en todas las regiones de mi país, pero bellas y armoniosas como las de los pawnee, no creo que haya ninguna.

Al día siguiente partió el ejército, y yo con él. Varios días después, hallándonos acampados sobre el río Republican, cerca de la desembocadura del Beaver, oímos la característica gritería de los indios, seguida de disparos de armas largas, mezclados a las pisadas de las mulas en fuga, que habían sido llevadas al río a beber. Un boyero llegó a todo galope con una flecha clavada en la espalda. Tenía yo cerca mi caballo y montándolo en pelo y con bozal, partí hacia el lugar donde se hallaban las mulas. Creía ser él primero en acudir, pero no fue así. Los pawnee, sin esperar órdenes, habían saltado sobre sus caballos y al llegar yo ya estaban enfrentándose muna banda como de cincuenta sioux que no esperaban, seguramente, verse atacados por sus acérrimos enemigos. No sabían de la presencia de éstos en el ejército y contaban con los movimientos más lentos de las tropas regulares, para alzarse con las mulas. Ya organizados, emprendimos la persecución durante unas quince millas, matando varios de ellos, En una cacería de sioux montaba yo un espléndido caballo que me había regalado el coronel Royal, llevándole la delantera a los pawnee durante la primera milla. Pero de repente pasó por mi lado como una centella uno de los scouts pawnee, no dejándome tiempo más que para abrir la boca de admiración. El caballo que montaba era un animal magnífico y cuando lo vi cerca se me antojó que fuera mío. Terminada la persecución me apersoné al mayor North y le hablé del precioso animal.

-Oh, sí -convino el mayor-; es uno de los caballos más notables que he visto.

-¿No podría adquirirlo yo? -pregunté. -Pertenece al gobierno y dudo que el indio que lo monta quiera desprenderse de él. Le tiene mucho afecto.

-Es que yo también me enamoré de él -dije- y me gustaría saber si me estaría permitido canjearlo por otro, siempre que yo lo conviniera previamente con el indio.

-No, absolutamente, y hasta lo ayudaré a conseguirlo haciendo que el indio elija el que ha de recibir en su lugar.

Unos días después, a fuerza de zalamerías, conseguí el caballo. Mi alegría no tuvo límites aunque en realidad el animal no fuera de mi propiedad, pues era del Estado, pero podía usarlo como si lo fuera. Lo llamé "Buckskin Joe" a causa de su pelo, parecido al del ante. Entre otras virtudes, me resultó un gran cazador de búfalos. En el invierno de 1872, después que yo hube abandonado el fuerte Mac Pherson, "Buckskin Joe" fue puesto en pública subasta y lo compró Dave Perry, en North Plate, quien, unos años más tarde, en 1877, me lo obsequió, permaneciendo en mi poder hasta que murió, en 1879.

Volviendo a los sioux, diré que seguirnos el rastro durante varios días a lo largo de los ríos Prairie Dog y Beaver, sosteniendo encuentros esporádicos con partidas sueltas pero sin lograr entrar en combate con bandas numerosas, pues éstas parecían empeñadas en no luchar, por alguna razón especial.

Pasados veinte días estábamos de nuevo sobre el Republican, Hasta ese momento los pawnee no habían demostrado mayor interés por mi persona, pero durante el tiempo que permanecimos en este campamento del Republican, nos hicimos grandes amigos, y gané su admiración enseñándoles a matar búfalos, pues aunque eran excelentes cazadores, nunca llegaban a matar más de cuatro o cinco en cada corrida.

Usaban un sistema equivocado: rodeaban con sus caballos una manada, y estando las bestias en un montón muy apretado, entraba uno de ellos, y tirándoles desde muy cerca, mataba unos pocos, solamente aquellos sobre los cuales podía hacer fuego sin peligro de herir a sus propios compañeros, que se mantenían rodeando a la manada. Los vi un día en que pasaba a caballo con el mayor North y otros oficiales. Habían acorralado varios cientos de ellos y sólo mataron unos treinta.

Mientras se hallaban entregados a la tarea de carnearlos, apareció otra manada más pequeña. Los pawnee se aprestaban a rodarlos, cuando yo me adelanté al mayor North rogándole que me dejara hacerles una demostración de mi táctica.

El mayor habló con ellos, que accedieron a cederme la oportunidad. Yo sabía que "Buckskin Joe" era un excelente animal para la caza mayor, y esperaba lucirme. Galopé hacia la manada -que estaría a casi una milla de nosotros- y cuando llegué a entreverarme con ella, disparé a diestro y siniestro, corriendo con mi veloz y obediente caballo en todas direcciones, hasta que la manada se dispersó dejando un tendal de treinta y seis animales. Como no tenía que cuidar la dirección de mis tiros, pude tirar a mi gusto a cuanto búfalo se ponía a mi alcance.

El éxito asombró sobremanera a los pawnee, que me llamaron desde entonces "Big Chief"[17], haciéndonos desde ese momento grandes amigos.

Levantamos campamento, y después de destacar al mayor Frank North con dos compañías de caballería al mando del coronel Royal para que explorara el norte del río Republican, el grueso del ejército siguió el curso del río hacia el oeste.

Acampamos al llegar a la bifurcación del Republican conocida por "Tail Deer Fork"[18]. Poco hacía que nos hallábamos allí cuando vimos venir hacia nosotros, a galope tendido, una partida de indios, gritando y agitando las lanzas. Creímos en un principio que eran sioux, y se tocó a rebato, aunque nos extrañó la tranquila indiferencia de nuestros pawnee, que sólo se pusieron en movimiento para gritar y saltar sin tomar las armas, haciendo una ensordecedora algarabía. El capitán Lute North, de igual apellido del mayor, buen conocedor también él de las costumbres indígenas, dijo al general Carr:

-Esos, general, son amigos pawnee que vienen después de haber cumplido un combate victorioso. Los pawnee entraron en nuestro campamento a todo galope. El capitán North llamó a uno de los cabecillas y supo por él que habían tropezado con un grupo de sioux que custodiaban una caravana. No cabía duda de que la lucha había sido recia, pues varios de ellos venían bastante malheridos, transportados por sus compañeros en angarillas. Los pawnee habían sido los primeros en atacar, y con pérdida de cuatro hombres y considerable cantidad de municiones aniquilaron al grupo de sioux, pocos de los cuales consiguieron huir.

A la mañana siguiente, muy de madrugada, nos pusimos en seguimiento de los sioux. Durante tíos largos días, cabalgando con toda la rapidez posible, pudimos ver, por las cada vez más recientes huellas de sus pasos, que poco a poco les íbamos sacando ventaja. Contribuyó mucho a aumentar nuestros bríos ver en esas huellas las muy patentes de mujer, lo que nos demostró que llevaban blancas cautivas. El general Carr hizo que los que marchábamos en la vanguardia tomáramos los mejores caballos para forzar la marcha. El convoy y sus custodias deberían seguirnos también a la mayor velocidad posible. Yo tomé, con unos cuantos pawnee muy bien montados, la delantera, con la consigna de localizar a la caravana de sioux

[17] Gran jefe.
[18] Horquilla del ciervo de cola negra

para que el grueso de la tropa, conociendo el sitio exacto en que entrarían en contacto con ella, pudiera prepararse mejor para el combate. Después de cabalgar más de diez millas comenzamos a movernos con gran cautela, pues presentíamos que los sioux no andarían lejos. Galopábamos en los bajos, pero al ascender una colina lo hacíamos desmontados, dejando los caballos abajo y llegando a la cima arrastrándonos por el suelo. Llegados arriba, oteábamos en toda dirección, y al no descubrir nada, montábamos de nuevo y nos lanzábamos cerro abajo a toda velocidad.

Por fin, desde una de esas alturas, vimos el campamento. Habían levantado su aldea en los ruédanos situados al sur del río South Platte, en un sitio llamado Summit Springs. Dejé a los pawnee para que observaran los movimientos del enemigo y regresé a dar aviso al general Carr.

Inmediatamente se aprestó el ejército para el ataque, ansiosa toda la tropa de entrar en contacto con los indios. Sugerí al general que no llegáramos al campamento sioux tomando el camino que los había llevado a ellos desde allí, porque, sabiéndose perseguidos por nosotros, era lógico que pusieran toda su atención en vigilar en esa dirección. Era conveniente dar un rodeo y sorprenderlos por detrás. El general aceptó la sugestión y el movimiento se realizó a la perfección. Recién cuando nos hallábamos a una milla de distancia de la aldea, Carr ordenó hacer alto para concentrarnos y disponernos al ataque. Listos ya, el general ordenó al cornetín con voz clara:

-¡A la carga!

Era tal la nerviosidad del muchacho que no logró arrancar una sola nota del instrumento. El general volvió a gritar la orden, pero con el mismo resultado negativo de la vez anterior. Entonces el cuartelmaestre, que había obtenido permiso para formar parte de la expedición, arrancó de las manos del atribulado trompa el rebelde instrumento y llevándoselo a los labios transmitió la orden que todos esperábamos. En seguida arrojó la trompa al suelo y sacando un par de revólveres arremetió con furia como sus compañeros hacia el centro de la aldea.

Los indios, que en ese momento comenzaban los preparativos para levantar campamento, quedaron estupefactos durante unos segundos al ver cómo descendíamos sobre ellos. Unos cuantos, los que tenían cerca un caballo, saltaron sobre él y se adelantaron a resistir el ataque. Pero pronto, advirtiendo nuestra superioridad numérica, volvieron grupas y huyeron. Los que estaban sin cabalgadura no esperaron, y se lanzaron a todo correr, trepando por las sierras vecinas. Atravesando la aldea, haciendo fuego en todas direcciones, los soldados regulares, los pawnee, y los scouts hicieron un desbarajuste tal como no he visto otro.

La persecución duró hasta el anochecer, en que se hizo imposible seguir castigando a los sioux, que se habían dispersado como una nidada de codornices.

Acampamos, fatigados, a lo largo del South Platte, después de la dura faena, para pasar la noche. A la mañana siguiente proseguiríamos la persecución.

Después del desayuno, a la mañana siguiente, se escuchó la orden de partida. Iniciamos la marcha, pero los indios se habían dispersado en tantas direcciones que fue necesario seguir las huellas dividiéndonos en varias compañías. Yo fui al mando de una y nos dirigimos hacia el noroeste, sobre una huella que indicaba la marcha de unos cientos de indios, y que seguimos durante dos días. En un recodo del Platte, las huellas que seguíamos se unían a otras, tras de las cuales venía otra compañía. Ambos grupos indígenas se habían reunido formando uno solo, más numeroso.

A medida que avanzábamos, otras huellas y otras compañías se iban uniendo a nosotros. Esto nos daba la evidencia de que los sioux se habían vuelto a concentrar en una aldea.

Las huellas delataban un número de indios muy superior al nuestro, pero había entre nosotros suficiente número de corazones valientes, que no titubearían en lanzarse al ataque, no obstante cualquier desproporción numérica. Pero estos entusiasmos se enfriaron un tanto al tercer día, al avistar un grupo tonto de seiscientos a la orilla del Platte. El descubrimiento fue mutuo, y hubo inmediata preparación de combate por ambas partes. Debido a la evidente superioridad numérica de nuestros enemigos, se hizo necesario extremar las precauciones, y en lugar de abalanzarnos sobre su campo, buscarnos terreno ventajoso. Notando esto, los indios se dieron cuenta de la división realizada en las fuerzas del general Carr, y que nosotros no éramos más que una parte de ellas. Por lo tanto, no titubearon en asumir el papel de atacantes, pasando de la fuga a la ofensiva. Cargaron y nos hicieron retroceder a buscar refugio en las quebradas.

Sin embargo, el ataque se resentía por lo precavido, teniendo en cuenta la forma de encarar la guerra que caracterizaba a los arrojados sioux. Tan prudentes se mostraban, que daban tiempo a nuestros soldados para guarecerse con caballos y arneses en el lecho de un arroyo que en estaciones lluviosas era un afluente del Platte.

Pero no se hizo esperar más la arremetida, que, a mi modo de ver, por el conocimiento que tenía de la forma de guerrear de los indios, tardaba en producirse.

Después de habernos cercado y medido nuestras fuerzas, habiendo calculado la posibilidad de que nos llegaran refuerzos, se lanzaron contra nosotros dispersando una verdadera lluvia de flechas, alcanzando a herirnos algunos soldados.

Pero no fue todo rosas para ellos, pues conseguimos afinar bien la puntería, cayendo como veinte heridos de muerte, debiendo los restantes volverse atrás. Un segundo ataque les resultó tan desastroso como el primero y tal vez con mayor número de pérdidas. Vimos que, desalentados, reuniéronse los cabecillas a celebrar consejo. Al rato se separaron en varios grupos pretendiendo hacernos creer que se retiraban, abandonando el asedio. Pero yo era muy ducho en tretas y mañas indígenas y advertí el simulacro. No dejé que se moviera un soldado, explicándoles el propósito dé nuestros enemigos. Los sitiadores, al ver que su plan había sido descubierto, dejaron una guardia que se situó fuera del alcance de nuestras armas y se retiraron. Había entre ellos uno muy bien montado que despertó mi curiosidad y el deseo de desmontarlo a balazos. No hacía más que dar vueltas en derredor de nuestro refugio; evidentemente era el jefe de los que habían quedado cuidándonos. Para realizar mis deseos de cazarlo como un búfalo, tuve que arrastrarme por el campo, saliendo del cauce seco del arroyo en que estábamos, como unas trescientas yardas, después de trepar la barranca. Cuando calculé que estaría en el sitio apto, levanté la cabeza y vi que no me había equivocado, pues en ese momento el indio estaba entre su gente y yo. Me puse rápidamente de pie y, casi sin tomar puntería, hice fuego. Di en el blanco, pero el indio no cayó del caballo hasta después de correr éste hasta muy cerca del sitio en que había dos hombres nuestros de avanzada, ya en la pendiente de bajada al arroyo. Allí cayó de su caballo el hombre, casi en brazos de los dos soldados, que se apresuraron a apoderarse del caballo. Al regresar yo al campamento, todos elogiaron mi hazaña al matar un indio a cuatrocientas yardas de distancia y decidieron que, en premio, debía apropiarme del caballo, que era un hermoso animal.

Librodot

El indio resultó ser uno de los más astutos y capaces jefes sioux. Se llamaba "Tall Bull"[19], y tenía gran ascendiente en la tribu. Los sitiadores se desmoralizaron en tal forma al hallarse sin jefe, que optaron por incorporarse al resto del grupo sin intentar nuevas arremetidas.

Pocos días después de este suceso, el ejército del general Carr volvió a reunirse y libramos una nueva batalla con los sioux, en la cual capturarnos más de trescientos guerreros y gran número de caballos, como también varias indias, entre ellas la viuda de "Tall Bull" que comentaba con el 'Jefe de las praderas" (que era yo) que había dado muerte a su esposo. Pero en lugar de dirigirse a mí con odio, como lo hubiera hecho cualquier mujer civilizada, lo hacía demostrándome la mayor deferencia, pues consideraba como un honor el hecho de que el gran guerrero que fuera su esposo hallara la muerte en manos de un blanco tan famoso.

CAPITULO 4
MI DUELO CON MANO AMARILLA

Al conocerse en el campamento la noticia de la masacre de Custer[20], se hicieron de inmediato los preparativos para su venganza. Todas las tribus sioux y cheyennes se hallaban revueltas, por lo que se prometía una movida campaña.

Dos días antes de la desgraciada batalla, el coronel Stanton, del 54 de Caballería, había sido enviado a la "Red Cloud Agency", donde estaba instalada la agencia central de informaciones para las tropas en lucha contra los indios.

El mismo día en que llegó la noticia del desastre ocurrido a Custer, llegó a nuestro campamento un scout con la información, enviada por el general Merrit, de que unos ochocientos guerreros cheyennes habían abandonado la "Red Cloud Agency" para incorporarse a las fuerzas rebeldes de "Sitting Bull"[21] que ocupaba la región de Big Horn.

A pesar de las instrucciones recibidas del general Carr de que se reuniera al general Crook por la ruta de Fort Fetterman, el general Merrit tornó la responsabilidad de intentar cortarles el paso a dichos cheyennes, con lo que rindió a la civilización un importante servicio, a la vez que realizó una espléndida maniobra militar.

Seleccionó quinientos de sus hombres bien montados, y en dos horas de marcha forzada nos hallábamos -pues yo era de la partida- de vuelta en Hato War Bonnet Creek, siendo su intención la de llegar a la ruta principal de los indios que se dirigían al norte e impedirles el cruce del río War Bonnet Creek.

Llegamos al río a la segunda noche, y al amanecer del día siguiente, julio 17 ele 1876, salí a rastrear para ver si habían o no cruzado el río. Comprobé, con gran alegría, que no. Sin embargo, de vuelta al comando, vi una larga caravana ele cheyennes que venían del sur y me apresuré a llevar la noticia al general.

[19] Toro Alto

[20] Una sublevación general de indios sioux y cheyennes, en el año 1876, provocó el envío de una fuerza expedicionaria al mando del general Jorge Armstrong Custer, que, al vadear un río, fué pasado a cuchillo con los 316 hombres de su regimiento.

[21] Toro Sentado.

Nuestros hombres montaron y se aprestaron para salir, haciendo el menor ruido posible, y manteniéndose fuera de la vista de los indios, mientras el general Merrit, dos soldados y yo, fuimos a dar una vuelta de reconocimiento por las sierras, desde cuyas alturas pudimos comprobar que los cheyennes venían directamente hacia nosotros. De pronto, un grupo de ellos se separó y se dirigió hacia el oeste, en procura del camino por donde habíamos venido nosotros la noche anterior. Observamos con nuestros largavistas cuál podría ser la razón de que se abrieran, y vimos que por ese camino venían dos soldados regulares, que, con toda seguridad nos traían mensajes.

Era evidente que los indios tratarían de cortar el paso a esos hombres, y el general Merrit temió por la suerte de esos dos hombres. No creyó prudente enviar soldados en su auxilio, para que no se descubriera la existencia de tropas en el lugar, pues podrían malograr nuestro plan de tomarlos por sorpresa con el grueso de nuestras tropas. Yo le sugerí que sería acertado esperar que estuvieran más cerca de nosotros y que entonces yo les podría salir al paso con unos cuantos scouts en el instante en que se lanzaran sobre los desprevenidos soldados.

-Muy bien, Cody -dijo el general-, si cree que llega a tiempo, hágalo no más.

Volví a todo galope al comando, cambié de caballo y tomando unos quince exploradores, regresé sin pérdida de tiempo al punto en que había dejado al general Merrit.

Mi intención era cruzarme en su camino y entretenerlos hasta que los mensajeros se hubieran alejado del peligro. Estos se hallaban en ese momento a unas cuatrocientas yardas de nosotros y a unas doscientas delante de los indios, que se habían separado del grupo principal. Nos lanzamos con la velocidad de un rayo y los atacamos resueltamente. La sorpresa les cohibió un tanto los movimientos, y de la primera descarga les matamos tres hombres. Los restantes se dirigieron al grupo principal, que se detuvo a esperarlos sin saber exactamente de qué se trataba.

Algo rehechos, se volvieron a nosotros, que los recibimos con una fuerte descarga de fusilería, tan eficaz como la anterior. Había entre ellos uno que ostentaba los símbolos del mando y se comportaba como jefe de guerra, Habiéndose acercado mucho sin haber sido tocado por el fuego de nuestros fusiles, gritó, en su lengua, dirigiéndose a mí:

-Te conozco “Pa-he-haska”; si quieres pelea no temas y ven.

El tono en que me lanzó el desafío era más de burla que de reto, como si hubiese estado seguro de que yo no aceptaría el encuentro. Naturalmente, acepté. Galopé hacia él unas cincuenta yardas; él hizo lo mismo en rápida carrera y yo, levantando mi arma, disparé. SY caballo cayó herido de muerte, pero casi simultáneamente cayó también el mío. El golpe contra el suelo no me dolió mayormente, y de pronto me puse en pie, haciendo lo propio mi rival.

Ahora nos hallábamos frente a frente a una distancia de veinte pasos. Disparamos al mismo tiempo y mi habitual buena suerte me acompañó también esta vez. La bala de mi adversario pasó silbando cerca de-mi cabeza, y él recibió la mía en el pecho. Rodó al caer, pero no le di tiempo siquiera a llegar al suelo, pues corrí hacia él y le clavé el cuchillo en el corazón para ultimarlo. Sacándole el bonete de guerra que le cubría la cabeza, le arranqué la piel del cráneo con tan pulida técnica como lo habría hecho cualquiera de ellos. Todo esto sucedió en mucho menos tiempo que el que se emplea en narrarlo. Los compañeros del muerto cargaron sobre mí con la esperanza de darme alcance, viendo que yo

Librodot

estaba lejos de mi gente. Pero el general Merrit había presenciado el duelo, y viendo el peligro que se cernía sobre mí, ordenó al coronel Mason que acudiera en mi ayuda con toda la compañía "K". Al tener cerca a los soldados, levanté el cuero cabelludo del jefe indio, señalándolo, a tiempo que les gritaba:

-¡Aquí está la primera cabeza por el general Custer!"

Como después de esto los cheyennes se hallaban al tanto de la existencia de tropas, el general Merrit, viendo que sería imposible tenderles una emboscada, lanzó al regimiento a la carga.

Al principio de la acción se resistieron, pero luego, convencidos de que les sería imposible aguantar la atropellada del gallardo 5° de Caballería, a pesar de ser ellos más de ochocientos, iniciaron la retirada hacia "Red Cloud Agency".

Proseguimos nuestro ataque con creciente ardor más de treinta y cinco millas, obligándolos a abandonar caballos, equipos y campamento y toda clase de enseres y armas.

Los perseguimos hasta dentro del terreno de la "Agency", a pesar de que corríamos el peligro de enfrentarnos con los miles de indios que había siempre por esos lugares, si es que los "Agency Indian" habían seguido la misma inspiración bélica de los cheyennes que habían desertado, como dije, para reunirse a los rebeldes sioux. Pero los indios allí reunidos no demostraron ninguna inclinación de lucha.

En la "Agency" me enteré del nombre del jefe con el que me había batido en duelo indio esa mañana. Era “Tellow Hand”[22], hijo del viejo "Nariz Cortada", uno de los caciques más poderosos de las tribus cheyennes.

Este ya había sido enterado de la muerte de su hijo a mis manos y me mandó un intérprete blanco ofreciéndome cuatro mulas a cambio del bonete, las armas y otras cosas de su hijo, que yo me había guardado. Le contesté que accedería, pero en otra oportunidad, pues en ese momento me era imposible,

Al día siguiente reemprendimos la marcha para reunirnos al general Crook, que se hallaba acampado al pie del Cloud Peak, sobre las montañas Big Horn (Big Horn Mountains), esperando la llegada del 5° de Caballería antes de iniciar una acción contra los sioux instalados en alguna parte de Little Big Horn, como le habían informado sus scouts.

Avanzarnos rápidamente, y llegamos al campo del general Crook, en Goose Creek, el 3 de agosto. Allí encontré algunos amigos, entré ellos al coronel Royal, recientemente ascendido y al frente del tercer regimiento de caballería. El me presentó al general Crook, a quien yo no conocía ni siquiera de vista, pero de quien había oído hablar frecuentemente.

Estaba allí también Frank Grouxard, un mestizo que había vivido durante seis años con "Sitting Bull", por lo que conocía la región como su propia casa.

Permanecimos en el campamento del general Crook tan sólo un día, pues en seguida continuarnos hacia Tongue River, dejando el convoy atrás, pero llevándonos las provisiones que juzgarnos necesarias.

Marcharnos a lo largo de ese río durante un par de días, y ele allí en dirección oeste hasta el Rosebud, desde donde, siguiendo el cauce del arroyo, hallamos la ruta principal seguida por los indios.

Por los rastros nos fue fácil deducir que haría ya unos cuatro días que habían cruzado el arroyo y que serían unos 7.000 guerreros los que andarían merodeando por la comarca. Seguimos marchando unos cuantos días más sin dar con ellos, lo que

[22] Mano Amarilla.

Librodot

evidenciaba que llevaban el mismo paso que nosotros habiendo sabido que los seguíamos. Después del quinto día de persecución, me adelanté con unos cuantos scouts al comando unas diez millas, y desde lo alto de un cerro escudriñé la región con mi largavista, descubriendo una polvareda que se levantaba a unas diez millas más allá del arroyo, que mal ocultaba un tropel de gente a caballo. Pronto vi que venían hacia el lugar en que me hallaba. Al principio me parecieron indios, pero pronto eché de ver que eran soldados regulares del ejército del general Terry. Entonces envié un scout para informar al general Carr que no había novedades en cuanto a la presencia de indios se refería, pero cuando aquél hubo partido apareció sobre el lado opuesto del arroyo una banda de gente y otra del lado en que yo me hallaba. Pensé en mandar otro scout al general Carr con noticias más frescas, cuando vi que detrás de los indios que estaban de este lado del arroyo venían soldados regulares del ejército del general Terry. Me di cuenta entonces que se trataba de indios amigos que venían con la tropa. A las distancias que mediaban entre los tres grupos, los que estaban del otro lado del arroyo, el que formaba yo con mis scouts y los soldados e indios que venían juntos no era posible distinguirse bien por lo que, confundiéndome con un sioux, alguien gritó: "¡Vienen los sioux!"

El general Terry ordenó a su caballería, el séptimo regimiento, desplegarse en línea de batalla, y previniendo un desastre como el de Custer, hizo tomar posiciones también a la artillería. Esas maniobras, que presencié desde mi puesto con gran interés, me demostraron cuán desmoralizados debían estar, después de lo de Custer, para que un solo hombre pudiera obligar a todo un ejército a formar en línea de combate.

Habiendo gozado lo suficiente del espectáculo, galopé adelantándome hasta la fila de escaramuzas, agitando mi sombrero. Al llegar a unas cien yardas, el coronel Weir, jefe del siete de caballería, salió a mi encuentro y me reconoció. Seguí con él hasta llegar al centro de las filas, donde gritó a todo pulmón:

-Muchachos, éste es Buffalo Bill; muchos de ustedes lo conocen. ¡Un hurra por Buffalo Bill! La invitación del coronel Weir fue contestada por tres estentóreos ¡hurra! que me llenaron de emoción.

El coronel Weir me presentó al general Terry a quien informé que la alarma dada por sus indios al ver la polvareda de los otros y comprobar mi presencia, que confundieron, era falsa, pues la polvareda vista por ellos era levantada por las tropas del general Crook, que yo había alcanzado a ver antes de unirme al coronel Weir. En conocimiento de esto, el general Terry decidió reunirse al ejército de Crook y se dirigió hacia el camino para marchar unidos. Esa noche, ambos ejércitos acamparon juntos. El general Terry traía con él un convoy cargado con todo lo necesario para pasarlo bien en una expedición contra los indios. Había anchas carpas, camas desarmables y amplios comedores. Era un cuartel cómodo y atrayente, contrastando con el del general Crook, que llevaba para su comodidad una mísera carpa livianita y cuyos utensilios de cocina consistían en un jarro de cuarto litro -en el cual él mismo preparaba su café-y un plato en el cual asaba su tocino. Al comparar ambos equipos, llegué a la conclusión de que el verdadero "Indian fighter"[23], era el general Crook, pues él había aprendido que en las campañas contra los indios se debía viajar liviano, con la menor impedimenta posible.

[23] Peleador de indios.

Librodot

Esa misma tarde, el general Terry ordenó al general Miles, jefe del quinto regimiento de infantería, que se pusiera en camino de regreso a Yellowstone a marchas forzadas y de seguir río abajo en barco hasta la desembocadura del Powder River, para impedir el cruce del Yellowstone a los indios en el caso de que lo intentaran. El general Miles hizo esa noche treinta y cinco millas de marcha forzada, lo que representa un esfuerzo maravilloso por tratarse de un regimiento de infantería que debió caminar en una región montañosa.

Los generales Terry y Crook pasaron esta noche en consejo, y al día siguiente ambos ejércitos partían para seguir la ruta de los indios. Aunque el primero de los generales nombrados era el de mayor jerarquía, no asumió el mando de los dos ejércitos, sino que cada uno continuó al frente de sus hombres, si bien operando de común acuerdo.

Cruzamos el Tongue River hasta el Powder, siguiendo por éste hasta unas veinte millas antes de su unión con el Yellowstone. En ese punto, la ruta de los indios torcía hacia el oeste en dirección a las Black Hills. Los dos ejércitos habían agotado casi todas sus provisiones y la persecución fue abandonada, siguiendo las tropas costeando el Powder River hasta su confluencia con el Yellowstone, acampando en el lugar por varios días.

Aquí nos encontramos con el general Miles, que nos informó que ningún indio había cruzado aún el Yellowstone. Mientras, habían llegado varios barcos con víveres, lo que devolvió la alegría a los muchachos cuyas caras ya se estaban poniendo mustias por el hambre.

A los cinco o seis días de estar acamparlos en la confluencia del Yellowstone con el Powder, se me ordenó que con el mestizo Luis Richard acompañáramos al general Miles en una observación costera en busca de indios, que realizaríamos a bordo del vapor "Far West", por el Yellowstone hasta el Glendive Creek.

Nuestro punto de observación sería la cabina del piloto, desde donde podríamos observar bien la costa en busca de indios o de algo que nos hiciera saber que no andarían lejos. Interesaba sobremanera saber si, en caso de que anduvieran por la comarca, habían o no atravesado el río.

Realizar una exploración de esa clase, que no había hecho nunca, era cosa nueva para mí, por lo que me anticipé a gustar la novedad.

A la madrugada de ese día nos presentarnos al general Miles, que ya estaba a bordo con cuatro o cinco compañías de su regimiento, y quien nos sorprendió al preguntarnos dónde habíamos dejado nuestros caballos, jamás se me hubiera ocurrido pensar en la necesidad de caballos para una expedición por agua. Sin embargo, el general nos ordenó que los embarcáramos, previendo todas las contingencias.

Poco después estábamos navegando a razón de una milla por hora. El comandante del barco era el capitán Grant Marsh, que me resultó una persona simpatiquísima. Antes de ese momento había oído hablar mucho de él como de uno de los más hábiles navegantes de río del país. Desde nuestro puesto de observación, Richard y yo veíamos deslizarse como volando los accidentes de la costa y los recodos del río, pues la velocidad del barco era realmente fantástica.

Llegados a un determinado lugar nos pareció ver en la costa algo que se asemejaba a viviendas de indios y, en ciertos momentos, como indios mismos.

El capitán Marsh detuvo el barco y desembarcamos. Fue falsa alarma. Lo que nos había parecido una aldea piel roja resultaron ser sepulcros de indios. Los cuerpos que allí yacían depositados sobre sendas tablas, según la costumbre india, habían sido

despojados de sus ropas por los cuervos y los restos de aquéllas, al ser agitados por el viento, hacían confundir los mortales despojos con seres vivientes.

Al llegar a Glendive Creek hallamos allí al coronel Rice con su compañía, perteneciente al r° de Caballería que había sido destacado por el general Miles. Con ayuda de su *trowel Bayonet,* arena y útil ele labranza y construcción a la vez, de su invención, y sobre todo muy apta para cavar trincheras, había levantado una fortificación bastante eficaz. El día anterior a nuestra llegada el coronel Rice había debido sostener una batalla con un grupo de indios, dando muerte a tres de éstos con su cañón Rodman.

El "Far West" que nos había llevado debía permanecer toda la noche en Glendive y el general Miles, deseando enviar un mensaje al general Terry, me rogó que lo llevara yo. Tomé los despachos y cabalgué setenta y circo millas a través de los malos caminos del Yellowstone, llegando al campo del general Terry a la mañana siguiente, después de haberme expuesto a romperme el pescuezo veinte veces durante la noche.

Había allí pocas perspectivas de combate, por lo que decidí irme hacia el este, donde hallaría más movimiento. De modo que seguí viaje en el barco "Yellowstone", que se dirigía al fuerte Beaufort. Ese mismo día, los generales Terry y Crook partieron para Powder River con el propósito de reiniciar la persecución de los indios que había sido abandonada temporariamente. Habríamos navegado unas veinte millas cuando nos cruzamos con otro barco en el que viajaba el general Whistler con tropas de refuerzo y refresco para el ejército del general Terry. Desembarcamos todos y entre esa gente me encontré con varios amigos. Al saber el general Whistler que el general Terry había abandonado el Yellowstone, me pidió que le llevara unos despachos importantes que le enviaba el general Sheridan, Muchas ganas no tenía de andar corriendo por esos campos, y pretexté una excusa. Insistió diciéndome que debía hacerlo por él y que me llevaría sólo unas horas. Además me ofreció su caballo favorito, que traía a bordo. Finalmente consentí en ir y muy pronto me encontré camino de Powder River, consiguiendo entregar los despachos esa misma noche. El caballo que me diera el general Whistler no era animal para semejantes trotes, y al llegar al punto de destino estaba más agotado que yo. Una vez que hube comido, el general Terry me dio su mensaje de contestación para el general Whistler. El capitán Smith, ayudante del general, me dio otro caballo, pues el que había traído no daba para la vuelta, cambio que me alegró haber realizado, porque el que me dio Smith resultó un soberbio animal, con el que recorrí esa noche las cuarenta millas de mal camino, llegando al cuartel del general Whistler a la una de la madrugada. Durante mi ausencia, los indios habían hecho una aparición por los cerros vecinos, debiendo las tropas librar algunas pequeñas escaramuzas.

Al terminar de leer los despachos del general Terry, el general Whistler me dijo:

-Cody, lo siento mucho, pero necesito volver a enviar informaciones al general Terry sobre los movimientos de estos indios que andan por acá.

He querido durante toda la tarde mandar a un oficial, pero no encontré quien se animara a hacerlo, pues andan atemorizados por lo de esta mariana; dicen que los indios que merodean son muchos y nadie se anima a salir solo. Debo, por lo tanto, recurrir a usted. Sé que es mucho pedirle después de todo lo que ha andado, pero es un caso de necesidad militar, de verdadera fuerza mayor. Si

Librodot

accede usted, amigo Cody, me empeño desde ahora a que sus grandes servicios le sean remunerados como se lo merece.

Ante semejante insistencia, y viendo que, en realidad, se me necesitaba por lo urgente de las circunstancias, y que si no iba yo nadie lo haría, le dije:

-Eso de la retribución no tiene importancia, general. Apronte usted los despachos y en cuanto los tenga listos, partiré.

No tardó el general en alcanzarme un paquete y yo, montado en el mismo caballo que me había dado el capitán Smith, partí a cumplir mi misión. Eran las dos de la mariana cuando salí y a las ocho llegaba al campamento del general Terry, justo en el momento en que el ejército se estaba por poner en marcha. A todo esto había recorrido yo ciento veinte millas en sólo veintidós horas.

Cuando hubo leído el despacho, el general Terry hizo hacer alto a las tropas y se adelantó solo a consultar con el general Crook. El resultado de esta consulta fue que el ejército del segundo de los nombrados continuara el camino que ya había tomado y que el del general Terry regresara a Yellowstone, cruzando el río. Yo acompañé al general Terry.

Partimos de noche para pasar inadvertidos a los veedores sioux que indudablemente habría por las inmediaciones. Después de una marcha de tres días, llegamos a un vasto valle minado por búfalos, en el que también descubrimos huellas frescas de indios, que habían andado de cacería. En ese momento, cuando las cosas parecían ponerse interesantes, fui mandado a hacer otra vez de correo. Debía llevar unos despachos al coronel Rice. ¿Es que no había en el ejército otro que pudiera realizar tales empresas?

Rice se hallaba acampado en las desembocadura de Glendive Creek en el Yellowstone, que distaba de nosot$_r$os unas ochenta millas.

Al anochecer comenzó a formarse una tormenta muy cerrada y a la hora en que me puse en camino, las diez, una llovizna muy molesta y brumosa caía sobre la región. Para colino, era ése un sitio que yo no conocía, por lo que mi misión estaba rodeada de serios peligros. Así, luchando contra el viento, la lluvia y la oscuridad, cabalgué unas treinta y cinco millas. Por fin llegó la aurora y me dirigí a un bosquecillo apartado y escondido, donde me guarecí para pasar el día, pues no podía atravesar las llanuras a plena luz sin correr el riesgo de ser descubierto. Además, el caballo que montaba era bestia de poca resistencia y pobre velocidad. Dejándolo que pastara a gusto, me senté a rehacer fuerzas comiendo un trozo de jamón, después de lo cual fumé un rato y me eché a dormir con la montura por almohada. De más está que diga que muy pronto y muy justificadamente, después de tan fatigosa jornada, me encontré en el país de los sueños.

Me despertaron unos ruidos que no alcancé a reconocer. Ya había aclarado del todo y el día se presentaba magnífico; escondí mi caballo y tomando el rifle, me dirigí con extrema cautela a un cerro cercano a cuya cima ascendí trepando. Descubrí desde mi atalaya un grupo de indios que perseguía a unos búfalos tratando de darles muerte con armas de fuego. No debían ser muy hábiles, pues sólo muy de cuando en cuando y tras mucho correr, conseguían herir de muerte a alguno. Pero no cejaron hasta no haber cobrado unos diez o doce, con lo que se dieron por satisfechos retirándose del lugar por el mismo camino que habían llegado, después de charquear concienzudamente la carne de los búfalos y ele Haberla acondicionado sobre los caballos pura el transporte.

Entonces ensillé mi caballo y lo até a un árbol para estar preparado para cualquier emergencia, pues si los indios llegaban a descubrir mis huellas era seguro que me

rastrearían y en ese caso me vería obligado a fugar, con el agravante de que no tenía mucha confianza en la velocidad de mi cabalgadura.

Nada pasó hasta que se hizo de noche, momento propicio para reanudar mi ininterrumpido viaje. Durante varias millas bordeé el lado este del arroyo y luego, describiendo un semicírculo, tomé la verdadera ruta. Entonces apuré todo lo que pude el paso de mi caballo y llegué al campamento de Rice al amanecer.

Desde el día de su llegada, el coronel Rice había debido sostener encuentros con los indios casi a diario, por lo que estaba ansioso por comunicar al general Terry esta situación; al mismo tiempo me manifestó que se alegraba de verme. De más está decir que tuve que llevar los despachos ele contestación a los que habla traído. Sin embargo, no me puse en viaje en seguida; permanecí en el campamento un día, y al siguiente me despedí del coronel Rice, apurando el paso para alcanzar al general Terry, con quien me reuní al tercer día de marcha, al llegar al nacimiento del Deer Creek. Terry iba a unirse al coronel Rice y la dirección que llevaba era equivocada, por lo que tuve que rectificársela. Me pidió entonces que lo acompañara para evitar nuevas desviaciones. Accedí porque, en realidad, la ruta era difícil y llena de peligros para quien no la conociera. Al llegar a Glendive pude realizar mi deseo de alejarme, por lo menos durante algún tiempo, de los servicios en el ejército. Me despedí del general y de sus oficiales y me embarqué en el "Far West", que recorría el Missouri. En Bismark abandoné el barco para dirigirme a Rochester, con intención de reunirme con mi familia[24].

SEGUNDA PARTE

CAPITULO 1
EL NIÑO DE LAS PRADERAS

[24] Buffalo Bill termina aquí la narración de sus aventuras. En la segunda parte de este litro, “Vida de Buffalo Bilt”, aunque también es fragmentaria la narración, sus capítulos completan la biografía del héroe.

Cuando Buffalo Bill -el pequeño William F. Cody- era un niño de unos siete u ocho años, su familia emprendió viaje a la ciudad de Kansas. Llegada la noche debieron acampar y buscar algo que comer. A esto salieron el padre y el guía, dejando a la familia en la carreta. Era ya tarde y el pequeño Bill se había dormido. Lo despertó un ruido extraño y se levantó dispuesto a investigar de qué se trataba. Salió de la carreta y vió un indio que estaba desatando el caballito en que él viajaba. Entonces tomó su rifle y adelantándose unos pasos le preguntó al indio:

-¿Qué está haciendo con mi caballo? El indio lo miró con indiferencia y le contestó que pensaba llevárselo en reemplazo del suyo que no valía gran cosa, El pequeño Bill le dijo que no haría tal y el indio se echó a reír. Entonces Bill se echó el arma al hombro y con el tono de más firme resolución le gritó que dejara el caballo. Algo vió el indio en la mirada del chico, porque sin decirle nada se dió vuelta, montó en su viejo pony y se alejó.

Este incidente es una elocuente muestra de su carácter firme y valiente, condiciones que hicieron de él el mejor llanero de nuestra historia.

Es amenísima y está llena de enseñanzas la vida de los pobladores que llevaron la civilización al otro lado de lo que se llamó el gran desierto americano, a través de miles vicisitudes y cruentas luchas con los salvajes que lo poblaban; llevando una vida de dureza inexpresable y de privaciones sin cuento. Allí se levantaron, gracias al esfuerzo de estos pioneers, ciudades e industrias que son el orgullo de nuestro país. No hay duda de que esas travesías en carretas han de haber tenido para los que las hacían un interés inmaterial, pues no es de creerse que fueron movidos sólo por la necesidad o por el afán de desalojar al indio y apoderarse de sus territorios; algo de aventurero deben haber tenido en su alma y, sobre todo, mucho de desinteresado impulso civilizador, para haber afrontado tanta penuria sin renunciamientos capaces de hacer cejar en la empresa. No fué sin duda menor el sentimiento de emulación que llevó a cada uno de esos heroicos pobladores a sobrepasar la cantidad de sacrificios y el número de hazañas que debieron aguantar y llevar a cabo en las inhóspitas comarcas. Y si mucho hicieron los hombres por civilizar el desierto, debemos convenir que más hicieron las mujeres con su sublime y eterna abnegación. Esa lucha enseñó a nuestros hombres a ser astutos y duros; hábiles en la lucha por la subsistencia y resistentes al fracaso.

Para darse una idea exacta de aquellos tiempos y aquellos hechos, hay que recordar el país de entonces y la forma en que se viajaba.

El paisaje era una dilatada llanura desierta de millas y más millas, que se extendía desde el río Missouri hasta California. Solamente de cuando en cuando el desierto era interrumpido por largas cadenas de montañas que corrían de norte a sur. Muy rara vez se veían extensiones boscosas, siendo la vasta llanura un inmenso piélago de pasto duro y salvaje. Entre las Montañas Rocallosas y la Sierra Nevada estaban las llanuras Alkalíes, poco propicias para la habitación de seres humanos, que no fueran los indios, que poco a poco habían sido empujados hacia allí desde la costa del Atlántico, por el blanco en la lucha diaria que los convirtió en una raza feroz de luchadores y cazadores. Era natural que en esas condiciones consideraran como presa lógica al hombre blanco. En cuanto veían un "cara pálida", como llamaban al blanco, era natural tratar de apoderarse de su cabellera, en venganza de lo que les enseñaba la historia de sus antepasados que habían sido arrojados de sus tierras por el blanco de generación en generación. A la verdad histórica, las narraciones añadían los detalles de crueldades -verídicas algunas veces- de que el blanco los había hecho objeto, sin necesidad alguna. El encono se había ido sedimentando, formando, en el tiempo en que empieza la vida y hazañas de William Cody, un bloque inconmovible.

En esa región de que hablábamos, tendría unas dos mil millas de ancho, el piel roja salvaje reinaba como soberano absoluto, en compañía de los búfalos que le suministraban la carne, su principal alimento.

Es así como las caravanas de hombres que se dirigían al Oeste, recién habían asentado sus reales en las comarcas de Arkansas, Missouri e Iowa, en el año 1550. Eran muy pocos los que habían conseguido atravesar el desierto que quedaba más allá, hacia el oeste, llegando a California, cuyas comunicaciones con las regiones del río Missouri al este eran poco menos que imposibles. Algunos habían pasado, sí, pero no volvieron a intentar la travesía del desierto...

Los medios de transporte eran el caballo, la mula y la pesada carreta; donde se llevaba de todo; muebles, provisiones de boca, ropa, útiles de labranza, materiales de construcción y todo lo necesario para instalar una aldea y poblarla.

Viajando en esas condiciones solían aparecer en el horizonte unas manchas obscuras que poco a poco iban tomando la forma de jinetes. Entonces, con febril precipitación, todo el mundo se lanzaba a la tarea de colocar las carretas formando una circunferencia, con las muejeres, los niños, los caballos y las mulas en su interior. Pocos minutos después, una banda de indios se lanzaba al ataque. Si el fuego de fusilería con que eran recibidos los furiosos visitantes no conseguía detenerlos; irrumpían a caballo, matando a cuanto ser viviente se pusiera al alcance de sus lanzas, volcando las carretas, se alzaban con las provisiones, satisfechos de haber realizado lo que ellos consideraban una justa venganza. Esto sucedía tanto de noche como durante el día. No había hora propicia para el asalto indio, ni convoy suficientemente pobre. Se trataba, naturalmente, de desposeer a los blancos invasores, pero también, y quizás en más alto grado, de ejercer una venganza.

De modo que los que salían ilesos de semejantes encrucijadas eran únicamente los que iban a la aventura muy preparados y los muy fuertes, capaces de soportar las penurias del desierto y de superarlas; debían ser los más previsores, astutos y fuertes, aún más que los mismos indios.

Otro de los problemas para tal clase de travesía era el de la alimentación para el viaje, pues éste era largo. La provisión de carne la daban los búfalos y ciervos que abundaban en las llanuras; pero había que saber cazarlos sin desperdicio de municiones ni de tiempo y también sin alejarse demasiado de la caravana en su seguimiento, pues el o los cazadores podrían ser sorprendidos por los indios. De modo que no bastaba con que la caza abundara; había que ganarla y muchas veces pasaban días sin que los hombres de un convoy pudieran hacerse de carne fresca. Así eran el país y sus pobladores entre los años 1850 y 1860.

Después de aquella fiebre de oro, en California, se pensó que debía haber un medio fácil para comunicar los extremos de la civilización del oeste con las lindes de la civilización del este. Para entonces ya había nacido el hombre que más tarde sería mundialmente conocido como "Buffalo Bill"

El padre, Isaac Cody, vivía en una chacra en Scott Country, lowa, cerca de un pueblito llamado "Le Clair", y fué allí donde nació nuestro hombre el 26 de febrero de 1846. En los tiempos de la fiebre del oro que acabamos de recordar, William Cody sólo tenía tres años de edad, y su padre, junto con varios miles de personas, se propuso llegar a California en busca de fortuna.

Se puso en viaje, pero había recorrido unas pocas millas, cuando cambió de parecer y se desvió de la ruta para dirigirse a Kansas, deseando, no sabemos por qué, instalarse cerca de la frontera. Había tenido el buen tino de no llevar consigo a su mujer y a sus hijos para substraerlos al peligro de un viaje cuyas durezas conocía de oídas, y los dejó en casa de su hermano Eliíah Cody, que vivía en Platt Country, en el estado de Missouri.

Cinco años estuvo Isaac Cody en busca de dónde instalar su hogar definitivamente. Ocho años tenía el pequeño William. cuando fué a vivir cerca del fuerte Leavenworth, en plena frontera de la civilización, límite de Kansas. Allí creció el niño, frente a las fuerzas de esa

Librodot

naturaleza bravía y viendo la constante lucha de los de su especie con el indio y los elementos. Fué testigo también de la lucha entre los mismos blancos, norte contra

sur, por la sublime idea de la libertad de todos los hombres que pisaran el suelo de América. Días aciagos y tristes que sembraron la desconfianza entre los propios hermanos, tan tristes o más que la lucha contra el indio. Era aquélla una vida áspera y penosa, y sólo los que habían nacido en ese ambiente podían soportarla. Y el pequeño Bill Cody la sobrellevó con energías sobrantes. Amaba esa vicia. Desde sus más tiernos años se había saturado de narraciones sobre indios, proezas de los scouts y batallas de los soldados regulares y muy pronto aprendió a manejar el rifle con la misma maestría de un adulto buen tirador. Finalmente, la familia Cody se instaló, como dijimos, en la zona del fuerte Leavenworth. en Salt Creek Valley, situado en el arranque de uno de los dos únicos caminos, si así podían llamarse, que atravesaban la desolada llanura de dos mil millas de ancho y que desembocaban en California después de trasponer altas montañas. Todos los días Bill Cody acompañaba a su padre que salía de caza, sin dejar jamás su rifle y su perro "Turk", no sólo mascota predilecta de la familia Cody, sino también de todos los vecinos y amigos. Nunca hubo en la pradera mejor guardián que "Turk", y eso lo sabían amigos y enemigos ...

El siguiente relato explica la razón de la fama del noble perro. Un día, dos de las hermanas de Bill paseaban por las lindes ele un bosquecillo cercano a la casa, cuando el perro, que las acompañaba, y lanzó de repente, un ronco gruñido. Las chicas siguieron la dirección ele la mirada del perro y vieron trepada a un árbol, una pantera, fija la mirada en ellas, pronta a abalanzarse a despedazarlas. Aterradas, echaron a correr, mientras el fiel "Turk" se adelantaba hacia la bestia, como tratando de distraerla para dar tiempo a las chicas para que se alejaran. Pocos instantes después, los espantosos gruñidos de ambos animales les hizo saber -pues no se animaron a darse vuelta para mirar- que se habían trabado en lucha. En eso oyeron el característico silbido de su hermano Bill; entonces se detuvieron y miraron hacia el sitio de la lucha. Era evidente que el pobre perro llevaba la peor parte, pero ya habíase echado Bill su rifle al hombro y un segundo después, la certera puntería del niño daba cuenta de la pantera y salvaba la vida del perro. El que había disparado ese tiro era un niño de sólo ocho años de edad, que demostró con ello no solamente buena puntería, sino un temple nervioso a toda prueba, pues los animales estaban trenzados en lucha y era tan fácil matar a uno por otro como a los dos. Se necesitaba una gran serenidad y un valor ejemplares.

No hacía mucho de su instalación, cuando el padre, que no podía tolerar ni la idea de la esclavitud, se trabó en polémica con unos cuantos partidarios de los negreros del sur. La gente que poblaba Salt Creek eran aventureros de mala índole, sin patria ni ley, capaces de vender su alma al diablo por unos cuantos céntimos y que vivían en continua disputa; ligeros de armas por cualquier futesa y traicioneros cuando obrar a traición les reportara ventaja. Era lógico que gente de esta condición fuera esclavista y estuviera pronto a que en el nuevo estado de Kansas se estableciera. El día de la disputa a que nos hemos referido, Isaac Cody se mantuvo firme en sus ideas antiesclavistas. Discutió tan acalaroclamente que delató una irreductibilidad que no podían permitir los que ya habían resuelto el establecimiento de la esclavitud. Resultado de esto fué que algún amigo le advirtió que era prudente que abandonara el pueblo porque se había decretado su asesinato para la primera oportunidad. Sin embargo, Cody no se dió por advertido y continuó haciendo su vida normal hasta que otra discusión que terminó en un altercado lo puso prácticamente en condiciones de prófugo, porque salieron a relucir las armas y no lo mataron en el acto por la intervención de unos amigos. Pero su inuerte estaba decidida y esa misma noche fueron a buscarlo a su casa, haciendo ostentación de sus siniestros designios.

Librodot

Entonces, Isaac Cody huyó y debió pasar días enteros refugiado en los bosques de la comarca o en casa de algún amigo, cuando una comisión obraba por sorpresa y lo buscaba para provocarlo amparándose en el mayor número.

Cuando se hallaba escondido en el bosque, Bill, su hijo, era el encargado de llevarle la comida. Cierto (lía en que el pequeño Bill había ido a cumplir con ese deber filial, se halló, al regresar, que unas de esas comisiones que solían ir a su casa en busca del padre, había realizado una de sus desagradables visitas y al retirarse, por no hacerlo con las manos vacías, se había llevado su pony. Corrió detrás de ellos y al alcanzarlos vió que uno llamado Sharp iba montado en él.

Sin vacilar le gritó que el caballo era suyo y que no podía llevárselo, a lo que el sujeto contestó con una carcajada. El pobre muchacho se quedó mirando con cara triste cómo perdía su pony, cuando, de repente, una idea dibujó una sonrisa en sus labios. Llamó a su fiel '"Turk" y lo azuzó contra el ladrón. Con inteligencia digna de un ser humano, el perro se puso a morderle las patas al caballo, que, encabritado, dió un salto que el jinete no había previsto y que lo echó por tierra. En seguida, el astuto y fiel animal empujó con sus ladridos al pony hacia donde se hallaba Bill. Sharp y sus compañeros, atónitos, no atinaron a hacer uso de las armas de fuego que con tanta facilidad dirimían todas sus cuestiones, ni cuando el perro hostigaba al caballo ni contra Bill cuando éste había ya recuperado su cabalgadura. Un poco corridos por la astucia del chico y el propio fracaso, se fueron sin intentar violencia alguna contra el valiente y sagaz muchacho.

Así fueron transcurriendo los días, hasta que por fin, acorralado, Isaac Cody tuvo que abandonar la comarca para salvar el pellejo.

A los dos años de haber partido Isaac y cuando Bill tenía diez años de edad, recibió la madre por intermedio de un amigo, un papelito de su marido, que se hallaba en Fort Leavenworth, en el que le anunciaba que pronto iría a verlos, pero que no pasaría con ellos más que, una noche y regresaría al fuerte a la madrugada siguiente. No podemos decir cómo, pero de un modo o de otro, sus enemigos llegaron a saberlo y se prepararon a apoderarse de él, apostándose en un bosquecillo a la vera del cual pasaba el camino que forzosamente debía seguir Cody para llegar a su casa. Pero también se enteró su familia de la celada preparada al padre, y la noche en que se le esperaba tuvo para ellos los contornos de una tragedia. Hallábase reunida en torno al fuego, cuando de pronto Bill, como movido por un resorte, se levantó de la cama en que estaba acostado y -dijo que iría a encontrar y dar aviso a su padre adelantándose hasta hallarlo en un sitio llamado "Grasshopper Fall", situado más allá de donde se le tenía prepara la emboscada. El chico hacía varios días que estaba en cama con fiebre, por lo que sus hermanas y su madre se opusieron. Pero Bill ya estaba firmemente decidido a correr en ayuda de su padre; salió a buscar su pony, montó en él y partió. Debía cabalgar treinta millas, y no había hecho cinco, cuando una voz le dió el ¡Alto! Eran precisamente los emboscados que esperaban a su padre. En vez de obedecer la orden, se echó sobre un costado del caballo no dando más blanco que una pierna, al estilo indio, y lo lanzó a toda carrera. Los hombres dispararon sus armas pero la noche era sumamente oscura y Bill salió ileso, llegando sin más tropiezo a "Grashopper Falls" a poner sobre aviso a su padre en el momento en que se disponía a seguir viaje hacia su casa. Hay que tener en cuenta que esta travesía cumplida durante la noche por un niño con fiebre y enfrentando una banda de facinerosos, sobrepasa en diez millas al famoso raid del general Sheridan durante de la guerra civil.

Pero ya no volvieron los buenos tiempos para la familia Cody. Pronto, demasiado pronto, lo que no habían podido hacer sus enemigos, lo hizo la naturaleza y el viejo Cody murió. La chacra que estaba explotando reconocía una hipoteca y Bill, en su mente de once años, se creó la obligación de velar por su inadre y hermanas. Desgraciadamente, la hipoteca vencería

dentro de poco y el acreedor sería inexorable en caso de que no pudieran levantarla y se verían sin techo. La pobre mujer pasaba horas amargas en conciliábulos con sus hijas discutiendo diversos proyectos para salir del apuro. También el pequeño Bill tomaba parte en las deliberaciones y un día, como siempre, fué el primero en adoptar un camino. Hizo prometer a su madre que se esforzaría por sostener la hipoteca el mayor tiempo posible, para lo cual debía convencer al acreedor que le concediese un plazo, y él marcharía a ganar algún dinero para pagar los servicios hipotecarios.

Su plan consistía en ofrecer sus servicios a la firma Russell, Majors y. Waddell. Digamos qué era y en qué trabajaba dicha mina.

Cuando aún no existía el ferrocarril, las cargas de toda naturaleza que debían ser transportadas de los estados de la costa del Atlántico a California, del otro lado de las montañas, eran llevadas en largos convoyes formados por carretas a las que se uncían 10 y hasta 20 yuntas de bueyes, que iban custodiadas por una guardia de gente armada en previsión del ataque de los indios, no obstante lo cual muchas veces no llegaba a destino más que la mitad del convoy y de las personas que en él viajaban. Había viajeros que aprovechaban la partida de un convoy de esta clase para unirse a él, yendo en esta forma más protegidos. Estos viajes eran en tal forma azarosos que, como hemos dicho, además de los conductores, peones y boyeros llevaban con ellos un buen número de guardianes armados, frontiersmen[25] avezados en las luchas con los indios. Ese viaje de más de dos mil millas duraba un mes, pues de noche se acampaba y también se detenía dos o tres veces por día para comer y dar de beber a los bueyes y descanso y comida a los caballos. En muchas ocasiones; una de estas caravanas solía encontrar, en medio del desierto, los restos de otra que partiera anteriormente, y que había sido sorprendida y atacada por los indios. El espectáculo que se ofrecía entonces a los viajeros era macabro y desalentador, pues aquellos restos consistían en los cadáveres de los hombres blancos con el cuero cabelludo arrancado, las carnes comidas por los cuervos, y formando una demoníaca mezcla con los de las bestias de la caravana.

La firma a la que el pequeño Cody quería ofrecer sus servicios, Russell, Majors y Waddell era una de las más importantes y responsables de esas compañías de transportes a través del desierto. Contaba ella sola con varios cientos de carretas pesadas, a las que se unían las de algunos troperos que trabajaban para ella con sus propias carretas y bueyes. Bill, demostrando tener ya el carácter y la decisión de un hombre hecho y derecho, fué directamente a ofrecerse como "extra" -es decir, como peoncito encargado de substituir o dar una mano donde hiciera falta y suplir a los hombres en sus ausencias temporarias- a uno de los componentes de la firma que sabía fué amigo de su podré. El hombre lo trató muy cariñosamente, pero le dijo que el trabajo en los convoyes era muy duro para un chico de tan corta edad que, al contrario

de ser ayuda, sería un estorbo porque habría que estarlo cuidando de los numerosos peligros del viaje. Insistió Bill diciéndole que estaba acostumbrado a la vida dura de la frontera y que sabía manejar bien los bueyes, arrear el ganado, andar a caballo y cazar con buena puntería. Al verlo tan animoso y conocer las razones que impulsaron al niño a buscar trabajo, el señor Majors consintió en contratarlo como "extra". Firmaron el documento usual en tales casos, pues en esos empleos las relaciones entre empleado y empleador se estipulaban por contrato, y Bill Cody comenzó su vida ele trabajo.

El documento, primero que firmó en su vida Bill, ha sido conservado entre sus papeles. Dice así: "Yo, William F. Cody, juro solemnemente ante Dios, que durante el tiempo que esté como empleado de Russell, Majors y Waddell, bajo ninguna circunstancia usaré lenguaje profano, no pelearé ni reñiré con ningún otro empleado de la firma y que me conduciré en

[25] Hombres de la frontera.

Librodot

todo momento con honestidad; que cumpliré con mis obligaciones y me conduciré en todos mis actos como para merecer la confianza de mis superiores. Pido a Dios su ayuda para ello."

El muchacho "extra" comenzó su trabajo cumpliendo como el mejor y durmiendo de noche sobre una frazada tirada en el suelo debajo de una carreta. Pasaban los días y las semanas y la caravana continuaba su lento viaje a tráves de las llanuras y los cerros, monotonía que sólo interrumpía los chasquidos de los látigos de los conductores -"Bull Whackers"- que acicateaban a los bueyes. Esa monotonía significaba una suerte; era el viaje sin tropiezos y sin incidentes, incidentes que muchas veces tenían como saldo la muerte o la pérdida de todo lo que se llevaba. Todo dependía del valor de los hombres de la caravana y de su habilidad en el manejo de las armas.

La tranquilidad de este primer viaje del pequeño Bill duró sólo el tiempo que necesitó el convoy para recorrer treinta y cinco millas desde su salida del fuerte Kearney. A esa distancia se hallaba acampando el convoy sobre el Platte River, cuando unos disparos de fusilería agitaron a la caravana. Los tres piquetes de hombres que custodiaban los bueyes cayeron muertos a balazos mientras un crecido número de indios se venía directamente hacia las carretas. Con la velocidad del rayo todo el campamento se aprontó para la lucha, formando con las carretas una circunferencia y colocándose la gente en su centro. Esa disposición de combate respondía a la forma que usaban los indios para llevar sus ataques, que consistía en correr en torno a sus posibles víctimas, haciendo fuego al mismo tiempo. Al no diezmar las fuerzas defensoras, se retiraban fuera del alcance de las armas de fuego de aquéllas, vigilando sus movimientos y al poco rato volvían a arremeter en la misma forma.

El mismo Buffalo Bill ha narrado este encuentro con los indios, en sus aventuras, pero no cuenta lo que es casi imposible de creer y es que en esa oportunidad este niño de once años de edad salvó la vida de sus compañeros y, por lo tanto, del convoy.

Habiendo pasado varias horas repitiéndose este juego, los blancos pensaron que era necesario romper el sitio antes de que los indios recibieran refuerzos, porque en tal caso, siendo en mucho mayor el número podrían tomarlos por asalto. En una de las retiradas que hacían los indios como a deliberar y que eran precursoras de las carreras en torno a la trinchera de carretas, los del convoy podrían forzar el paso y llegar al arroyo cercano, escapando por la costa al refugio de las barrancas.

Naturalmente, las carretas del convoy deberían ser abandonadas a los indios. Oportuna fué la decisión porque, apenas tomada, vieron llegar indios en tan gran cantidad, que ellos hubieran sucumbido forzosamente ante un ataque en masa.

La maniobra fué realizada con todo éxito, sin perder un solo hombre, y al amparo de la selva costera se pusieron en sigilosa marcha hacia Fort Kearney. Al llegar la,noche, Bill Cody, fatigado por los esfuerzos del dia y de la marcha, demasiado dura para un niño de su edad, se fué quedando rezagado a unas cien yardas de sus compañeros, sin que éstos, debido a la nerviosidad de la fuga y a la intensa oscuridad de la noche, se apercibieran de ello.

Iba el pequeño arrastrándose con su rifle a cuestas, haciendo intensos esfuerzos para no caer rendido, cuando en un momento dado levantó la cabeza y vio, a los debilísimos rayos de luz de la luna, la cabeza de un indio que, desde unos metros de donde él se hallaba, espiaba la marcha precipitada de sus compañeros. La posición de éstos sería delatada por el indio a la banda que no tardaría, merced a la velocidad de sus caballos, en hacer presa de todos.

N o vaciló el valiente muchacho y mientras el indio localizaba bien la dirección de los blancos para ir a ciar aviso a la tribu, el cañón del rifle se movió hacia la cabeza del piel roja y de su boca salió una lengua de fuego que dió con el indio en tierra, El estampido del arma de Bill fue el único aviso que tuvieron los blancos de que corrían peligro y, al mismo tiempo, de que gracias a él estaban salvados.

Fué éste el primer indio que mató Bill Cody y la fama del niño que había salvado de la muerte a toda una caravana, en muy poco tiempo se esparció por todas las regiones fronterizas del Este y del Oeste.

CAPITULO 2
BILL CODY, ESCOLAR Y TRAMPERO

Después de este viaje triunfal, las cosas cambiaron para el niño de la frontera. Con tesón y buena suerte, la familia Cody había podido acomodarse, y ahora las dificultades no eran tan graves como al principio.

La señora Cody pudo cuidar de la chacra y de sus hijos y, una vez a flote la situación material, pensó en que debía darles una educación. Pero no había escuela en toda la comarca ni para ellos ni para los otros niños y a su iniciativa se realizó una colecta para pagar una maestra que se contrataría en el Este. Con poco esfuerzo en común se construiría una pieza de madera, donde podría funcionar la escuela. Como se propuso por la señora Cody se aceptó y se llevó a cabo. Un esfuerzo más debía hacer la empeñosa señora y era que Bill, acostumbrado a la vida excesivamente libre de futuro *frontiersman*, quisiera ingresar en ella. Tras mucho discutir y rogar, Bill se avino a ponerse a estudiar. Aducía además la madre que, como jefe de familia, debía tener instrucción.

No había reunión de tipos más díscolos que una clase de chicos de esa época y de esas comarcas. Sobre los toscos bancos de madera se sentaban, más dispuestos a hacer jarana y a reñir entre sí, que caso a la deficiente maestra que por una tristísima paga había accedido a

hacer patria en la frontera, En la mente de esos chicos no tenía cabida el concepto de disciplina ni el afán de saber. No les importaba lo que la pobre maestra pudiera pensar de ellos y las clases empezaban siempre mucho después de la hora fijada, porque cuando debían tener comienzo no habla escolares. A esto se añadía, como hemos dicho, la poca eficacia de la maestra; pero hay que tener en cuenta que no eran muchas las mujeres que se animaran a ir a dar clase en esos desiertos de los que se narraban cosas fantásticas y salvajadas al margen de la civilización. Bill Cody, a pesar de que ya había hecho experiencia de trabajo y disciplina entre los hombres, no era mejor que los demás muchachos como estudiante.

Las peleas entre ellos eran cosa de todos los días. Iban a la escuela cuando no preferían irse a cazar o pescar. La pobre maestra los castigaba sin asco, pero ellos se echaban a reír después de las palizas. En clase y en los recreos molestaban a las chicas y armaban tal alboroto que a punto ya de estallar, la maestra desalojaba el local y echaba llave a la puerta hasta el día siguiente, esperando tener un poco más de suerte.

Entre este distinguido alumnado, Bill Cody era conocido y celebrado como el salvador de todo un convoy en lucha con los indios.

Como es natural y para no perder la fama, se peleaba todos los días. Una de esas riñas cambió el curso de su vida, y tuvo como origen una pelea entre su famoso perro "Turk" que ya conocemos, y el de un compañero, no menos bravo.

El galponcito que servía de escuela estaba edificado a un par de pies del suelo. Era contrincante diario de Bill un muchacho llamado Gobel, propietario del otro can. Hallábanse un día en clase, silenciosos y aplicados durante un momento por obra y gracia de Dios, cuando oyeron unos furiosos gruñidos sordos, característicos de la lucha de perros, que se originaban en el espacio que quedaba entre el piso del galpón y el suelo. Oír la lucha de los perros fue suficiente para que todos los muchachos tiraran los libros y se echaran afuera para presenciarla. La clase se dividió en dos bandos: los que azuzaban a "Turk" y los que apostaban por el de Gobel. Venció "Turk" en breve tiempo y el otro se alejó sangrando y con el rabo entre las piernas. Su dueño, enardecido, dijo que vencer a su perro no era lo mismo que vencerlo a él y desafió a Bill a pelear. No tuvo éste más remedio que aceptar el desafío, a pesar de que Gobel era mucho más grande y de las protestas de la maestra, que imploraba de rodillas que volvieran a clase. Como hemos dicho, Gobel era más grande de tamaño y edad que Bill, por lo que éste se veía ya vencido. Pensó entonces que debía equilibrar las fuerzas y, aunque nos parezca extraño en un temperamento de lucha como el suyo, en ese momento pensó que cualquier medio era bueno para ganar la pelea. Al trenzarse a puñetazos, Bill sacó de entre sus ropas un pequeño cuchillo y lo clavó en la pierna de Gobel. Este, en cuanto vio salir sangre se puso a chillar de puro susto, diciendo que lo habían matado. El revuelo que se armó no es para contarlo y los chico corrieron a decir por ahí que Bill Cody había matado a puñaladas a Steve Gobel. Pronto llegó la noticia a oídos del padre de la víctima y como las cosas se pusieron feas para Bill, optó por disparar del pueblo por el camino principal que, casualmente, en ese momento era surcado por un convoy de Russell, Majors y Waddell, que viajaba hacia el Oeste.

El master wagon o jefe del convoy, era un viejo empleado de la compañía; se llamaba Willis y prometió a Bill protegerlo tomándolo de nuevo como "extra" y le ofreció volver con él a la escuela a darle una paliza a Gobel. En esto llegó el padre de Gobel con un grupo de hombres dispuestos a castigar al muchacho, pero cuando vieron con qué clase de sujetos tenían que vérselas, pues ya sabemos cómo las gastaban los frontiersman, optaron por volverse a sus casas.

La enseñanza de Bill quedaba por ahora interrumpida, pues volvía a ser empleado de la compañía. Durante este tiempo, Bill corrió otra aventura que a un niño de las ciudades que no haya hecho otra vida que la normal de los chicos ele su clase, le parecerá un cuento de hadas.

Librodot

Los empleados de las compañías de transporte que atravesaban las llanuras para llevar cargas al Oeste, cobraban sus sueldos mientras trabajaban. De modo que durante los crudos meses de invierno, cuando los caminos se ponían intransitables hasta para los bueyes, y se interrumpían los viajes, tenían que subvenir a sus necesidades dedicándose a otra clase de trabajos. Es así como se organizaban en esa estación grandes partidas de caza de animales de pieles finas que se vendían en los mercados de California y del Este a muy buenos precios. La caza se hacía con trampas, para no dañar las pieles. En una de esas partidas formó como cazador nuestro joven. No se anclaba en grupo para colocar las trampas, porque cada una de éstas era colocada por un hombre, lo que hacía inútil que fueran de varios. Una tarde, casi al anochecer, estaba agachado Bill armando una trampa para castores, cuando al levantar la cabeza vio que muy cerca de él estaban parados mirándolo, tres indios, llevando cada uno un pony cargado de pieles. El que parecía ser el jefe levantó el rifle para tomar con toda calma puntería a la cabeza de Bill, creyendo que ante la sorpresa, éste no reaccionaría a tiempo. Pero la rapidez mental y de mano del muchacho era más de lo que el indio podía imaginar y antes de que hubiera salido un tiro de su arma estaba en el suelo herido de muerte por una certera bala de Bill. La sorpresa dejó atónitos a los compañeros, que reaccionaron tarde, pues el revólver del corajudo Bill no tardó en funcionar hiriendo a otro de los indios. El tercero, incomprensiblemente asustado, huyó dejando en el lugar los *ponies* cargados, como rico botín del vencedor. Desde unas cuantas yardas se dio vuelta y disparó una flecha hacia Bill, que no dio en el blanco. El hombre se había dado cuenta de que al disparar el rifle y el revólver las armas de Bill habían quedado descargadas y se dispuso a iniciar una lucha cuerpo a cuerpo allegándose al muchacho. Pero la astucia de éste era mucha. Se puso a gritar mirando hacia el cercano bosquecillo: "Vengan, vengan, aquí está", con lo que el indio creyó que su antagonista no estaba solo y huyó alejándose definitivamente del lugar.

En otra oportunidad, como sus habituales compañeros no quisieron salir a cazar y a él le resultara muy rendidos el trabajo, pues le permitía enviar buenas sumas de dinero a su madre, organizó una expedición para cazar castores, con su amigo David Phillips. Uncieron una yunta de bueyes a una carreta y llegaron hasta cerca del fuerte Leavenworth. Allí acamparon y en una cueva que el tiempo había practicado en un cerro instalaron su morada.

Inmediatamente después de instalados, salieron a colocar las trampas, pues vieron que el lugar era propicio para la caza de castores por la crecida cantidad de madrigueras que hallaron. La comarca era por demás peligrosa y a cada momento los dos muchachos estaban corriendo el albur de toparse con indios, perder el cuero cabelludo, y ser abandonados a las fieras o a los cuervos. Pero los muchachos, conocedores de esos peligros, no se descuidaban. Caminaban con toda clase de precauciones y examinando cuanto arbusto o terrón hallaran a su paso, por si delataba a sus ojos expertos la presencia de un indio. Ningún indicio de esta naturaleza hubiera pasado inadvertido para la agudeza de su vista y la intensidad de su experiencia, así como descubre un viejo marino un barco donde los demás no ven más que una nube. Una ligera mancha en una hoja, que no fuera el color natural de la estación o una marca casi invisible en la tierra indicaba la presencia del ser humano o la acechanza de una fiera.

Durante varios días, los muchachos trabajaron con sus trampas, sin que fueran molestados por nada ni por nadie. Una noche acababan de comer cuando fue llamada su atención por el ruido que producía la intensa agitación de los bueyes. Corrieron al corral de éstos, armados de sus rifles y vieron que uno de ellos estaba a punto de ser atacado por un oso. Phillips disparó un tiro, con el que sólo llegó a herir a la bestia, lo que la enfureció más y se abalanzó sobre el muchacho en el preciso instante en que Bill hacía fuego consiguiendo matarla. El pesado cuerpo del plantígrado cayó sobre Phillips y Bill pudo sacarlo de debajo con mucha faena.

Librodot

El momento de devolverle el servicio le llegó bien pronto a David, pues al día siguiente Bill resbaló al saltar una zanja y se rompió una pierna. David lo llevó cargado hasta la cueva que les servía de vivienda y le entablilló la pierna fracturada con unas leñitas. Luego se sentaron a deliberar sobre lo que convenía hacer. La chacra más cercana distaba más de cien millas de allí; Bill no podía hacer a pie esa distancia con la pierna rota; su compañero no resistiría llevarlo cargado y de los dos bueyes, uno se había matado al querer huir del oso golpeándose contra los árboles del corral natural que ellos le habían improvisado al uso de las llanuras y el otro quedó tan estropeado que hubo que rematarlo a tiros. La situación parecía no tener salida; sin embargo, había que hallarla, porque las provisiones no podían durar indefinidamente y concluirían por morirse de hambre antes de que la pierna de Bill tuviera fuerzas suficientes para caminar cien millas. El carácter resuelto de los dos amigos adoptó pronto un temperamento. Phillips partiría sin pérdida de tiempo y caminaría las cien millas en busca de auxilio, mientras Bill permanecería en la cueva esperando su regreso. Una vez tomada la decisión no esperaron un segundo para ponerla en ejecución. Repartieron las provisiones, que apenas les alcanzarían para la duración calculada del viaje con el auxilio de regreso. Antes de partir, Phillips acomodó lo mejor posible a su amigo y poniéndole al alcance de la manó todo lo que pudiese necesitar, se despidió de é1 estrechándole fuertemente la mano.

Los dos primeros días fueron terribles para el pobre Bill. Entre el dolor y la soledad se sentía el más desgraciado de los mortales y no tuvo ánimo ni para comer. Luego se fue serenando y vio pasar los días con cierta tranquilidad y esperanza.

Llevaba la cuenta de los días cortando y poniendo aparte todas las mañanas un trocito de madera. Al cabo de quince días de quietud, la pierna había mejorado bastante y pudo llegarse hasta la entrada de la caverna y echar un vistazo al exterior, lo que representaba r gran alivio para su soledad.

Habían calculado que el viaje de ida y vuelta llevaría a Phillips por lo menos treinta días, que a Bill ya se le estaban haciendo interminables a pesar de que muchas de las horas las pasaba leyendo algún libro de los que su madre nunca dejaba de ponerle entre las provisiones o la ropa. Hallábase leyendo un día muy abstraído cuando al levantar los ojos vio, con la consiguiente sorpresa, que de pie frente a él había un indio con vestiduras de guerra que lo miraba fijamente. Detrás de este indio entraron en su caverna unos diez o doce más. El muchacho creyó llegada su última hora, pues sabía que los indios frente a un blanco indefenso como él estaba en ese momento, no solían perder el tiempo en contemplaciones sino que lo despachaban en el acto o le arrancaban vivo el cuero cabelludo. Sin embargo, éstos lo miraban sin dar señales de hostilidad mayor. El que evidentemente era el jefe del grupo, le dijo con voz gutural y señalándole la pierna:

-¿Cómo?

Bill, tal era su aturdimiento, le contestó: "¿Cómo?", mientras su imaginación trabajaba febrilmente pensando en alguna estratagema que le salvara la vida o, por lo menos, que se la prolongara durante unos segundos más. De pronto, entre el grupo de indios vio a uno llamado "Rain-in-the-face"[26] del cual se había hecho amigo de una manera que los pieles rojas jamás olvidan. Parece que cierta vez, Bill había hallado al indio tirado en el campo, medio muerto de hambre, afiebrado, y le había dado de comer y tapado con una manta, alejándose después. El muchacho, buen conocedor de las costumbres indias, pensó sacar el mejor provecho posible de la situación, pues aquéllos son, en realidad, muy agradecidos. Comenzó por mostrarles la pierna entablillada y a relatarles cómo se la fracturó, con minuciosos detalles; después se dirigió a "Rain-in-the-face" recordándole el episodio de cuando lo halló casi

[26] Lluvia en la cara.

moribundo, haciendo hincapié en el hecho de que entonces él pudo haberlo matado y no lo hizo sino que, por el contrario, le salvó la vida. "Rain-in-the-face" recordó el hecho y después de hablar un largo rato con el jefe, dijo a Bill que ellos habían salido a buscar cabelleras pero que por esta vez lo perdonarían, si bien era cierto que su agradecimiento tenía un límite. Revisaron luego la cueva, cargaron con todo lo que para ellos podía tener algún valor y se fueron, dejando, sin embargo, a Bill una pequeña cantidad de alimentos. El muchacho estaba tan contento de haber salvado la vida, que no se dio cuenta de que lo que le habían dejado sólo le alcanzaría para unos pocos días y que si no llegaba pronto un auxilio, se moriría de hambre.

Esta visita de la que con tanta suerte salió ileso, se produjo a los diez días de haberse ido Phillips y la comida, ya insuficiente para él solo hasta el regreso de su compañero, había quedado reducida a una cantidad mínima. Debió entonces racionar hasta no comer casi nada, para que le alcanzara algo hasta el final.

Pero no pararon ahí las penurias del pobre muchacho, pues a los pocos días de dicha desagradable visita, cayó una tormenta de nieve de tal intensidad que tapó la entrada de la cueva que le servía de vivienda. Esto le pareció el fin de todas las esperanzas; no tenía luz ni fuego y sí muy poco que comer y frío intenso, que se hacia aún más insoportable debido a la debilidad e inmovilidad en que se hallaba. Así pasaron tres semanas infernales ¡y Phillips sin volver! Su desesperación llegó a tal punto que por momentos creyó volverse loco. Habían transcurrido ya veintiocho días de soledad y no le quedaba más que un mendrugo para comer como todo alimento. Calculó que sin comer absolutamente nada podría aguantar todavía unos tres días, pero su estado de debilidad era tan grave que estaba seguro que le quedaban pocas horas de vida. El día vigésimonoveno, ya en el colmo de la desesperación, se acurrucó en un rincón de su triste cabaña y se dispuso a entregar su alma a Dios. En eso creyó -oír su nombre pronunciado desde fuera, pero su mente ya había perdido lucidez y no supo darse cuenta si soñaba o si realmente lo llamaba un ser existente. Sólo pudo, y eso como reacción refleja, exhalar un débil gemido que era lo único que necesitaba el de afuera para orientarse respecto a la entrada de la cueva, que la nieve impedía ver. Entró Phillips -pues era él- y arrodillándose al lado del infeliz Bill lo sacudió para reanimarlo. El muchacho abrió los ojos y al reconocer a su salvador, sus nervios cedieron y cayó inerte. Fue sacado del antro más muerto que vivo. Pero vivía y estaba destinado a vivir una vida agitada como pocas.

Estas cosas que acabamos de narrar y que más parecen cuentos fantásticos que acontecimientos históricos, son accidentes en la vida de un niño de menos de quince años y que lo prepararon para hacer de él un hombre de suma utilidad en las luchas de las llanuras y en la guerra civil. Llegó a ser uno de los más hábiles *frontiersmen*, guía y scouts de los Estados Unidos, cuando todavía estaba en edad de ir al colegio.

CAPITULO 3
LA VIDA DE UN CORREO A CABALLO

Al declararse la guerra civil, Bill Cody carecía de edad para alistarse en las filas regulares. En ningún regimiento lo aceptaban y además, su madre rogó que permaneciera en casa para atender a las necesidades de la familia. Para la vida que Bill había llevado hasta ese momento era difícil acceder a esos pedidos maternos, a pesar de lo cual prometió a su madre que no intentaría alistarse en el ejército mientras ella viviese. Pero como no podía permanecer

inactivo y debía ganar dinero, se unió a unos cuantos arriesgados pioneers del desierto, de cuyas hazañas se hablará mientras haya una historia de los Estados Unidos.

La firma Russell, Majors y Waddell, que ya conoce el lector, continuaba progresando en sus negocios porque todavía era la única que se dedicaba al transporte regular y con alguna garantía, entre el Oeste y el Este. Ellos habían sido los iniciadores de esa ruta y su importancia adquiría mayor relieve a medida que aumentaban los volúmenes del tráfico entre los dos extremos del país. Así fue que los medios de comunicación entre ambas regiones de Estados Unidos, no estaban, al llegar determinado momento, de acuerdo con la importancia económica, social e intelectual de las ciudades respectivas. Las dos mil millas de tierras desoladas, se recorrían una vez al mes y cuando mucho dos, por carretas pesadísimas tiradas por bueyes, que tardaban días y semanas en llegar de un centro a otro. Poca importancia tenía esa lentitud de mercaderías generales, pero sí la tenía, y mucha, en lo que se refería a correspondencia, oficial o comercial, dinero, drogas medicinales, contratos y toda clase de documentos y papeles. Fue por eso que los dueños de la empresa de transporte de Russell, Majors y Waddell organizaron con gran visión comercial, un servicio de mensajerías a caballo, que recorría esas dos mil millas que median entre Saint Joseph y San Francisco, en postas de a quince millas para cada caballo y de a tres postas por día para cada jinete, lo que representaba cuarenta y cinco millas diarias de ida y cuarenta y cinco de vuelta que los esforzados correos deberían cumplir. Para eso, la compañía instaló cada quince millas una estación con la necesaria provisión de caballos de manera que cada correo, al llegar a una de ellas, no perdiera tiempo en espera de que le prepararan su monta para seguir viaje hasta la próxima posta. Obvio es decir que el correo debía ser hombre muy de a caballo y éste de mucho aguante y velocidad. La ruta era la misma de las carretas y muchas de las postas estaban instaladas aprovechando las estaciones de los convoyes, otras en pueblos, pero las más en cabañas construidas al efecto en las llanuras.

A veces los correos se veían obligados a hacer veinticinco millas en una hora, cuando hallaban buen terreno, recuperando así el tiempo que perdían en las cuestas, en los bosques, en los pantanos y entre las piedras con que después de un temporal se cubrían los caminos. Estos correos estaban bien pagados, pues recibían un sueldo de ciento veinticinco dólares por mes, pero también las exigencias eran muchas y la responsabilidad y el peligro, más todavía:

Las piezas de correspondencia se llevaban en carteras especiales que colgaban de la cintura del correo, con un peso máximo de veinte libras. Con el objeto de aprovechar bien el peso permitido, la misma compañía de expresos a caballo ("Pony Express", como se la llamaba) hizo preparar papel especial muy liviano, de seda, para las cartas y para los documentos que lo permitiesen. Las carteras impermeabilizadas y una vez cerradas con llave en Saint Joseph (Missouri), no se abrían sino en Sacramento de California, dos mil millas al oeste.

El día de la inauguración de los correos a caballo hubo gran agitación en las cercanías ele donde la firma Russell, Majors y Waddell tenía su sede, mucho antes de la hora fijada para la partida del primer correo. Cientos de hombres y mujeres prorrumpieron en vítores al aparecer el primer pony listo para lanzarse a través del desierto. Los vítores se repitieron con más fuerza aún al salir a la calle el primer correo y echar la cartera sobre el lomo del caballo. Montó de un salto y arrancó a todo galope seguido del clamoreo popular. Esto sucedió el 3 de abril de 1860.

El nuevo servicio empleaba diez días para recorrer las dos mil millas de sus dos cabeceras, lo que representa un promedio de doscientas millas por día. Andando el tiempo se llegó a hacer en nueve días.

Se marcó un record de velocidad en el viaje que llevó a California el texto de un discurso del presidente Lincoln, que llegó allá en siete días y diecisiete horas.

Librodot

A las oficinas del "Pony Express", "correos a caballo", de la firma Russell, Majors y Waddell, fue a ofrecer Bill sus servicios, ya que había prometido a su madre no servir en las filas del ejército.

Allí le dijeron, como en otra oportunidad, que era muy joven -ya sabemos que tenía sólo quince años-, pero él insistió y como ya había adquirido fama de audaz, fuerte y valiente, lo tomaron para una de las postas que por razones especiales habíanse establecido más cortas que las otras, tocándole recorrer por día setenta millas de ida y vuelta contra noventa que hacían los demás correos. Bill cumplió con su trabajo demostrando que todavía le quedaba chico en cuanto a las condiciones generales que se requerían para efectuarlo. Trabajó durante tres meses con el beneplácito de sus empleadores, y llegó a ser el más perfecto *frontiersman* de todos los correos a caballo de Russell, Majors y Waddell.

Pero no sólo aguante y pericia se requería del correo. A lo largo del camino existía, constante, el peligro de verse atacado por indios o asaltantes blancos radiados de la civilización y que sabían que en la cartera del correo, frecuentemente había dinero.

Paso mucho tiempo sin que Bill tuviera que afrontar ningún incidente de éstos, pero llegó el momento. Un día descendía una quebrada a todo lo que daba su caballo, cuando en un estrecho camino le salió al paso un hombre amenazándolo con un rifle, si no hacía alto. Tomado tan de sorpresa, Bill se dio cuenta de que no tenía más remedio que detenerse y esperar los acontecimientos, mientras pensaba se le ocurriera alguna forma de salir de la dificultad.

Era un hombre de su propia raza, un desesperado fuera de la ley. Al detenerse Bill, el hombre se adelantó hacia él, mientras le iba diciendo que no quería hacerle daño personal pero que le entregara la cartera, pues sólo le interesaba el dinero que pudiera haber en ella. Bill seguía montado en su pony, quieto y alerta en espera de una oportunidad. El asaltante, al verlo en actitud tan sumisa, se fue acercando cada vez más confiado, lo que permitió que el avisado *frontiersman* echara mano de un ardid que ya había usado alguna vez. Con un oportuno golpe de espuelas y un tirón de brida, hizo que el caballo se levantara sobre las patas traseras, dando con las delanteras un golpe en la cabeza del bandido, que lo dejó sin sentido en el suelo. Bill sabía que muy cerca debía estar el caballo de su asaltante y desmontando, ató al hombre de pies y manos y fue a buscarlo. Se apoderó del caballo que el hombre había escondido entre unos arbustos y volvió con él donde su asaltante yacía por tierra, aunque ya recobrado el sentido. Lo obligó a montar y atándolo sobre la montura, lo hizo cabalgar delante de sí. Claro está que la conducción del preso retardó esta vez la llegada del correo, pero fue celebrada la hazaña de conducir la correspondencia sin daño, con el añadido de un perseguido por la justicia.

Al cabo de unos meses de trabajo tan intenso, sobre todo tomado tan a pecho como cuanto emprendía, Bill llegó a sentirse fatigado, por lo que sus empleadores lo pusieron de supernumerario, es decir, que quedaba alas órdenes de la compañía para suplir faltas o para servir en casos de emergencia.

Pero su espíritu no le permitía dejar durante mucho tiempo inactivo el cuerpo. Pronto se consideró descansado y volvió a pedir trabajo efectivo en los "pony express" de Russell, Majors y Waddell. Se dirigió directamente a uno de los encargados de posta, que él sabía incapaz de negarle nada. Se llamaba Slade y era el agente de la posta situada en el fuerte Laramie. Slade lo miró, lo contempló largo rato y a pesar de los antecedentes servicios cumplidos en la compañía, insistió en que era muy muchacho para tomar una posta tan larga como la que él tenía a su cargo.

Sin embargo, ante la insistencia de Bill, lo tomó, dándole trabajo efectivo en la posta que iba a Red Buttes hasta un lugar denominado "Three Crossings", entre los que mediaba una distancia de setenta v seis millas.

Durante mucho tiempo, el esforzado muchacho cumplió el recorrido sin tropiezos dignos de mención. Un día, el correo encargado de la posta siguiente, que medía ochenta y cinco millas, tuvo un encuentro con un grupo de indios y llegó herido a la estación en el momento en que debía tomar la valija de Bill. Este se ofreció a seguir viaje en su lugar y el agente de la posta, no teniendo otro correo a su disposición, aceptó el abnegado ofrecimiento del muchacho, que debió cumplir las ochenta y cinco millas del compañero, y que, sumadas a las que acababa de hacer, ascendían a ciento sesenta y una millas, es decir, la friolera de trescientas veintidós millas de ida y vuelta, sin detenerse más tiempo que el estrictamente necesario para cambiar los veintiún caballos que empleó en el viaje más largo que efectuara jamás ningún correo de la compañía.

Estos tiempos de trabajo transcurrieron sin novedad, tan sin novedad que como hecho saliente se narra el encuentro de Bill con un tipo que le salió al paso al voltear un recodo del camino, ante cuya aparición el muchacho sacó prestamente su revólver dispuesto a pegarle un tiro al primer movimiento sospechoso. Pero el hombre dejó caer al suelo el rifle que llevaba en las manos y se adelantó en actitud amistosa. Resultó ser un personaje famoso en las llanuras, al que llamaban "California Joe" y que le preguntó si era Bill Cody y le contó que estaba prófugo porque había tenido una discusión con dos sujetos, viéndose en la obligación de despacharlos por incomprensivos...

Acababa de llegar un día a una posta, cuando el encargado de ésta le pidió que saliera a investigar sobre la presencia de indios en los alrededores. Eso variaba algo la rutina de los días de trabajo normal y no se hizo repetir el pedido.

A poco de cabalgar, siempre bien alerta, vio en lo alto de unas rocas algo que le llamó la atención. Por lo pronto, se dio cuenta de que algo había allí fuera de lo normal. Su vista habituada a descubrir las cosas donde nadie las hubiera visto, le hizo notar un pequeñísimo objeto de color en el que, sin necesidad de detener el caballo, adivinó la pluma de las que usan los indios en su indumentaria guerrera. No se detuvo, como decimos, ni dio señales de haber visto nada raro. Siguió galopando unos cuantos metros y de golpe desvió el caballo en el preciso momento en que, de detrás de esas rocas salía un tiro que pasó muy cerca del sitio en que él se hallaba en el instante en que el agresor apretaba el gatillo. Dos indios hicieron su aparición al momento, y más allá vio Bill otro pequeño grupo. Comenzó así una carrera por la vida.

Al llegar al final del valle donde éste se estrechaba formando una garganta, vio que allí había un grupito de tres indios dispuestos a cerrarle el paso. Por suerte para él, no tenían armas de fuego pues los vio armar los arcos. Entonces espoleó a su caballo y se echó sobre ellos como una exhalación. Cuando estuvo lo suficientemente cerca -y todo pasó en un par de segundos- como para no errar el tiro, hizo fuego con el revólver apuntando al que por sus vestimentas parecía ser el jefe, y lo volteó del caballo. Le había pegado un tiro en la cabeza.

Cuando llegó a la estación, vio que su caballo tenía dos flechas clavadas en las ancas.

Desde entonces fueron algo más que frecuentes los correos asaltados por indios en los caminos, llegando la situación a tal punto que hubo que suspender el servicio de correos a caballo, quedando otra vez sin trabajo fijo el esforzado Bill Cody. En mérito a sus valiosos servicios, quedó como suplente para el trabajo en los convoyes, y como pasaban días y hasta semanas enteras en que no tenía nada que hacer, los dedicaba a la caza de animales cuyas pieles vendía, con lo que obtenía sumas mucho más halagadoras que como correo a caballo. Pero el desinterés de su espíritu romántico lo hacía preferir este último trabajo a aquél porque servía mejor a la patria y a sus semejantes. .

Andaba reconociendo un día el terreno para elegir los sitios donde armar sus trampas, cuando cerca de un arroyo oyó ruidos que acusaban la presencia de caballos. Los buscó y

resultó ser un grupo de bandoleros. Se puso a observarlos oculto detrás de unos arbustos, pero lo descubrieron.

Le resultó imposible convencerlos con palabras que no era un scout policial que anduviera siguiendo sus huellas. Le preguntaron de dónde venía y que dónde había dejado su caballo. Les contestó la verdad, que lo había dejado unos cuantos metros más allá, del otro lado del arroyo. Para cerciorarse de que el muchacho no les mentía lo mandaron con dos de ellos a buscarlo, dejándoles él en rehén su rifle, como seguridad de que volvería. Al llegar donde había dejado a su caballo, Bill rogó a sus acompañantes que mientras él recogía la caza que hubiera caído en las trampas durante su ausencia, uno de ellos fuera en busca del caballo. Accedieron y Bill se quedó con uno solo, al que empujó barranca abajo, rodando por ella sin sentido. El que había ido a desatar el caballo, se dio vuelta a tiempo para ver rodar al compañero, pero antes de que hiciera el menor movimiento, el revólver de Bill estaba haciendo fuego con certera puntería. Corrió veloz hasta su pony y de un salto montó sobre él y salió a toda carrera. Muy pronto el resto de la banda de asaltantes estuvo en su persecución. Se dio cuenta Bill que en poco tiempo le darían alcance, pues su caballo estaba rendido y por el contrario, los de los bandidos parecían estar bien frescos; de modo que echó mano de una estratagema. Al voltear un recodo del camino, desmontó, y palmeando el pony lo hizo correr por la quebrada, quedando él escondido en observación de cómo seguía el grupo en tenaz carrera tras las huellas del caballo sin jinete. Volvió a la estación de la posta a pie, donde narró su aventura.

En el año 1863, hallándose la guerra civil en su punto crítico y teniendo Bill diecisiete años de edad, recibió la triste noticia de que su madre se hallaba moribunda. Volvió a escape a su casa y llegó a tiempo para verla expirar. Después del entierro, las hermanas de Bill se preguntaban qué iba a ser dé ellas, cuando él las sorprendió con la noticia de que se alistaría en el ejército del norte. Les explicó que no lo había hecho hasta entonces cumpliendo una promesa dada a su madre, pero ahora que ella ya no existía, se consideraba libre de compromisos.

Sentó plaza en un regimiento que inmediatamente fue despachado para el frente, y como era conocida su condición de eximio scout, se le encomendó una misión especial. Su fama de llanero había llegado a los cuarteles mucho antes que su persona.

Fue designado para llevar despachos al fuerte Larned y muy pocos días habían transcurrido desde el comienzo de este servicio, cuando le tocó vivir una de las muchas aventuras de su vida.

Los civiles que habían volcado su apoyo a' los que defendían la esclavitud ayudados por los ejércitos del sur, no habían olvidado el odio que prodigaron al padre del muchacho desde los tiempos de su primera instalación en la frontera. Sentían aún el resquemor de las violentas discusiones y el fracaso de las tentativas por concluir con la vida del padre. Algunos de los hombres de aquellos tiempos, sabedores de la misión que se había confiado al muchacho, se propusieron tenderle una emboscada en uno de sus viajes al fuerte Larned. La prepararon en el recodo de un arroyo, que forzosamente debía vadear Bill en su viaje. Escondieron los caballos en un cercano bosquecillo y se instalaron en una choza, esperando el momento del paso del chasqui. Acostumbrado como sabemos que estaba el valiente scout a observar vigilantemente el camino, notó antes de llegar al sitio de la emboscada, raras huellas recientes de caballos en movimiento que no era el de marcha común.

Su instinto alerta lo hizo desconfiar, y desmontando siguió la dirección de las huellas, dando con cinco caballos. Era evidente que había en las inmediaciones por lo menos cinco hombres y le quedaba por averiguar sus intenciones, aunque estaba seguro que lo acechaban a él. El único modo dé saberlo era dejarse ver, pero si se trataba de él, dejarse ver representaba el peligro mismo. Le quedaba el recurso de vadear el arroyo sin que advirtieran su presencia.

Puso en práctica este temperamento y ya había iniciado con muchas esperanzas su fuga, cuando oyó unos gritos. Sin detenerse a ver qué pasaba, apuró el caballo al tiempo que se daba vuelta sobre la montura, y antes de que los que habían advertido su presencia tuvieran tiempo de ponerse en disposición de hacerle fuego, él ya había matado a uno de ellos. Siguió espoleando a su caballo y disparando tiros a la vez, pero los perseguidores, ya repuestos, contestaban a los disparos con otros, y tuvo que echarse sobre la cruz del animal para presentarles menos blanco y poder llegar con vida al otro lado del arroyo. Como los atacantes estaban de a pie, vadeando el arroyo, pronto se vio fuera del alcance de sus armas.

Al regreso tuvo buen cuidado de mantenerse alerta cuando se iba aproximando al arroyo. Esta vez no había señal alguna de enemigos y al pasar por la choza echó una mirada a su interior y vio en ella un herido. Era, sin duda, una de las víctimas de su puntería y creyó reconocer en él a un supuesto amigo de su padre. Los compañeros lo habían abandonado allí porque consideraron inútil transportarlo por el pésimo estado en que se hallaba, dejándole comida para el tiempo que consideraron que duraría. Bill le dio un poco de agua fresca y se quedó acompañándolo hasta su último momento de vida. En seguida siguió camino a Fort Larned.

CAPITULO 4
BILL CODY, EXPLORADOR

Ellos dicho que cuando Bill Cody ingresó en las filas del ejército regular no tenía aún dieciocho años de edad, pero estaba en camino de hacerse un hombre completo. No sólo en las fronteras del Oeste era conocido y famoso como cumplido *frontiersman*, sino que su nombre era familiar a los niños de las ciudades del Este, que repetían sus hazañas como se repiten las de los héroes de un país. Y ya era frecuente ver relatados sus hechos en los diarios como suele pasar con los hombres populares de todas las épocas. Esta popularidad ganada en tan buena ley, aumentó aún en los tiempos de Bill Cody, soldado.

Cierta vez, por ejemplo, el general Smith, al frente de los acantonatnientos de Memphis, le dijo que necesitaba a toda costa obtener algunas informaciones y unos determinados mapas en los que se consignaban las posiciones de una parte de las tropas confederadas y que le era difícil hallar un hombre lo suficientemente arriesgado como para penetrar, para conseguirlos, en el mismo campo enemigo.

Para Bill, la comisión no involucraba más peligro que uno de los tantos que había corrido como scout, por lo que accedió a ponerse en marcha al día siguiente. Pero quiso la buena estrella inseparable de su persona, que esa misma noche, mientras el general Smith preparaba sus instrucciones, él saliera a vagar por las inmediaciones del cuartel. Al llegar a un determinado lugar, se echó un rato a descansar sobre el pasto. En eso oyó pasos que a su instinto de hombre de la frontera le parecieron sospechosos. Sigilosamente se puso en acecho y pronto vio la sombra de un hombre que trataba de llegar al cuartel sin hacer ruido. En breves minutos estuvo a su lado, instantes que aprovechó Bill para echársele encima y apresarlo. Resultó un viejo conocido suyo; un pobre y buen hombre que había trabajado con él en la firma Russell, Majors y Waddell y que había formado en las filas de las gente del sur. En ese momento, Nat Golden, que así se llamaba el sujeto, se hallaba en misión de espionaje. Bill le quitó los papeles que le pudieran comprometer y después de leerlos, los destruyó, quedándose con algunos que le servirían, como se verá. Consideraba amigo a Golden y no

quiso delatarlo como espía, pero pensó que podía serle útil y antes de entregarlo prisionero se apropió del uniforme del confederado y de esos papeles con los que pensaba entrar en el campo enemigo. Antes de partir a la mañana siguiente, dijo al general Smith lo que había hecho y mostró los despachos que había quitado a Golden, omitiendo la mención de que el hombre era un espía, para no perjudicarlo, pues hubiera sido pasado por las armas inmediatamente.

Partió cuando el general lo hubo despachado, y al presentarse en la zona de los esclavistas, fue detenido y sometido a un interrogatorio del que salió bien. Después de desarmarlo fue llevado a la presencia del general Forrest, al que dijo que Golden había sido apresado teniendo tiempo de traspasarle los papeles que llevaba antes de caer en manos de los del norte, y de rogarle que los hiciese llegar a su poder. Tomó como muy natural la historia el general Forrest y le dijo que podía permanecer-en su cuartel unos días mientras él preparaba la respuesta a los despachos que Bill le trajera. Dos días estuvo a la expectativa de algún acontecimiento, durante los cuales observó detalladamente todo cuanto quiso de la vida en el campamento enemigo, y levantó todos los planos que se le dio la gana, sin que nadie se diera cuenta de nada. Pero cuando ya consideraba cumplida su misión y se alistaba para partir, vio, al pasar cerca del patio de la mayoría, al propio Goleen conversando con el general Forrest. Creyó perder el conocimiento, tal fue la sorpresa. Pero ya sabernos que no era tipo de perderlo sino que, todo lo contrario, de serenarse frente al peligro y pensar con más agudeza aún. Evidentemente, Golden había huído y era llegado el momento de obrar con la máxima rapidez si quería salvar el pellejo, pues ahora el espía era él. Se dirigió hacia su caballo, lo ensilló con aparente calma, lo montó y se fue hacia la salida del campo, llegando hasta donde estaban los imaginarias. Nadie parecía sospechar nada. Nadie le prestó la menor atención. Ya se hallaba fuera de todo peligro cuando oyó ruido de tropas de caballería. Vio que era un regimiento de confederados que iba al encuentro de las tropas ele la Unión. Pensó que si lo hallaban con ese uniforme entre ambos bandos sería considerado espía por uno y desertor por el otro. Era en verdad una situación difícil. Afortunadamente, vio cerca de sí un barril vacío y se metió dentro. Estúvose escondido un rato y. cuando dejó de oír ruido de caballería sacó la cabeza y vio que las tropas de la Unión estaban muy cerca, subsistiendo entonces el peligro de que lo tomaran por desertor. No podía presentarse ante ellas sin cambiar de uniforme. Decidió, por lo tanto, ir al cuartel y entrar en él subrepticiamente, cambiarse el uniforme y presentarse ante el general Smith. Así lo hizo con la complicidad de un centinela amigo, y a las cuarenta y ocho horas pudo hacer entrega al general Smith de útiles informaciones estratégicas y planos de verdadero valor.

Después de varias hazañas por el estilo en servicio de la patria y de la civilización, Cody fue designado para desempeñar trabajos de oficinas en Saint Louis.

No es difícil adivinar que una tarea de tal naturaleza no sería de su gusto; pero no debió hacerla durante mucho tiempo porque la guerra ya estaba prácticamente terminada y pronto se le dio de baja.

Regresó a Fort Leavenworth a buscar trabajo. Lo halló de cochero en las diligencias que habían substituido a las viejas carretas y que hacían el viaje de Saint Joseph hasta Sacramento con un promedio de diecinueve días las dos mil millas. Estas diligencias pertenecían también a la antigua firma Russell, Majors y Waddell, y aunque el viaje entre ambas fronteras se hubiera acortado bastante, no había dejado de ser tan peligroso o peor, porque a los asaltos de los indios se sumaban los de los bandidos que por esos días infestaban las llanuras. Los que tomaban el trabajo de cocheros eran muy pocos, a pesar de estar bien remunerados, Bill vio en esta escasez de hombres para dicho trabajo una oportunidad para hacerse de dinero, corriendo un riesgo que muy pocos aceptaban, y se ofreció a la firma. Ni qué decir tiene que

Librodot

fue recibido con los brazos abiertos, pues un hombre como él, no se encontraba muy fácilmente.

Las diligencias eran unos grandes coches, de construcción muy sólida para poder andar por los malos caminos de la época. Arrastradas por seis caballos, llevaban viajeros también en el techo y se viajaba tan armado como se podía, pues jamás estaba la diligencia libre de ser atacada. Cuando sucedía, el primero en morir era el conductor.

El tramo destinado a Cody era el comprendido entre Fort Kearney y Plum Creek.

A pesar de la constante amenaza del ataque de indios o bandoleros; durante el primer mes de trabajo, Bill no tuvo ningún tropiezo, salvo una vez en que su astucia burló un encuentro con los indios que esperaban a la diligencia en un determinado sitio y él cruzó un arroyo antes del lugar en que lo hacía el camino, dejando a los indios que esperaran en vano.

Pocos días después de este suceso, el encargado de Fort Keraney le comunicó que deberla hacer un viaje llevando una crecida cantidad de dinero Con destino a Plum Creek. Le encargó que se mantuviera alerta, pues no sería difícil que se hubiera corrido la voz de ese cargamento y se hubiera abierto el apetito de los asaltantes. Cody le dijo que se estuviera tranquilo.

Antes de emprender la marcha pasó revista inspeccionando a todos los pasajeros. Dos de éstos le parecieron sospechosos, agregado al hecho de que por causas no explicadas el segundo cochero no había podido partir. Con la sagacidad habitual en él para todo lo que significaba lucha, pensó que era conveniente adelantarse a los acontecimientos y decidió obrar en consecuencia. Llegados a cierto punto del trayecto, había quedado solo precisamente con los dos pasajeros sospechosos, pues los demás, llegados a sus respectivos destinos habían abandonado la diligencia. Entonces puso manos a la obra. Detuvo el vehículo y se apeó del pescante. Fingió ajustar los arneses de uno de los caballos y volviendo al coche abrió la portezuela y pidió si alguno quería ayudarle en la tarea. Ambos pasajeros se comidieron, disponiéndose a descender a tierra. Ese fue el momento en que Bill, extrayendo rápidamente su revólver, los amenazó y los desarmó en menos que canta un gallo. Con la misma rapidez y habilidad los ató de pies y manos y los tiró sobre el piso de la diligencia, reanudando la marcha. En el trayecto, cuando aún iban otras personas en el vehículo y la conversación era general Bill había oído algo que le hizo suponer que esos individuos pertenecían a una banda. Estaría ésta, seguramente, apostada en cierto lugar que él sabía muy a propósito para el caso. Y también se trazó un plan que empezó a ejecutar en cuanto llegó a la primera posta, donde dejó a sus prisioneros, continuando en seguida su camino. Poco antes de llegar al sitio donde estaba seguro que sería atacado, detuvo la diligencia, descendió del pescante y cortando el almohadón de sus asientos guardó en su interior el dinero que llevaba. Luego, siguió viaje.

Poco había andado cuando, según sus previsiones, al cruzar un bosquecillo, le salió al paso un grupo de hombres con evidentes malas intenciones. Le dieron el alto y de inmediato comenzaron a registrar el interior de la diligencia en busca del dinero cuya existencia conocían. Cody les preguntó con el aire más compungido que pudo adoptar, si lo que buscaban era el dinero de cuyo transporte había sido encargado. Ante la respuesta afirmativa de los bandidos les dijo que no se afanaran en buscarlo, pues ya había sido despojado de él por un par de tipos que se les habían adelantado, fugando en una dirección que les indicó con el propósito de que se extraviaran. Le preguntaron los bandidos por las señas de sus asaltantes y Bill les dio exactamente las de los dos sujetos que dejara prisioneros en la posta. No dudando los bandoleros de que habían sido burlados por sus propios compañeros, abandonaron a Bill y se echaron a correr en la falsa dirección que éste les diera, en busca de los compañeros alzados.

Bill llegó sin más tropiezos a su destino, con el dinero íntegro...

Librodot

CAPITULO 5
BILL EN EL EJERCITO CONTRA LOS INDIOS

Después de la guerra de la Independencia y de la Civil, el hecho más saliente de la historia de Estados Unidos es la larga campaña realizada para detener las avanzadas de los indios del oeste.

Estos habían sido empujados de sus tierras natales poco a poco a medida que avanzaba hacia el oeste la civilización del este, y se habían refugiado en lugares que el hombre blanco no se había aventurado todavía a reconocer: era en el llamado Gran Desierto Norteamericano y en las Montañas Rocallosas. Vivían en numerosas tribus y se alimentaban de la caza y de la pesca. Y no sólo peleaban al blanco en cuanta oportunidad se les presentaba, sino que los buscaban incesantemente, acercándose como topos a las poblaciones y a los campamentos, o preparándole emboscadas a las caravanas que se aventuraban a atravesar las dilatadas llanuras.

Sucesivos gobiernos se habían propuesto destinarles una región para colonizar en distintos puntos del país, dándoles útiles de labranza, semillas, caballos, bueyes, y todo lo que necesitaran para las faenas agrícolas o ganaderas. Estos sitios eran llamados "Reservas indias", algunas de las cuales todavía existen. Pero en esa época de Bill Cody que estamos narrando -es decir, entre los años 1870 y 1880- los indios estaban en estado demasiado primitivo para transacciones de ninguna clase y mucho menos para aceptar la tutela del Estado para formar colonias; querían vivir libremente y no querían saber nada de restricciones. No querían ser chacareros ni agricultores. Su vida era cazar, pescar y matar búfalos o venados, que era para lo que habían nacido. No podían ser como el hombre blanco ni querían serlo, y el resultado fue la lucha incesante que terminó con el exterminio de la gran mayoría de ellos y quebrando el espíritu de los que fueron sobreviviendo. La guerra entre el blanco y el indio no tuvo movimientos estratégicos y grandes batallas; fue toda de escaramuzas, encuentros aislados, emboscadas, guerrillas y combates individuales.

Famoso fue, sin embargo, el desastre ocurrido al ejército del general Custer, cuya tropa fue aniquilada en un punto denominado "Little Big Horn". fue ésa, precisamente, la época en que Bill Cody hizo el mayor despliegue de habilidades luchando como scout en las campañas contra los indios y como conductor de los convoyes que la firma Russell, Majors y Waddell enviaba al otro lado del desierto. Las hazañas y las heroicidades de Bill Cody en esos días suman cientos.

El general Sheridan, al mando de las tropas enviadas a sofocar uno de los tantos levantamientos indios, lo puso al frente de la compañía de scouts, donde, al mismo tiempo que una brillante acción personal, Cody preparó con el más lisonjero de los éxitos a los soldados que deberían afrontar los golpes arteros de los indios sioux, que eran los más rebeldes e indomables de todas las tribus que poblaban el desierto. Data de esa época el sobrenombre de Buffalo Bill que le dio el pueblo y la posteridad y cuyo relato de la forma en que lo ganó es interesante hacer. Cody había sido siempre buen tirador, no sólo por la exacta puntería sino que también por la rapidez de sus tiros. Su pericia en el manejo de las armas de fuego le había salvado la vida varias veces. Sabemos que cuando no tenía misión oficial que cumplir, su deporte favorito era el de la caza de búfalos, que realizaba a caballo, de una manera original por él ideada. Consistía en arrear la manada de búfalos a un sitio desde el cual pudiera hacer fuego en cualquier dirección sin peligro de herir a nadie y valiéndose de la eximia puntería entrar a caballo en medio del rodeo de búfalos y comenzar a hacer fuego a

cuanto animal alcanzara, tratando de dar en la única parte vulnerable del fuerte bovino, pues en las demás se le pueden meter cientos de balas sin que quede algo más que herido. Los hombres de la pradera estaban habituados a ver a Bill Cody hacer una carrera por entre una manada de búfalos y disparando a diestro y siniestro dejar tendidos unos diez o doce de ellos en pocos minutos. Pues volviendo a la forma en que ganó el sobrenombre de Buffalo Bill, diremos que fue en campal justa de cazador de búfalos.

Había en la región un individuo llamado William Comstock que gozaba de bien ganada fama de matador de búfalos. Habiendo llegado a sus oídos lo que se decía de Cody sobre su eficacia como tal, le mandó decir que si quería mantener un desafío él estaba dispuesto a medir sus fuerzas. Se discutieron los términos de la apuesta y se estableció que el que matara en menos tiempo el mayor número de búfalos sería el vencedor y tendría derecho al título. El lugar elegido fue una pradera cercana a Sheridan, en Kansas, donde solían reunirse numerosas manadas atraídas por los buenos pastos. El día de la apuesta no faltó una sola persona que se hallara en condiciones de trasladarse al lugar en que se realizaría. Designados los jueces y todo listo para la contienda, hubo que esperar más de una hora para que se reuniera el número necesario de bestias. Cuando llegó el momento cada uno de los cazadores trabajó por su lado y con sus métodos. Cody, en el mismo tiempo, mató treinta y ocho contra veintitrés de Comstock y el espectáculo que ofrecían esos sesenta y un animales tendidos en la pradera, era digno de verse.

Era el mediodía y se ofreció un almuerzo, después del cual, y tras un buen descanso, se reinició el original torneo. Ya no hubo lugar a dudas sobre quien recaería el título, pues Cody volvió a vencer matando dieciocho animales y Comstock sólo catorce. Desde ese día hasta el presente, nadie ha discutido a Bill Cody el nombre y el título de Buffalo Bill.

Es poco menos que imposible relatar los mil episodios en que se vio envuelto Bill cuando llegó a ser designado coronel del ejército regular de Estados Unidos. Por sus conocimientos específicos se le puso al frente del arma de Scouts, en cuyo desempeño puso de manifiesto la imposibilidad de prescindir de dicha arma en la lucha en el desierto. Los entendidos, después de la eficacia del rendimiento que le hiciera dar Cody, opinaron que si el general Custer hubiera tenido en su ejército un regimiento de scouts, la masacre que lo aniquiló en Little Big Horn, no se hubiera producido.

De paso vamos a narrar una anécdota de cuando fue juez de paz. Hacía muy poco tiempo que ejercía el cargo y no estaba muy acostumbrado a los formulismos, que bien nos imaginamos ya que no eran de su especialidad, cuando se le apersonó una pareja de enamorados que quería casarse. Bill leyó las palabras de rigor y al llegar al final, ante el asombro y la risa de los circunstantes, dijo solemnemente:

-Lo que Dios y Buffalo Bill ha unido nadie separe...

Durante los brillantes años en que trabajó como scout en las campañas contra los indios, el gran rastreador del Oeste se hallaba constantemente en apuros de dinero. Solía decir -y era rigurosa verdad- que no había nacido ni tenía condiciones para financiero. Cuando tenía dinero lo gastaba como un caballero, no importándosele nada la cantidad que fuera. Cierta vez en que se encontraba en gran aprieto, se le ocurrió llevar al teatro, para representarlas él mismo, las costumbres de los llaneros. Presentó su idea a un conocido empresario de circo que la aceptó en el acto.

El propio Cody escribió los puntos sobre los cuales un escritor desarrolló el argumento y los diálogos de la pantomima. La primera representación tuvo lugar en Rochester y cuando salió Bill al ruedo con dos amigos más, llaneros como él -pues el empresario quiso que para dar más realidad a la representación no tomaran parte en ella actores profesionales-, cuando apareció en escena Bill con sus amigos, decíamos, fue tal la nerviosidad que se apoderó de los tres, que se quedaron mudos ante el auditorio que llegó a impresionarse tanto como ellos

Librodot

mismos. El empresario, hombre habituado a estos percances de la emoción de los primerizos, viendo que la parálisis que había atacado a sus actores amenazaba con hacer terminar la representación de mala manera, se adelantó y comenzó a hacer preguntas a Bill sobre la vida en el desierto, a lo que nuestro hombre, ya serenado por la actitud del empresario, contestó sin tropiezos. A las preguntas siguieron las demostraciones prácticas sobre usos y costumbres de *frontiersmen* e indios. A medida que aumentaba el entusiasmo de Bill aumentaba el éxito del diálogo, en el que pronto tomaron parte los otros actores aficionados; y lo que empezó prometiendo ser el más estruendoso fracaso, terminó en un éxito clamoroso. Por cierto que de lo que se había escrito no figuró nada en toda la representación. Pero no era precisamente eso lo que había idearlo Bill, que pensó llevar a escena una cosa armónica, con varios personajes y argumento dramático. Al cabo de unos años hizo una reconstrucción de aquella primera representación contando esta vez con unos cuantos indios amigos y varios *frontiersmen*. Esta vez obtuvo un éxito normal, sucediéndose las representaciones durante cinco años en distintas épocas y por todas las ciudades y pueblos de Estados Unidos. "*The scout of the plains*"[27] era reclamada incesantemente desde todos los ámbitos del país. A veces, hallándose en jira por alguna comarca cercana a la frontera del Oeste, Cody recibía un pedido de socorro de algún piquete de tropas o de algún convoy a punto de ser atacado por los indios, y allá se iba el festejado primer actor abandonando a la "troupe", que debía esperar su regreso para continuar las representaciones. Muchos de estos raids los hacía Cody acompañado de varios de los actores que representaban con él "The scout of the plains" y era curioso ver en tales casos a los hombres de la ficción en plena realidad.

Fue por estas circunstancias que se le ocurrió a Bill Cody mostrar la vida de la frontera en toda su amplitud y detalle. Para ello necesitaba aumentar el número de los componentes de su compañía y contratar indios de diversas tribus, montar convoyes, aldeas y todo lo necesario para los trabajos del campo y de la lucha contra los indios; es decir, un circo de enormes proporciones. Así podría el pueblo de Estados Unidos comprender los sacrificios que habían hecho y hacían aún los hombres, mujeres y niños que poblaron la inmensa llanura central del país, conquistándola para la civilización y para siempre.

CAPITULO 6
LAS JIRAS ARTISTICAS

El proyecto de Cody, que consistía en hacer una muestra general de la vida y costumbres del Lejano Oeste y con representaciones de trabajos de campo, lucha contra los indios, viaje de caravanas y la vida en ellas, en fin, todo lo que fuera una demostración de la vida en el desierto, tuvo pronta realización. Aquel "The scout of the plains" que empezó con un fracaso y que se convirtió en una pieza teatral gracias a la serenidad de un empresario y a la inteligencia de Bill, era ahora un espectáculo de feria de proporciones literalmente colosales. Todo había sido rehecho, los diálogos escritos en un lenguaje más al alcance del pueblo en general, pues los de la pantomima anterior eran hablados en la jerga usada en la frontera y a mucha gente de las ciudades del Este escapaba el significado de algunas cosas; los episodios que se fingían en escena; la cantidad y diversidad de éstos, en fin, el gran número de participantes, pues eran cientos (le personas entre indios, scouts, pobladores, soldados, etc., y la cantidad increíble de elementos y material escénicos, habían convertido el espectáculo en

[27] El scout de las llanuras..

cosa realmente nunca vista en América ni en Europa, adonde llegó en gira de multiplicado éxito.

Y lo que fue más celebrado todavía es que en todo lo que pudo, Bill Cody llevó a escena los hombres y las cosas que habían vivido o servido en la vida real. Muchos de los personajes que jugaban toda clase de papeles eran los mismos que en su vida real tenían el mismo trabajo; y muchos de los indios, también, que ahora habían sido pacificados y se habían hecho amigos de los frontiersmen. Muchos de los sioux que en la exposición de ahora trataban de darle caza al scout representado por Cody, eran de los mismos que trataron de matarlo y arrancarle el cuero cabelludo hacía unos veinte o treinta años.

En "Wild West", que así se llamaba el espectáculo-feria, la diligencia y las carretas cuyo ataque, captura o salvación se simulaban, habían pasado realmente en el desierto por esos trances, y mostraban todavía las marcas de flechas o balas recibidas en los entreveros. Los ponies con que los llaneros-actores de "Wild West" hacían sus exhibiciones de destreza; eran de las mismas crías de aquellos bravos que habían corrido millas y millas del desolado desierto con una flecha clavada en el anca.

Como dijimos, el "Wild West Show" llegó a Europa, que recorrió entera con renovado favor público. Desconocedores los pueblos europeos de los usos y costumbres de las llanuras desiertas de América, alguna vez pusieron en duda la realidad de los espectáculos que en él se daban. Relataremos, a propósito, lo que ocurrió en Roma, donde un día se hallaba entre el público que presenciaba el "Wild West" un noble italiano, el príncipe Sermonetta; el cual, comentando en rueda de amigos lo que acababa de ver, manifestó sus dudas de que la exhibición de doma de caballos fuera un espectáculo de fuerza y destreza tal como aparecía en la arena del circo. Añadió que los "ponies" debían estar previamente amaestrados.

Llegaron estas manifestaciones a oídos de Bill Cody, quien se las ingenió para hacerle decir al incrédulo príncipe que estaba a su disposición para convencerlo de la verdad de las exhibiciones de sus hombres. Creyendo ponerlo en un apuro, el príncipe aceptó y le mandó pedir que fuera a verlo. Le dijo que en una de sus propiedades de campo tenía unos cuantos caballos que no habían podido ser montados por nadie, por lo que aún estaban sin domar. Bill le contestó que eso era precisamente el mejor modo de probarle la destreza con que se domaban los potros en su país y le pidió que un día cualquiera se los mandara al circo durante el desarrollo del espectáculo de doma. La proposición agradó al noble italiano y se avino a mandarle a Bill sus caballos para que fueran domados en público, como número extra. La noticia circuló por toda Roma, pues el príncipe era un hombre muy popular.

Un día elegido por el príncipe, y, según lo convenido, sin previo aviso, llegaron los potros al circo, empezando por producir un espectáculo su entrada en la pista por el trabajo que dieron para hacerlos trasponer las puertecillas. No había mentido Sermonetta al afirmar la indomesticabilidad de sus caballos.

En seguida comenzó la doma de los doce potros -tal era su número- de las campiñas de la Romagna, entre número y número del programa del "Wild West", sin que nada perturbara el desarrollo. Las bestias fueron pialadas, ensilladas y jineteadas como cientos de veces lo habían hecho esos llaneros en su patria, ante el entusiasmo del público y el asombro del príncipe, que reconoció hidalgamente la maestría sin igual que tenían los americanos para montar un potro de lo más bravo que podía hallarse, sin los previos trabajos de manoseo usuales en Europa y que solían durar largos días.

En la exposición-feria-teatro de estos días, se ven varios espectáculos, pero que son agregados a lo que era el "Wild West" de los tiempos triunfales, como el de los jinetes cosacos, la batalla de San Juan y los ejercicios de diversos regimientos europeos, que a pesar de tener cierto interés, no añaden gran cosa a lo que era la vieja "Buffalo Bill's Wild West Show", como se la llamó después. Como documento demostrativo de la vida de aquellos

Librodot

tiempos y lugares, no tiene precio. La mejor manera de estar enterado de las cosas viejas del desierto de más allá del río Missouri, es ver esa exposición a la que nada se le ha añadido que le quite realidad.

Antes de terminar esta breve reseña sobre la notable vida de este adalid de la civilización en el desierto, vale la pena narrar otro episodio de los días en que con su compañía andaba de país en país asombrando a las gentes. En muchas ciudades del viejo Mundo, Bill y algunos elementos de su compañía eran agasajados por la gente de la nobleza y hasta por personajes reales. Cierto día en que representaban en Londres, el rey, entonces príncipe de Gales, concurrió a la representación, que le resultó tan amena e instructiva, que fue una segunda vez y expresó su deseo de que lo llevaran a dar una vuelta en una de las diligencias. Bill Cody, naturalmente encantado, se ofreció a guiar él mismo la diligencia, con cinco pasajeros invitados por el príncipe, quien tomó asiento en el pescante al lado de Cody. Los invitados eran el rey de Dinamarca, el rey de Sajonia y el príncipe heredero austríaco, que se hallaban en Londres de visita. Al echar a andar el coche, los indios, que en la representación debían atacar la diligencia, realizaron el simulacro como hallándose en la pista, mientras los *cowboys* hacían la defensa. El juego escénico se hizo con toda limpieza y salió a las mil maravillas, con el alborozo del príncipe y sus acompañantes, que antes de que Bill se diera cuenta estaban -si nos atenemos a los decires de varios testigos presenciales- metidos debajo de los asientos. Tan real fue la representación.

Al dejar el vehículo, el príncipe de Gales felicitó a Cody y le dijo:

-Coronel, ¿ha tenido usted en sus manos alguna otra vez cuatro reyes?

-Sí, alteza; los he tenido, pero nunca tuve además de ellos un póker real como esta vez.

FIN